El secreto de los Relish

BLACK VICTORIAN 2



VIOLETA OTÍN

Selecta

El secreto de los Relish

SERIE

Black Victorian 2

Violeta Otín

Selecta

A mi familia

Capítulo 1

Avanzaba haciendo crujir la nieve bajo las botas, apoyado pesadamente sobre el bastón. De haber podido elegir, Ewart Molloy habría rematado su viaje en cualquier otra estación, pero elegir no era algo que estuviera en su mano. De todas formas, había llegado a acostumbrarse a la nieve y al frío. Se preguntó si en algún momento de su vida anterior habría sido uno de esos hombres que se sienten a gusto en mitad de un vendaval, o de un aguacero de varios días o de cualquier otra calamidad. No lo sabía, pero algo le decía que no. Que el antiguo Ewart Molloy habría disfrutado de un plácido día de sol en primavera, viendo florecer los manzanos.

Lo mismo que lo disfrutaría el actual Ewart Molloy algún día de estos. Al menos, eso esperaba él.

De momento, arrastraba las botas dejando un par de surcos en la nieve recién caída. Un surco profundo; el otro, un poco más liviano. Y los puntitos del bastón. Por detrás de él, el caballo iba dejando su propio rastro. Un par de veces había llegado a olvidarse de él. No le había hecho demasiada gracia. El médico le había asegurado que en adelante no debería tener problemas para recordar las cosas que le fueran ocurriendo, pero Ewart no se fiaba.

También le habían asegurado que conservaría todos los dedos de la mano derecha, y ahora solo le quedaban dos.

Consultó su reloj. Le costó encontrarlo bajo la ropa; aún vestía la casaca negra del regimiento de húsares por debajo del abrigo y la capa. No era la prenda más confortable del mundo, ni la más práctica, pero le sentaba bien y le daba un aire digno. Había supuesto —y lo había hecho bien, como tuvo ocasión de comprobar durante el trayecto— que, entre un soldado cojo que lucía una condecoración en el pecho y un vagabundo cojo al que le faltaban tres dedos, la gente acogería con menos suspicacias al primero que al segundo. De hecho, era más que probable que al vagabundo se limitaran a echarlo a palos allá donde lo encontraran, y Ewart consideraba que ya había sufrido bastantes golpes en los últimos tiempos como para enfrentarse a una nueva humillación en su propia casa.

—Un par de horas de retraso, viejo —le dijo al caballo.

El animal movió las orejas y eso fue todo. Ewart hablaba en voz alta consigo mismo. La

soledad se le hacía un mundo, y escuchar sus propias palabras flotando en el silencio le proporcionaba una mínima compañía. Sospechaba que no había sido un tipo taciturno. Sin embargo, ¿qué importaba? Ewart Molloy se había ido de Inglaterra siendo un hombre y había regresado siendo otro; muy distinto o muy parecido, quién sabe; la cosa es que, en el momento presente, era quien era, y su pasado carecía de relevancia.

Era invierno, estaba nevando y se había retrasado un par de horas. O quizá le habían indicado mal, o quizá, simplemente, se había perdido. Puede que ni siquiera estuviera cerca de su destino, pensó con alarma.

Los copos de nieve se hicieron un poco más grandes, más esponjosos, y empezaron a caer con más rapidez.

Se pasó una mano por el pelo mojado y tiró de las riendas con suavidad. El caballo protestó con un tibio relincho.

—Sí, amigo, yo también estoy cansado. Pero no sacaremos nada quedándonos aquí, en mitad de ninguna parte.

Para espantar sus temores, se puso a silbar. Era una de esas canciones idiotas que cantan las virtudes de la soldadesca cuando están a punto de ser masacrados por el enemigo. La había aprendido en el hospital. Le quedaban pocas cosas que le trajeran recuerdos, y, bueno, hay que reconocer que una canción militar en medio de un paisaje nevado y desierto no era lo que se dice agradable, pero, en cierta manera, le proporcionaba un asidero.

Apretó el paso. No podía retroceder, y no quería que se le hiciera de noche. Ventisca, frío, camino, noche. Ese tipo de recuerdos sí los conservaba.

Y le daban mucho miedo.

—Pues si mi primo Arthur declina la invitación, Myrtle, como es muy probable que haga, porque ya hace más de un mes que le escribí, mucho me temo que nos tocará pasar las navidades solos. Otra vez.

Ambrose Berrycloth se acercó a la ventana y se quedó observando la nieve. Myrtle apartó la vista del periódico y sonrió, aunque, desde donde estaba, su padre no podía verla.

—No te preocupes, papá. A mí no me importa que pasemos las navidades solos. Sería incluso un poco raro que tuviéramos gente por aquí.

—A mí tampoco me importa, querida, pero me da lástima por ti. Vas a aburrirte como una ostra. Me gustaría saber qué es eso tan urgente que tiene que hacer Arthur que no puede detenerse un instante a contestar una carta.

Myrtle se encogió de hombros.

—Serán cosas de la tía Hattie, supongo. Sabes que no le gusta mucho venir al campo.

—¿Y qué? A mi primo nunca le gustó mucho la ciudad, y pasan allí casi todo el año.

Myrtle no dijo nada, pero, en el fondo, le apenaba quedarse sin ver a sus primos. Por alguna

razón, ese año había dado por supuesto que se juntarían todos. Ni se acordaba de cuándo había sido la última vez que lo habían hecho.

—Quizá pretendan darnos una sorpresa.

Su padre se rio y meneó la cabeza.

—Eso sí que sería una sorpresa en sí misma.

Se dio la vuelta y apoyó una mano en la jamba de la ventana. Por detrás de él, todo se veía blanco por la nevada, y el rostro de Ambrose permanecía en tinieblas.

Myrtle fue a contestar, pero algo llamó su atención. Una figura menuda que corría hacia la casa.

—Creo que viene alguien —dijo.

—¿Quién?

—No lo sé.

—Puede que sea Livingstone.

—Puede.

De hecho, sería raro que no lo fuese, porque llevaba dos días sin aparecer por allí. ¡Y eso sí que era sorprendente! Myrtle torció el gesto, pero se prometió tener paciencia con él por el bien de su padre. Como le preocupaba caer enfermo, apenas salía de casa en cuanto asomaba el invierno, y el hombre, lógicamente, se aburría.

—Humm, esa forma tan alocada de subir las escaleras no parece propia de Livingstone.

—No, él nunca haría algo tan inapropiado como subir los escalones de dos en dos. Me pregunto qué haría si se le estuviera incendiando la casa.

—Oh, Myrtle, no digas esas cosas. ¡Un incendio! Sería terrible, desde luego.

Ambrose se estremeció. No soportaba pensar en tragedias de ningún tipo. Por suerte para él, Myrtle no tuvo tiempo de seguir maquinando, porque la recién llegada resultó ser su amiga Jennet Allen, que venía a la carrera con noticias frescas.

—¡Myrtle, no adivinas qué! Oh, buenas tardes, señor Berrycloth. ¿Qué tal se encuentra?

—Muy bien, Jennet. Me encuentro, por suerte, muy bien, aunque reconozco que me he sobresaltado cuando te he oído subir con tanta prisa. Espero que no haya ocurrido nada.

—No, nada, señor. Bueno, sí que ha ocurrido algo, pero ¡no es algo malo! Al menos, no da esa impresión.

Myrtle miró a su padre, que empezaba a imaginar catástrofes, y le rogó a Jennet que no se anduviera por las ramas.

—¿Qué ha pasado?

—¡Un forastero acaba de llegar al pueblo! Un tipo de lo más siniestro, con uniforme y un bastón, y un caballo que, según el señor McCaa, costará más de cien libras; aunque a mí, personalmente, me ha parecido que estaba bastante flaco. ¡Y no te lo vas a creer! ¡Ha preguntado por Diana Relish!

—¡Santo Dios! —exclamó Ambrose, que fue a sentarse, abatido, en el lugar en el que había

estado ubicada Myrtle.

—¿Por Diana Relish? —repitió Myrtle, impresionada.

Ella había sido su mejor amiga. Lo fue hasta finales de verano, cuando la encontraron muerta al fondo del acantilado. Myrtle no había visto el cuerpo; pero por las noches, durante varias semanas, no había podido dejar de imaginárselo, cubierto de espuma, destrozado por las puntas de roca y mecido por las olas. No recordaba haber llorado tanto en toda su vida. Quizá lo hubiera hecho cuando perdió a su madre, pero como cuando eso sucedió Myrtle aún no había cumplido los dos años, era muy difícil saberlo.

Sacudió la cabeza. No quería que la imagen del cadáver de Diana volviera a presentársele de repente.

—¿Y qué quería de Diana Relish?

—No lo sé. Ha estado hablando con su hermano, pero nadie ha podido escuchar lo que decían. Solo sé que lo ha invitado a quedarse en su casa, y que el forastero no ha aceptado.

—¿No tiene nombre el forastero? —preguntó Ambrose.

—Tendrá. Pero nadie lo ha oído, tampoco. ¡O a lo mejor yo soy la única que no lo hecho! —dijo Jennet, con una sonrisa—. ¿No crees que deberíamos ir a saludar al forastero, Myrtle? Sé que Alice y Christine iban a ir, porque me lo han dicho cuando me las he cruzado antes.

Myrtle no veía ninguna razón para hacer tal cosa.

—Alice y Christine no tienen ni pizca de sentido común —dijo sin mucho convencimiento— y, además, habrán ido con alguno de sus hermanos.

—¡No cuando me las he encontrado!

—Pero estarían esperándolas, seguro. ¿No piensas, papá, que no parece muy prudente que dos chicas vayan por su cuenta a conocer a un forastero misterioso?

—Lo que pienso es que, con jóvenes así, Inglaterra se irá muy pronto al garete.

A Jennet se le borró la sonrisa.

—Eso es, más o menos, lo mismo que ha dicho mi padre.

—Tu padre es un hombre con la cabeza sobre los hombros —agregó Ambrose, y cogió el periódico para no tener que seguir escuchando disparates que acabarían provocándole dolor de cabeza.

Myrtle se mordió el labio inferior. Sí, los padres tenían mucho sentido común para ciertas cosas, pero a ella le hubiera encantado ir corriendo con Jennet al pueblo a descubrir algún chismorreo sobre el recién llegado o, al menos, atisbarlo por detrás de alguna ventana.

—¿Cómo dices que es el forastero? —preguntó en voz baja, y miró a Ambrose de reojo.

Pero Ambrose había perdido el interés en Jennet y se había concentrado en el periódico, a pesar de que era un ejemplar de la semana pasada. La joven se acercó para confabular a gusto:

—Lo he visto muy de lejos. Es muy misterioso; ha aparecido de pronto, con toda la capa cubierta de nieve, cojeando y sin detenerse a hablar con nadie. Solo con el viejo Carter, según se cuenta, para preguntarle por la casa de la pobre Diana. No sé si es joven o no, pero me da que

tiene malas pulgas porque traía la cara toda fruncida.

—¿Cómo se puede fruncir la cara?

—Así, mira. —Y Jennet arrugó las cejas y la nariz, y Myrtle tuvo que echarse a reír.

—No te rías tan alto, te lo ruego —dijo Ambrose—. Es un poco molesto.

—Ven, Jennet, vamos a la cocina. No quiero importunar a mi padre.

—Adiós, señor Berrycloth.

Ambrose hizo un gesto con la cabeza, le deseó un buen día y volvió a sumergirse en la lectura.

—¿A qué tanto correr, jóvenes?

Jennet dio un respingo. Myrtle estaba segura de que no había reparado en Nana al entrar, pero esta sí habría reparado en ella, y en seguida se había puesto a sospechar.

—¡Oh, qué susto, Nana!

La mujer tenía la facultad de mimetizarse con las oscuras paredes de la casa. En ocasiones, Myrtle había llegado a considerar la posibilidad de que se filtrara a través de los muros como un fantasma, para sorprenderla cuando menos lo esperaba. Como, por ejemplo, en ese momento.

—Supongo que tu visita no tiene nada que ver con las inquietantes noticias que he escuchado de boca de la cocinera, señorita Jennet.

La cocinera. Otro ser prodigioso. ¿Cómo podía haber conocido las noticias antes que cualquier otra persona de la casa? ¿Hasta dónde llegaban sus formidables tentáculos? A Myrtle le hubiera gustado preguntárselo, así tal cual, pero sabía que sus excentricidades no solían ser bien recibidas por nadie. Diana Relish sí las habría tomado bien, pero ella ya no era más que un doloroso recuerdo.

—Nana, no asustes a Jennet. Solo ha venido a hacerme compañía.

La primera abrió mucho los ojos, y Myrtle dio por descontado que estaba leyendo la mentira dentro de su cerebro, pero se mantuvo firme.

—Vamos a la cocina a coger un poco de pastel de ciruelas.

—Eso si queda algo desde la última vez que fuiste a por pastel, señorita Myrtle. ¡Y juraría que no ha transcurrido ni un par de horas! ¿Me equivoco?

Nana no se equivocaba, pero Myrtle no se tomó muy en serio la regañina. De haberlo hecho, Nana se habría dado un disgusto. Cogió a Jennet de la mano y se la llevó. Por nada del mundo iba nadie a impedir que conociera todo lo conocible acerca del misterioso y reservado forastero.

Capítulo 2

A Ewart no se le había ocurrido pensar que la tal Diana Relish pudiera estar muerta. Ahora se daba cuenta de que estas cosas podían pasar; si lo hubiera meditado un poco antes de poner rumbo a Cornualles, quizá hubiera llegado a la conclusión de que sería mejor escribir antes a la muchacha, o a la familia, e informar de quién era él y de por qué guardaba una carta que no era suya; pero, si lo hubiera meditado un poco más, habría llegado rápidamente a la conclusión de que apenas habría podido contar nada, y era muy probable que ni siquiera le hubiesen contestado. O sea que, a fin de cuentas, Ewart habría terminado haciendo lo que había hecho: atravesar pueblos y campos nevados para cumplir con la última voluntad de su amigo.

Era un poco inquietante la forma en que lo iba rodeando la muerte. En cierto sentido, era como si lo acompañase. Apenas conservaba recuerdos de antes de Balaclava; pero, desde entonces, Ewart había visto más muertos de los que vería una persona normal en ochenta años de vida. Eso se lo decían las tripas. Lo que más le escamaba era que aquella Diana hubiera muerto de forma violenta estando tan lejos de la guerra. ¿Cómo no iba a sospechar que lo rondaba la Parca?

Roy Relish, el hermano de la chica, carraspeó y lo devolvió al presente. Compartían un té, sentados frente a frente en una mesa de madera deslucida. Se quedó mirándolo, porque había creído que el otro quería hablar, pero Relish permanecía callado, como si quisiera disculparse con él. Buscó algo que decir, y solo se le ocurrió hablar del tiempo.

—¿Hace mucho que empezó a nevar?

—Un par de días.

Roy era un joven grandote, pero no del tipo curtido que había conocido en el ejército. Parecía más bien blando, con aquellas manazas regordetas y la mirada tan lánguida como la de una virgen. Si su hermana se había parecido a él, pensó, no habría sido un ejemplar muy interesante. Luego se arrepintió de haber considerado semejante cosa. Habían transcurrido unos pocos meses desde la muerte, según le había dicho, y lo más seguro es que aún no lo hubiera superado por completo. Al parecer, Diana era la única familia que le quedaba.

—Y ¿suele nevar mucho por aquí?

—De vez en cuando. —Relish hizo un esfuerzo y articuló una segunda frase—. ¿Planea

quedarse muchos días?

Ewart, que estaba estirando la pierna mala, se detuvo a mitad del movimiento y no supo qué contestar.

—No era mi intención —dijo por fin—. Pero tampoco esperaba encontrarme con este tiempo. De todas formas, no es necesario que me ofrezca hospitalidad, si no quiere. Comprendo que, en su situación, será difícil tener un huésped que, además, es un completo desconocido.

—No es eso. —Relish hizo una pausa—. Es que mi casa no le resultará lo bastante cómoda. Aquí dentro hace casi tanto frío como afuera. Yo estoy habituado, pero usted...

Ewart se guardó la réplica. Podría haberle contado cómo perdió los dedos, cómo se le congelaron hasta que se le pusieron negros y cómo se le cayeron después. Al principio le habían dolido mucho. Luego, dejó de sentirlos por completo. Y después dejó de tenerlos. Pero no le pareció que Relish necesitara saberlo.

—El frío no me molesta. Pero, en cualquier caso, me marcharé cuanto antes.

—En esta época no encontrará ningún barco que lo lleve a Irlanda.

Ewart no recordaba haberle dicho que era irlandés. Supuso que su acento lo había explicado por él.

—Bien, en ese caso...

—No piense que no es bien recibido aquí.

—No lo he pensado. Sin embargo, creo que sí estaré más cómodo en un alojamiento de pago, y, por descontado, usted también.

Ewart se puso de pie. Aquel tipo tenía una forma de mirarlo que lo ponía nervioso. O quizá eran sus ojos, como de pez, tan claros que parecían traslúcidos.

—¿Hay algún sitio en el pueblo donde pueda ir a tomar una cerveza?

—Tengo cerveza.

—Me vendrá bien estirar las piernas. Es por la condenada cojera. Si estoy mucho tiempo en el mismo sitio, lo paso mal.

«Solo espero que no me aconseje pasear por el salón», se dijo.

Pero Relish aceptó la explicación y le dio instrucciones para llegar al Elephant and Castle, y a Ewart le asombró descubrir cuánto había empezado a añorar el frío.

De camino a la taberna se cruzó con un puñado de personas, y con unas cuantas más que lo vigilaban por detrás de las cortinas, en sus casas. No era un pueblo acogedor aquel, aunque se acordaba de que el capitán del barco que lo había llevado hasta Inglaterra ya le había hablado bastante mal de Cornualles.

—En mi opinión, solo hay un sitio peor que Cornualles, y ese es Gales —le había dicho, y Ewart se había encogido de hombros, porque, en realidad, a él le daba lo mismo.

No le había hablado a Roy de la carta del teniente John Abbott. Tenía la impresión de que su amigo se habría enfadado si lo hubiera hecho. No es que importara, a esas alturas. Ni Abbott ni Diana Relish habían sobrevivido a la guerra.

Ojalá lo hubiera sabido antes.

En el Elephant and Castle, el humo flotaba en abundancia. Y olía a serrín, a caldo aguado y a borracho. Ewart se preguntó si, en el pasado, semejante combinación le habría resultado agradable o si, por el contrario, le hubiera revuelto las tripas. Se sentó en una mesa cerca de la puerta y desde allí observó a los pocos parroquianos. Un par le sostuvieron la mirada con el ceño fruncido, pero no detectó especial hostilidad entre ellos.

—Un vaso de cerveza.

—Querrá decir una pinta.

—Sí, una pinta.

—Aquí acostumbramos a pedir por pintas. O por medias pintas. Pero no pedimos vasos. Es un comentario, sin más.

—De acuerdo. Una pinta, entonces.

—¿Templada?

—Claro.

La cerveza tenía un color sospechosamente turbio.

—Pues se rumorea que ha venido usted a preguntar por Diana Relish.

Ewart bebió un trago y se pasó la lengua por los labios para quitarse la espuma.

—Está buena su cerveza.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—¿Qué le ocurrió a la señorita Relish?

—Se cayó por el acantilado. Hacía un día de perros. —El tabernero meneó la cabeza, apenado —. Se acercó para ver el mar y un golpe de viento la tiró. Mala cosa. No hay quien sobreviva a una caída de esas; hay muchas rocas. Una pena. Una auténtica pena.

—¿La conocía usted bien?

—Qué quiere; aquí todos nos conocemos. Es un pueblo pequeño. Nos cruzamos por la calle, nos preguntamos por la familia. Nos echamos una mano cuando hace falta. Como allá, de donde viene usted.

Ewart no preguntó a qué se refería. Estaba pensando en Diana Relish, en el acantilado.

—Y ese acantilado, ¿está lejos?

—Está un poco lejos —dijo el tabernero, observando con disimulo el bastón. Lo había visto entrar cojeando—. Pero se puede ir a pie.

—Me gustaría verlo antes de marcharme.

—Alguien lo acompañará. Supongo. ¿Va a quedarse mucho tiempo?

Ewart se encogió de hombros.

—Quién sabe. Los caminos estaban muy mal para el caballo, y creo que los barcos no cruzan en esta época del año.

—Yo diría que no. Entonces ¿se quedará usted hasta después de Navidad?

—No lo sé.

No lo sabía. Sabía dónde vivía, porque lo había visto en el registro de oficiales del ejército, pero el nombre no le decía nada. No le traía recuerdos de un pueblo, o una ciudad o una granja; igual que su apellido no le traía a la memoria ningún rostro. Podría ser huérfano, o tener decenas de familiares. Contaba con recuperar algunos de esos recuerdos antes de regresar, porque podía ser muy doloroso para los demás. Para él, en cierto modo, no lo era; solo le parecía incómodo.

—Su familia querrá tenerlo en casa para Navidad.

—Eso espero —dijo, con una sonrisa, sin suponerlo en absoluto.

El tabernero se rio.

—Diana Relish era una buena chica.

—¿Y su hermano?

El hombre vaciló un segundo o dos.

—Relish no es un mal tipo. Un poco solitario, quizá. Se va a alojar en su casa, entiendo.

—Me lo ha ofrecido, pero le he dicho que no. ¿Debería?

—Bueno, por un lado no tendría que pagar ni medio chelín. Por otro...

Dejó la frase en suspenso y lo miró de arriba abajo. Si pretendía que Ewart arrojase alguna luz a ese respecto, había pinchado en hueso. A lo mejor era rico. A lo peor, más pobre que las ratas.

El tabernero tiró por otro cabo:

—Pero ¿qué quiere un capitán de húsares de una muchacha como Diana Relish? O qué quería, más bien.

—Oh, transmitirle recuerdos de un amigo en común.

—¿En serio?

El tabernero bufó. Como si le resultara de lo más extraño que Diana pudiera tener amigos.

—Sí, en serio.

—Un amigo. Vaya, qué cosas. En fin, deduzco que no va a decirme el nombre de ese hombre, ¿verdad? Se lo veo en la cara. Y tampoco me ha dicho el suyo. Un tipo discreto, ese es usted.

—Me llamo Molloy.

—Ah, pues, en ese caso, bienvenido al pueblo, señor Molloy. Yo soy...

Ewart no le prestó atención. No conseguía retener los nombres a menos que lo repitiera en voz alta una docena de veces seguidas, y no le pareció que el nombre del tabernero fuera de vital importancia. Con llamarlo «el tabernero», todo el mundo sabría a quién se refería. Eso si es que alguna vez necesitaba llamarlo, claro.

Le dio las gracias por la cerveza, y, aunque insistió en pagarla, el tabernero se negó.

—A la primera, invito yo —dijo, y le sonrió, mostrándole una boca a la que le faltaban casi todos los dientes.

—Bueno, pues ya pagaré la segunda.

—Ya la pagará, eso es.

—¿Sabe de algún lugar donde alquilen habitaciones?

—Y tanto que lo sé. Yo mismo, en la planta de arriba. Le diré al chico que le prepare una.

—Se lo agradezco.

El tabernero se alejó, y Ewart se quedó solo con sus pensamientos. No es que le apeteciera especialmente pasar las navidades en aquel pueblucho que, para qué engañarse, apestaba a pescado; uno al que no acertaba a ponerle nombre, pero que le revolvía las tripas. Sin embargo, llevaba tiempo postergando de manera consciente la vuelta al hogar.

Por si lo encontraba vacío.

Capítulo 3

Myrtle había dormido mal. Por un lado, estaba la ventisca; toda la noche aullando igual que una *banshee*, golpeando las ventanas como si pretendiera abrirlas. Por otro, el forastero. Jennet le había contado todo lo que sabía sobre él, pero había resultado ser más bien poco; demasiado poco para satisfacer la curiosidad de una joven de veinte años que vivía medio recluida con su padre en una casona oscura y aburrida, a suficiente distancia del pueblo como para que, en días como aquel, la nieve supusiera un obstáculo casi insalvable. No lo sería, por supuesto, si tuviese una excusa para ir hasta allí. Pero tendría que ser una buena, o su padre no le permitiría arriesgarse a pillar una pulmonía yendo y viniendo.

Y como de momento carecía de excusas buenas o malas, no hacía más que darle vueltas en su cabecita. Que de qué conocería el forastero a Diana; que si sería algún antiguo amante que había regresado de repente al escuchar las noticias... Pero, en ese caso, ¿por qué había tardado tanto? O ¿habría intentado comunicarse con ella a raíz de lo de la boda, pero Roy habría mantenido las cartas ocultas? Que si habría oído algo sobre la maldición. Que si en realidad había intentado impedir el asunto...

Ay, había tantas posibilidades, y todas tenían tantos puntos débiles, o, mejor dicho, uno solo: si Myrtle vivía medio recluida, Diana había vivido enclaustrada. Myrtle no había sido capaz de seguir ningún hilo, y había acabado por desvelarse. En el exterior, la ventisca no daba tregua, y la corriente que se colaba por los postigos le ponía los pelos de punta.

Se le ocurrió que quizá podría aprovechar para escaparse al pueblo cuando volviera del cementerio. Aquel era un sitio al que su padre se negaba a ir, pero a ella nunca le había puesto impedimentos. Aunque para eso, pensó con fastidio, tendría que esperar hasta la tarde.

Y mientras le daba vueltas a unas cosas y otras, comenzó a despuntar el sol por el horizonte, muy débil y remiso, y el suelo de su habitación perdió un poco del color de la tinta y se volvió de color niebla. Y Myrtle, por suerte, se adormiló lo suficiente como para poder afirmar que no había pasado la noche en vela.

—Lo que soy yo, he pasado una noche terrible —dijo Ambrose—. Hacía mucho que no

dormía tan mal. No me extrañaría que tuviera que ver con la llegada de ese individuo, ese soldado forastero. Gracias por traernos el periódico, Livingstone. Puede decirse que me había aprendido las noticias de memoria.

—Un placer, señor Berrycloth.

Livingstone sonrió, pero el gesto estaba destinado a Myrtle, que se mantenía apartada de ambos, bordando sin mucho entusiasmo junto a la ventana. Se había propuesto no mirarlo a menos que lo exigiera la buena educación. Livingstone siempre le había parecido un pesado, pero ese invierno estaba superándose a sí mismo. Veía, por el rabillo del ojo, sus rizos rubios que subían y bajaban cada vez que hablaba. Livingstone, que estaba muy orgulloso de su pelo, había desarrollado una gran habilidad para hacer como si su melena se meciera al viento. También cuando no hacía viento en absoluto.

—Confieso que yo tampoco he dormido bien. Y, al igual que usted, sospecho que pueda tener que ver con ese capitán andrajoso. Porque a mí me da que es un andrajoso, por muchos aires que se dé con ese acento retorcido y ese caballo muerto de hambre.

Myrtle siguió bordando, pero abrió bien las orejas. Livingstone sí que tenía ganas de darse importancia, y acabaría contando todos los chismes que hubiera recopilado en aquel día y medio.

—A mí no me agradan los forasteros, la verdad, y mucho menos cuando son andrajosos. Espero que no tarde en abandonar el pueblo.

—Sí que tardará, señor. Mucho me temo que tardará. —Livingstone suspiró, y Myrtle tuvo que esforzarse para no echarse a reír—. Lo sé porque ayer estaba yo en la taberna justo cuando entró él, y se puso a hablar sobre sus planes. Yo evitaba escuchar lo que decía; por un lado, no era de mi incumbencia, y, por otro, me pareció que todo lo que rodeaba a su persona era de una vulgaridad tremenda; sin embargo, el tipo hablaba a voz en grito, como si estuviera deseoso de llamar la atención. Molloy se llama, por cierto. Me fue imposible no oír lo que decía, y fue muy claro: anda deseoso de permanecer en el pueblo hasta la primavera, al menos.

—¡Hasta la primavera!

—Alojado en la casa de los Relish, o quizá en la posada. Estaba decidiéndolo. ¿Qué le parece?

—¡Inaudito! Inaudito, y muy poco apropiado, además. Espero que al final se decantara por la posada. ¿Viene inquiriendo sobre la pobre Diana y luego tiene la desfachatez de hospedarse allí? ¿Con el hermano? Dará lugar a todo tipo de rumores, ya lo estoy viendo, hasta que el escándalo nos devore a todos.

—Papá, no exageres —dijo Myrtle—. Si los chismosos quieren murmurar, que murmuren; ¿quién va a pensar maldades de Diana? Y menos ahora que está muerta.

—Preferiría que no hablaras de los muertos dentro de casa, Myrtle —la reprobó su padre, y se agitó, inquieto, en su sillón.

—Es cierto que nadie duda de la honestidad de la pobre muchacha —dijo Livingstone—. Pero incluso tú, Myrtle, comprenderás que es muy raro que un hombre al que nadie conoce venga desde el Continente a preguntar por una soltera. Es muy muy raro.

—¿Qué quiere decir «incluso tú»?

A esas alturas, sus tonterías habían dejado de sorprenderla, pero, de vez en cuando, conseguían alterarla. Livingstone se puso de pie y caminó hasta ella. Miró apreciativamente su labor y le contestó en voz baja.

—Me refiero a las jóvenes ingenuas como tú, Myrtle. No te enfades.

—Oh, nada de lo que digas tú podría enfadarme, Livingstone.

Él sonrió, satisfecho.

—En cualquier caso, deberías evitar bajar al pueblo durante un tiempo.

—Oh, ¿y eso por qué?

—Creo que no es una buena idea que te cruces con ese Molloy. Tú no te darías cuenta, por eso que comentaba hace un momento, pero yo, que soy un hombre de mundo, he visto cosas en él que no me han gustado un pelo. No he querido decírselo a tu padre porque prefiero no asustarlo. Pero, hazme caso: será mejor que no vayas por ahora.

—¿Pretendes que no vaya al pueblo hasta la primavera?

Se le escapó una carcajada. El hombre, un poco ofendido, contestó que sería lo más prudente por su parte.

—Oh, Livingstone, te lo ruego, no te preocupes por mí.

—Tengo que hacerlo, Myrtle.

Sonrió con esa afectación suya que tanto le crispaba los nervios: Livingstone era el único vecino de la zona cuyo estatus casi igualaba al de Ambrose Berrycloth, y por algún motivo que solo conocía él, se imaginaba poseer algún ascendiente sobre Myrtle. La familiaridad con la que había tratado a su padre durante años se había ido trasladando a la hija desde que ella cumplió los dieciséis. Y, a pesar de no haber recibido nunca el menor espaldarazo por su parte, parecía convencido de que algún día más o menos cercano acabarían casándose. Por esa razón se creía con derecho a decirle lo que debía y no debía hacer. Y Myrtle, que esperaba no tener que casarse nunca con Livingstone, se complacía en esquivarlo.

Por desgracia, también era consciente de que aquella situación no duraría eternamente; en más de una ocasión se había preguntado qué debería hacer llegado el momento. Su vida retirada, en aquella región tan apartada del resto del mundo, como le recordaba Livingstone, no invitaba a pensar que le lloverían las propuestas de matrimonio. Y aunque no consideraba una tragedia quedarse soltera, puesto que las rentas de la familia le darían para vivir varias vidas, sí le angustiaba la soledad. Todas sus amigas (que no eran abundantes, por otro lado) terminarían casándose y, a lo mejor, marchándose del pueblo para siempre. A veces se consolaba diciéndose que se mudaría a Londres, con su prima Tryphena. Sabía que le gustaría ser madre, pero, como mal menor, se conformaría siendo tía. El único problema era la propia Tryphena: se llevaba muy bien con ella, pero nunca le había confiado sus planes. Quizá su prima no estuviera de acuerdo con ellos.

En cualquier caso, allí estaba ella ahora: entre su padre, temeroso de que la tormenta de nieve

no los abandonara hasta dentro de varias semanas; y el plasta de Livingstone, temeroso de que Myrtle se escabullera al pueblo y... ¿Qué? Se preguntó qué creía que podría hacerle el forastero. Aunque sería muy propio de Livingstone considerar que todos los extraños echaban a perder a las jovencitas ingenuas del país.

—Me pregunto por qué me suena tanto ese nombre: Molloy. —Ambrose se quedó pensativo unos instantes, pero no tardó en darse por vencido—. Supongo que el tal Molloy tendrá un aspecto infame.

Para el padre de Myrtle, cualquier defecto en el carácter (falta de escrúpulos, tendencia a la aventura o a caer enfermo, extravagancias varias y cosas por el estilo) se asociaba a la fealdad física. Livingstone se apresuró a darle la razón.

—Un aspecto de lo más infame. La piel oscurecida, ya sabe, de pasar tiempo a la intemperie.

—Muy típico en los soldados.

—Desde luego. Tiene una buena mata de pelo, eso no se lo voy a negar, pero es demasiado moreno en conjunto. Y además es cojo, y tiene la mano derecha como si fuera un melón: hinchada y llena de cortes, y por si fuera poco, le faltan varios dedos. Supongo que es bastante penoso de ver.

—¿Camina muy encorvado?

—¿Encorvado? Oh, no; no, para ser justos, no camina encorvado. Es decir, anda un poco de medio lado, pero eso es porque tiene que apoyarse en el bastón.

—¡Pobre hombre! —dijo Myrtle—. Acaba de venir de la guerra, no de correrse una juerga en la capital.

Quería sonar divertida, pero lo único que consiguió fue ganarse la desaprobación de los dos hombres.

—Supongo que te refieres a lo de los dedos —dijo su padre—. Pero desconocemos con certeza cómo los perdió. Hay muchos hombres que vuelven del frente de una pieza. Y, además, desapruebo esa manera de hablar, querida.

—Eso es cierto —convino Livingstone—. Lo de los dedos, me refiero. Lo mismo puede decirse de su cojera. Tal vez se cayó del caballo haciendo el loco en una carrera.

—¡Imagínate! —dijo Ambrose, estremeciéndose.

—¡Livingstone! —exclamó Myrtle—. ¡No tenía ni idea de que conocieras tan bien el mundillo de la soldadesca!

Hasta donde ella sabía, aquel Molloy bien podía ser el primer soldado que hubiera visto jamás.

—Bueno, Myrtle, ya te dicho muchas veces que soy un hombre de mundo.

—Así que crees que ese hombre es un impostor.

—No he dicho eso exactamente. Me disgustan en extremo los chismorreos, y no me gustaría pensar que me estoy comportando como un chismoso.

Pero Myrtle había dejado de hacerle caso. Si ya era emocionante que Molloy fuera un forastero con el corazón roto, convertirlo de repente en un falso amante con oscuras intenciones

que se había infiltrado en el corazón del pueblo era el colmo de la conmoción.

«Y aún no es mediodía», pensó, con el corazón al galope. «Pero espera que se lo cuente a Jennet».

Capítulo 4

Parecía que a Roy Relish no le hacía mucha gracia que Ewart quisiera ir al cementerio a visitar la tumba de su hermana, pero, por otra parte, ¿qué demonios iba a hacer al respecto? Así que le había dado un par de indicaciones, bastante vagas, para llegar hasta allí. Ewart esperó a que atardeciera. No es que sintiera una inclinación natural por visitar cementerios de noche (o eso creía; mejor dicho, eso esperaba), pero prefería no encontrarse con nadie. Llevaba sintiendo las miradas de curiosidad de los habitantes del pueblo desde que plantó el primer pie. Y, de todas formas, Ewart empezaba a pensar que no era un tipo demasiado sociable. Todavía no había conocido a nadie con el que le apeteciera tomar unas pintas, salvo, quizá, el tabernero.

Desde luego, no con aquel Relish que lo miraba como si fuera un alelado.

A lo lejos vio las cruces recortadas contra el cielo blanco. Menos mal que la tormenta les había concedido una tregua. Aun así, los caminos seguían esponjosos por la nieve y le resultaba de lo más penoso avanzar. La pierna mala, a diferencia de la mano, no había dejado de dolerle, y de vez en cuando la notaba como rígida. El médico le había dicho que la sensación se le acabaría pasando, y a él le entraban sudores solo de pensarlo.

Las cruces sobresalían por encima de los muros de piedra; unos muros que tenían el color del hierro y resudaban musgo, y parecían haber sido puestos allí en tiempos de Alfredo el Grande. Se detuvo a contemplarlos antes de alcanzar la puerta, por ver si la imagen despertaba algo en su memoria. Pero su mente seguía como apagada. Sacudió la cabeza y entró.

A pesar de que el cementerio no era muy grande, tardaría en encontrar la tumba más de lo que había imaginado. Relish le había dicho que estaba en la parte norte. Con todo, había unas cuantas decenas de lápidas; Ewart fue leyendo los nombres uno a uno.

Desde allí, el olor a mar era más penetrante. El viento golpeaba cargado de humedad y salitre, y el frío se pegaba al tuétano. Por un momento, Ewart pensó que la sal quería devolverle un recuerdo y se quedó muy quieto, pero la sensación se desvaneció pronto, y de nuevo no eran más que él y el cementerio y el frío, y el retumbar lejano de las olas rompiendo contra los acantilados.

Sacó la carta de Abbott del bolsillo, se la colocó bajo el brazo y avanzó por entre las lápidas. Muchos hombres habían muerto jóvenes. La vida tenía pinta de ser dura por aquellos parajes. No

lamentaría marcharse, cuando pudiera hacerlo.

El viento cambió de repente y el olor a sal desapareció. Ewart imaginó que la nieve estaba a punto de regresar, porque el frío se volvió más áspero. Siguió serpenteando entre piedras, cruces y silencio. Alzó la vista; aún le quedaban varias hileras más, y el viento seguía arreciando. Pensó en regresar, pero vaciló. Quería presentar sus respetos a Diana Relish, aunque no la conociera de nada. Había sido el último pensamiento del único hombre del que sabía que había sido su amigo. Esas cosas, se dijo, deberían significar algo.

Sin embargo, la lápida seguiría estando allí al día siguiente, y al otro, y para toda la eternidad. Quizá no hiciera falta que...

—¡Ah!

Dio un respingo. ¿Había oído una voz?

Se dio la vuelta y vio a una mujer joven que lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¡Oh! ¡Usted es el forastero!

La mujer movió las manos y tocó, sin querer, una de las lápidas. Rápidamente se limpió la mano en el abrigo y se santiguó tres veces seguidas. Luego lo saludó, o eso pareció que hacía, y bajó la vista, avergonzada. A Ewart le hizo gracia y le devolvió el saludo, pero ella tardó un rato en levantar los ojos. Aprovechó para repasarla de arriba abajo; era una mujer de unos veinte años, con la piel muy clara y el pelo de color rubio recogido bajo un sombrerito anudado con cintas negras. Tenía un rostro bonito, aunque Ewart no la habría llamado guapa, y aspecto de disfrutar comiendo, también.

—Soy Ewart Molloy —dijo, su voz sobreponiéndose al viento—. Y sí, soy el forastero, supongo.

—Yo soy Myrtle Berrycloth —le respondió. Tenía una voz vibrante, limpia—. Discúlpeme, por favor; normalmente no soy tan maleducada.

Ewart avanzó hacia ella.

—No ha sido maleducada; está claro que soy un forastero.

—Sí, pero podría haber dicho «usted es ese capitán recién llegado», y no habría sonado tan descortés.

Myrtle sonrió. Tenía una hermosa sonrisa, y su voz, su lozanía y su piel brillante lo ayudaron a olvidar, por unos segundos, la cojera, los dedos perdidos, la falta de memoria y hasta un poco el frío, también. Pero no tanto como para permanecer allí plantado frente a ella, con el viento golpeando de costado y el cielo oscureciéndose por momentos.

—Imagino que sí, pero podemos dejar las cortesías para otra ocasión, si no tiene inconveniente. Se va usted a congelar aquí.

—Oh, qué va. Estamos muy acostumbrados al mal tiempo.

Vio que Myrtle miraba con disimulo la carta que apretaba bajo el brazo, y le preguntó por el lugar en el que reposaba Diana Relish.

—Aquí. Aquí mismo —le contestó, y señaló la lápida que tenía justo detrás—. Acabo de

traerle flores, pero no creo que duren mucho con este aire.

De hecho, apenas quedaba un rastro de pétalos blancos esparcidos sobre la piedra.

«Diana Relish. 1837-1856. Descansa en paz».

—Éramos amigas —añadió Myrtle en voz baja.

Ewart asintió en silencio y se quedó mirando la lápida. Rezó para sus adentros. Había ido hasta allí con intención de decir unas palabras en voz alta, y, después, esconder la carta de Abbott en algún pliegue de la piedra, pero ahora, con la mujer delante, le daba vergüenza. Se dijo que volvería más adelante.

De todas formas, el viento habría arrancado la carta igual que había destrozado las flores.

—¿Iba usted a regresar al pueblo, señora?

—Sí.

—¿Me permite acompañarla? No me gustaría perderme en mitad del vendaval.

Lo dijo como si fuera una broma, pero tampoco habría sido tan raro que acabara perdiéndose. Su sentido de la orientación también había menguado mucho. O, tal vez, siempre hubiera estado menguado.

—En el pueblo estamos muy sorprendidos —dijo Myrtle cuando dejaron atrás el cementerio. Caminaba con la cabeza agachada, bien envuelta en un *plaid* que le caía hasta la cintura por encima del abrigo—. Nadie sabía que Diana tuviera un amigo en el ejército. O fuera del pueblo, vaya.

Ewart no contestó. No porque estuviera harto de que todo el mundo le fuese con la misma insinuación, sino porque él no tenía ni idea de nada.

—Aunque Diana siempre fue muy reservada, por otra parte.

—Lo cierto es que yo no la conocía; ni puedo hablar mucho sobre mi amigo. Me temo que él también murió; no sobrevivió a la carga de Balaclava, y si en alguna ocasión me comentó algo sobre la señorita Relish, no lo recuerdo. —Myrtle hizo además de detenerse, pero el viento no se lo permitió. Ewart se sintió en la obligación de explicarse—: No me malinterprete; no es que no le prestara atención cuando me hablaba de ella.

—No se preocupe. Entiendo que cuando uno está en la guerra no puede perder el tiempo con tonterías.

Realmente, Ewart podía haberse explicado mejor, pero le pareció que un exceso de respuestas no iba a cambiar mucho las cosas, y, en el fondo, Myrtle tenía su parte de razón.

—¿Puedo preguntarle cómo se llamaba su amigo?

—Abbott. Teniente John Abbott, de Plymouth.

—¿Abbott?

—¿Lo conoció usted?

—No... No, no lo conocí. Pero el nombre me suena mucho. Creo que Diana podría haberlo mencionado, aunque no estoy segura. John Abbott. Vaya, vaya.

A Ewart no le habría importado seguir conversando con ella. Había algo en su forma de hablar

que sonaba como campanillas; era la voz de alguien que no tenía problemas y sabía mirar con optimismo al futuro. También cabía la posibilidad de que, después de pasarse varios meses en un hospital militar oyendo los gemidos de los moribundos y los gruñidos de los médicos, y después de Roy Relish, uno se conformara con cualquier voz que no le pusiera los pelos de punta. Pero Myrtle caminaba demasiado deprisa para seguirle el ritmo y hablar sin jadear a la vez, y, de todas formas, la tormenta se les echaba encima y no se oía nada más que el aullido del viento.

Se arrebujó un poco más en la capa. El viento tiraba de ella con tanta fuerza que acabaría estrangulándolo sin problemas. Un capitán del ejército británico asesinado por su propio manto: menudo final trágico para un hombre que ha mirado a los ojos a la muerte y luego le ha dado la espalda.

Myrtle lo tocó en el brazo y señaló hacia una casa que se levantaba, solitaria, a unas doscientas yardas.

—¡Vivo allí, con mi padre! ¡Entre, hasta que amaine la tormenta! ¡Es muy peligroso continuar hasta el pueblo!

Ewart, sin pensárselo dos veces, aceptó.

La joven cerró la puerta a sus espaldas, y el escándalo del exterior se apagó de repente. Sentía el latir del pulso en los oídos y también, un poco más fuerte, dentro de las costillas. Su padre se iba a enfadar, pero haría todo lo posible por que no se le notara. Nana, en cambio, sería más complicada de manejar. Con todo, su sentido de la hospitalidad era más fuerte que el mal genio de ambos. Y su sentido de la curiosidad, más fuerte todavía.

Se quitó el *plaid*, que había empezado a gotear sobre la alfombra, y se preguntó adónde debería conducir a su invitado. Si fuera Jennet, lo llevaría a la cocina; si fuera Livingstone, al salón, donde suponía que estaba su padre. Pero como aquel hombre tan embozado y misterioso no era Jennet ni Livingstone, no acababa de decidirse.

—¿Dónde puedo dejar todo esto? —preguntó Ewart, que se había desembarazado de sus prendas de abrigo.

A la suave luz de las velas, Myrtle tuvo oportunidad de observarlo mejor. Debía andar por los treinta y tantos; tenía los ojos muy oscuros, casi negros, y una nariz como de pájaro rapaz, y entre la altura y la cojera y el pelo todo despeinado y salpicado de nieve, era tal y como siempre había imaginado que sería su John Abbott particular. Sintió un estremecimiento por la espalda similar al que había sufrido antes, cuando había oído ese nombre en los labios del forastero. ¡Así que había habido un verdadero John Abbott! ¡Qué pillina, Diana! Si siempre lo había planteado todo como un juego en el que...

—¡Por Dios bendito! ¡Señorita Myrtle!

Nana surgió, como acostumbraba, de entre las tinieblas, mirándola con ojos feroces de arpía, y Myrtle no tuvo ninguna duda de que su «señorita Myrtle» en realidad significaba «¿qué rayos

hace ese hombre aquí?».

—Oh, Nana, nos ha sorprendido la tormenta —dijo, lo más resuelta que pudo—. Me he visto obligada a ofrecerle hospitalidad.

—¡Oh, a la señorita la ha sorprendido la tormenta! No sé si te has expresado con corrección, porque lleva nevando tantos días que eso de que la tormenta la sorprenda a una es altamente improbable, en mi humilde opinión. Ahora, ¿qué se supone que debo hacer con este caballero?

—Lo primero, llamar al señor Pickett para que se ocupe de su abrigo y su capa, diría yo, y, a continuación, pedir a la señora Pickett que nos traiga té y algo para acompañarlo. Y luego, si te apetece, Nana, puedes unirte a nosotros.

Myrtle siempre contaba con que la mujer no se enfadara con ella, pero no pudo evitar preguntarse qué ocurriría el día que sí lo hiciera.

—Me parece que estoy oyendo al señor Pickett, que viene por su propio pie —dijo, y se dio media vuelta para marcharse, haciéndose la ofendida.

—No me gustaría molestar más de la cuenta, señora —dijo Ewart, y Myrtle ya se disponía a asegurarle que no lo hacía en absoluto cuando se fijó en su media sonrisa, y no pudo más que sonreír ella también.

—Más le vale —dijo—, porque no importa con cuántos cosacos haya tenido que pelear usted, nunca conseguiría doblegar a Nana si la tuviera en su contra.

—Intentaré recordarlo. Aunque me doy cuenta de que usted parece manejarse bastante bien.

—Sí, sí —respondió Myrtle, riéndose—. Pero es un privilegio que ostento en exclusiva.

—No lo dudo.

Tenía un acento agradable aquel hombre, que contrastaba un poco con su aspecto rudo. Myrtle imaginó que sería de buena familia, y pensó que aquello podría facilitar las cosas con su padre. Ambrose Berrycloth era una buena persona, pero, a su modo, más rígido que Nana. Siempre lo había sido.

—¡Papá! —Myrtle entró muy contenta en el salón, pero se frenó en seco—. Eh... Déjame que te presente al capitán Ewart Molloy. Señor Molloy, este es mi padre, Ambrose Berrycloth. Y aquel de allí es el señor Livingstone Corrigan.

—¿Cómo está usted, señor Berrycloth? Señor Corrigan. La señorita Berrycloth ha tenido la amabilidad de ofrecerme resguardo hasta que pase la tormenta. Hace una tarde criminal.

Myrtle tuvo que fijar la vista en la punta de sus zapatos. Sabía que si miraba a Livingstone, con su flequillo volante, se echaría a reír y todos se ofenderían una barbaridad. Qué le iba a hacer ella si los hombres que la rodeaban eran tan dignos.

—Esta Myrtle, siempre tan considerada —repuso Livingstone—. Un placer, supongo.

—¿Cómo está usted, señor? —preguntó el padre, completamente tieso en su sillón de piel.

A la joven no le gustó la forma en la que Livingstone había pronunciado su nombre, como dando por sentado cosas que no estaban sentadas en absoluto. Pero ya estaba, en cierta manera, acostumbrada a sus tonterías, y no dijo nada.

Ewart se esforzó por entablar conversación. El padre respondía con monosílabos cuando no podía evitar contestar algo, y Livingstone, que al principio parecía dispuesto a mantener un empecinado silencio, se vio obligado a participar cuando se percató de que Myrtle no tenía ningún problema en hablar con Ewart. De vez en cuando le dirigía alguna mirada sancionadora, pero Myrtle, que tenía gran facilidad para no ver cuando le interesaba, no se dio por aludida. Además, le parecía que Ewart era muy interesante. Y, de haber estado los dos solos, le hubiera encantado hacerle unas cuantas preguntas.

La señora Pickett llevó el té y pastel de higos en abundancia. Durante un buen rato, los hombres se libraron de hablar. Fuera, la nieve seguía sepultando los caminos.

De pronto, Myrtle se acordó de algo:

—¿Hace mucho frío en la casa de Roy Relish, señor?

—Diría que aquí se notan menos las inclemencias —dijo Ewart con una sonrisa, y a Myrtle le pareció una respuesta de lo más elegante.

—Cuando vivía Diana no era así —le aseguró—, pero Roy ha cambiado mucho en estos meses.

—Es natural —dijo Ewart.

—Oh, Myrtle, sabes que a tu padre le disgusta hablar de Diana Relish. Hazme el favor de pasarme un poco más de pastel.

Ewart miró sorprendido a Livingstone, y luego a Ambrose. Pero el padre de Myrtle solo veía hacia las lenguas de fuego que bailaban en la chimenea. La única forma de saber si estaba escuchando era comprobar cuánto se estrechaba el ceño de su frente.

—¿De qué parte de Inglaterra ha dicho que es usted, señor Molloy? —preguntó Ambrose de repente.

—No lo he dicho, pero soy irlandés. Angloirlandés, en realidad.

—Caramba. ¿De dónde, exactamente?

Tardó un par de segundos en contestar. Myrtle temió que su padre lo hubiera ofendido con ese tono tan Berrycloth que ponía en ocasiones, pero Molloy seguía sonriendo con placidez.

—Del sur.

—Bien, agradezco que no haya intentado usted hacerse el listo conmigo. Lo cierto es que no conozco la geografía irlandesa en absoluto.

Myrtle se quedó blanca y le tembló el platillo de porcelana entre las manos. Por suerte, aquel hombre debía de estar hecho de muy buena pasta, porque no se inmutó.

«Definitivamente es de buena familia. Tiene una educación excelente».

Más que su padre, pensó avergonzada. Hacían falta tantos años para descubrir la bondad que se ocultaba dentro de Ambrose que la mayoría de los que lo habían tratado habían dejado de hacerlo sin llegar a descubrirla nunca.

—Yo, sin embargo, he viajado un poco por la zona —dijo Livingstone—. Por toda Irlanda, en realidad. Creo que mi región favorita es el norte. El clima es espantoso, desde luego, pero

supongo que un caballero de Cornualles no debería dejarse intimidar por el tiempo del norte de Irlanda.

—Supongo que no —convino Molloy—. En cualquier caso, no puede ser peor que en Crimea.

Ambrose carraspeó y le preguntó a Livingstone por un vecino del pueblo que había contraído paperas.

—Es indigno que un hombre adulto contraiga paperas, en mi opinión.

—Creo que se va recuperando poco a poco. Pero hablo de oídas, porque he procurado no pasarme por su casa en las últimas semanas.

A Ewart se le aflojó la sonrisa y su mirada se perdió en algún recuerdo almacenado en la punta de sus botas. Myrtle buscó con desesperación un tema lo bastante inocuo como para involucrar a todos los hombres en él, pero no se le ocurrió ninguno. Estaba a punto de lanzarse de cabeza a comentar lo agradable que resultaba comer algo con sabor a higo en mitad del crudo invierno, cuando Nana llamó a la puerta.

—El señor Pickett acaba de recordar que tiene que ir al pueblo, señor Berrycloth. ¿Necesita hacerle algún encargo?

—No, gracias. Aunque supongo que... ¡Oh! Señor Molloy, supongo que podría usted aprovechar para hacerse acompañar por mi mayordomo. Es un hombre excelente, se lo aseguro.

—Me parece una gran idea —respondió Molloy, y se puso de pie—. Ha sido un placer conocerlos. Gracias por el té.

—Myrtle —dijo Livingstone, que también se había levantado—. Quédate con tu padre. Yo iré hasta la puerta con el señor Molloy.

—¡Por supuesto que no, Livingstone! ¡Qué cosas tienes! Quédate tú con papá, te lo ruego.

Incluso Nana parecía un poco escandalizada por el descaro de Livingstone, y lo miró, toda ceñuda, cuando Myrtle y Ewart pasaron por su lado.

El pobre señor Pickett esperaba junto a la puerta, con cara de resignación.

—Yo... hummm... confiaba en que pudiera quedarse un poco más, señor Molloy —dijo Myrtle.

No se le ocurrió otra forma de disculparse que pusiera menos en evidencia a su padre.

—¡Oh, no se preocupe! Ya me he dado cuenta —aseguró Ewart, y le tendió la mano—. En fin, puede que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. No sé si suele ir usted al pueblo, o si frecuenta mucho el cementerio.

Myrtle se echó a reír.

—Frecuento el pueblo más que el cementerio, aunque, de todas formas, voy todas las semanas a dejarle flores a mi madre. Y desde hace unos meses a Diana también, claro. Cuando voy al pueblo suelo ir a visitar a mi amiga, Jennet Allen. No sé si ha tenido ocasión de conocerla.

—Me temo que no. En cualquier caso, será un placer volver a encontrarme con usted, si tengo esa suerte. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Molloy.

El señor Pickett suspiró al abrir la puerta. Myrtle estaba preguntándose cómo se las habría ingeniado Nana para sacarlo de casa, cuando Livingstone la interceptó al subir las escaleras. Había estado esperándola en el pasillo.

—Discúlpame, Myrtle, pero me siento obligado a llamarte la atención por tu comportamiento. Todavía no me creo que hayas metido en tu casa a un hombre de la calaña de Molloy por voluntad propia. ¿No te das cuenta de lo tremendamente indecoroso de la situación? ¡Eres una mujer soltera, por Dios! ¿En qué estabas pensando?

—No sé de qué me hablas, Livingstone. Para empezar, sabía que mi padre estaba en casa, y para seguir, dudo mucho que quien me conozca vaya a pensar cosas raras de mí solo por dar cobijo a una persona durante una tormenta tan fea. Y ya que lo mencionas, no: no te disculpo. Considero que es demasiado, incluso para ti.

—¡Menudo susto se ha llevado tu padre al verlo!

—Pues lamento oírlo, pero seguro que ya ha comprobado que no era para tanto; el capitán es un hombre afable y educado y no me importaría que papá lo invitase alguna tarde a tomar el té, porque ahora que es invierno se aburre mucho en casa.

—¿Que se aburre? Bueno, pues ya estoy aquí yo para disiparle el aburrimiento; gracias por avisarme. A partir de ahora intentaré buscar un hueco entre mis obligaciones para venir a distraerlo.

Myrtle iba a replicar, pero se mordió la lengua. Si Livingstone acudía a entretener a su padre, ella se quedaría libre para ir con Jennet y cotillear a gusto. Le encantaba cuando las noticias frescas las traía ella, para variar.

—¡Mira que eres amable, Livingstone!

Por fin se hace de noche, y el único ruido que se escucha es el de los copos de nieve cayendo como cristales. Y su propia respiración, pesada, como de oso, de fondo. La ventana abierta de par en par, su rostro asomado a la intemperie. Nota cómo el aire gélido le perfora los pulmones, cómo golpea el corazón frenético en las costillas. Siente una gran tristeza. Él, que había creído...; no, que había deseado creer que con la muerte de Diana el monstruo que habitaba en su interior se dormiría para siempre...

Y, ahora, comprobar que solo estaba aletargado, al acecho como un depredador, aguardando el momento propicio. Sabe, desde luego, de quién es la culpa: del forastero, de aquel maldito forastero que lo había despertado. Aprieta los puños y se clava las puntas heladas de los dedos en la palma. Sí, lo ha visto presumir de sus heridas. Lo había visto regodearse en el dolor sufrido. Pero, en el fondo, no tiene ni idea de lo que es el auténtico dolor. Él sí. Lleva conviviendo con este desde los trece años. Y con el miedo. Con el dolor y el miedo. Despertarse por la mañana y no saber dónde estás; temer que el monstruo haya estado vagando en la oscuridad. Mirarte las manos para descubrir en ellas restos de sangre, o arañazos, o heridas abiertas. Temerse a uno

mismo, ¿existe un horror más grande?

Aúlla a la oscuridad, como un lobo herido.

No, no existe un horror más grande; pero, de existir, él se encargará de hacer que el forastero lo sufra en sus carnes. Será su castigo por haber despertado al monstruo.

Capítulo 5

El temporal duró tres días más. Tres días de aburrimiento que Ewart compartió con el tabernero y sus conversaciones insípidas que, al menos, sirvieron para reafirmarlo en la idea de que no era un tipo sociable. Al principio le entraron ganas de culparlo directamente, pero luego se acordaba del rato aciago que había pasado con aquel Berrycloth tan estirado y su amigo, y tenía que concluir, a la fuerza, que el soso era él. Aunque, en ese caso, ¿dónde colocar a la señorita Berrycloth? Ella sí le había parecido interesante.

—¿Ha oído la noticia?

El tabernero era una especie de periódico parlante que no le contaba más que desgracias. Cómo se enteraba él constituía el mayor de los misterios para Ewart, pero como no quería creer que además de insociable fuera un desconfiado, se encontró a sí mismo preguntando:

—¿Qué noticia?

—Los caminos. Fatal todos. La carretera que lleva a Boscastle está destrozada y no hay modo de llegar hasta allí.

—¿Debería preocuparme?

—¡Ja! Que si debería. Boscastle es el único puerto fiable que encontrará en Cornualles, señor Molloy. Ahora usted sabrá si debería preocuparse o no. Yo...

Hizo un gesto con las manos, como clamando al cielo. Ewart esperó. Quizá su conciencia se rebelase contra lo adverso; quizá estuviera a punto de aflorar algún nuevo e inesperado rasgo de personalidad. Pero esperó en vano.

—¿En serio?

—En serio.

Suspiró.

—¡Bah, no se preocupe, hombre!

—No lo estoy.

—Sí lo está, sí. No disimule, se lo veo en la cara.

—Se lo aseguro, no estoy preocupado.

—Pues será la pierna —dijo el tabernero, porque Ewart acababa de ponerse de pie, y no con

mucha soltura.

—Es la pierna. Necesito estirarla.

No le dolía ni más ni menos que el día anterior, pero Ewart llevaba conociendo al tipo el tiempo suficiente como para saber que estaba a punto de embarcarse en una cháchara interminable sobre nada.

El pueblo no era feo. Estaba encajonado en mitad de un valle, con dulces colinas verdes que lo flanqueaban desde todas partes salvo desde el sur, y las casas tenían ese aspecto atemporal que los viajeros siempre acaban asociando a tonterías cuando no saben qué decir sobre ellas: poéticas, nostálgicas, intrínsecas, atávicas. Suele suceder que son simplemente casas que llevan allí décadas, cuando no cientos de años, y no tienen ganas de modernizarse. Ewart lo había comprendido sin tener muy claro cómo había llegado a esa conclusión, y se contentó pensando que él también era un hombre poético y atávico y que un día recuperaría la memoria de golpe y entonces no haría más que reírse de sus tonterías.

Caminando como un abuelo ancestral, porque a la cojera no acababa aún de acostumbrarse, eligió el camino del cementerio, que era el único que conocía que condujera a alguna parte, pero no lo siguió hasta el final. Descubrió un sendero que se desviaba un poco más hacia el norte, jalonado por mojones de piedra, y que ascendía con suavidad hasta perderse detrás de una loma. Ewart lo tomó, porque tampoco le parecía muy sano que un hombre no recorriera más camino que el del cementerio sin tener allí a ningún muerto al que llorar, y al cabo de un rato el sonido inconfundible del mar se sumó al del viento. Un viento que, por cierto, soplaba cada vez con más fuerza, embotándole las narices con el olor a sal y a arena mojada y a espuma de olas. El lugar no le daba precisamente la bienvenida, pero, lejos de amilanarse, agarró con más fuerza el bastón y acometió la subida con firmeza militar.

La loma se terminó casi de repente. Un poco más adelante había unas vallas de madera medio desvencijadas que soportaban como podían los envites del viento. Sintió la tentación de cruzarlas y asomarse para contemplar el mar; uno del color del acero que se levantaba en grandes olas y que iba a romper contra la base de la loma. Desde donde estaba, sin embargo, solo podía imaginarse la escena. Vencida la tentación, porque no le apetecía arriesgar la vida de una manera tan tonta, reculó varios pasos y se conformó con contemplar el espectáculo a medias.

No pudo evitar sentirse minúsculo.

Permaneció unos segundos con los ojos cerrados. Y luego tuvo la incómoda sensación de que algo estaba a punto de ocurrirle.

Myrtle y Jennet caminaban cogidas del brazo, las dos muy juntas, como para protegerse mejor del viento. También, en realidad, porque parecía una postura mucho más adecuada para intercambiar confidencias.

—Imagínate, Jennet, ¡tú solo imagínate!, el vuelco que me dio el corazón cuando me dijo que

su amigo se llamaba John Abbott.

Jennet se debatía entre el escepticismo y la ansiedad más absoluta.

—No puede ser. ¡Pero ahora lo veo todo tan claro! Cuando hablaba Diana era como si lo tuviera delante, ¿te acuerdas? Tú y yo lo comentamos alguna vez... Que se estaba tomando el juego demasiado a pecho.

Myrtle asintió, pero luego, durante un rato, se quedó pensativa. Es verdad que todo había empezado como un juego. Diana se había inventado un nombre —al menos, ellas habían creído que se lo había inventado—, y a partir de ahí cada una se había puesto a fantasear sobre cómo sería el galán que se las llevaría de aquel pueblo tan anodino para vivir aventuras por el mundo. Los tres se habían llamado John Abbott. Ahí habían terminado las coincidencias. El de Jennet había resultado demasiado similar a un granjero de la zona como para que a Myrtle le interesara saber más sobre él, pero el John Abbott de Diana siempre había tenido una especie de halo misterioso que, en ocasiones, le había hecho dudar del suyo.

—¿Diana dijo alguna vez que su John Abbott fuera militar?

—Juraría que sí —dijo Jennet, y arrugó la frente, concentrada—. Lo que no me suena es que fuera teniente. ¿No lo llamaba «capitán Abbott»?

—A lo mejor eso se lo inventó, para darle más empaque.

—Puede ser.

El Abbott de Diana era un hombre amable y cariñoso, le gustaba leerle novelas en voz alta y nunca bebía vino. Myrtle y Jennet se metían con ella porque decían que se aburriría de él en seguida.

—Un día se enfadó, ¿te acuerdas? Porque nos reímos de su Abbott.

—Claro que me acuerdo. Creo que, a partir de ese día, ya no seguimos inventando tonterías.

—Yo me lo pasaba muy bien —dijo Jennet.

Myrtle se lo había pasado bien al principio; luego, empezó a cansarse de aquel juego que no hacía más que recordarle que ella nunca encontraría un Abbott aventurero en aquel lugar dejado de la mano de Dios. Les llevaba un par de años a sus amigas, y, a diferencia de Jennet, cuya familia se contentaría con un granjero decente que la hiciera feliz, su padre no aceptaría que un cualquiera pretendiera su mano.

Y, a su alrededor, lo único que había eran cualquieras.

Al menos hasta la aparición de Ewart Molloy.

—¡Myrtle! —Jennet se detuvo de sopetón y le clavó los dedos en el brazo—. ¿Crees que ese John Abbott pudo tener algo que ver con la muerte de Diana?

—¡Pero si Diana se cayó!

—Es verdad. Bueno, eso es lo que dijeron, que había subido hasta Gnarled Pike a ver el mar y un golpe de aire la arrojó al vacío. Pero ¿y si no se hubiera caído? ¿Y si realmente aquel teniente...?

Myrtle la miró.

—¿Cómo iba a tener que ver? ¿No ves que estaba en Crimea, con Molloy?

—Claro. Pobre Diana —suspiró Jennet—. De todas formas, aquí todo es tan aburrido que no me extraña que veamos fantasmas para matar el tedio.

—No sé qué quieres decir —contestó Myrtle, malhumorada—. Yo no veo fantasmas de ningún tipo.

En ese momento, un hombre calvo cruzó corriendo frente a ellas, con el rostro desencajado. Iba buscando al señor Molloy.

—Ese sí que acaba de ver un fantasma —dijo Jennet, y Myrtle tuvo que darle la razón.

—Me pregunto qué habrá pasado.

—¿Vendrás mañana a mi casa? Tengo que enseñarte las cintas de raso que me ha comprado mi madre. Quiero arreglar ese sombrero de paja tan feo que me regaló el bobo de Frederick.

Myrtle sonrió. Jennet siempre llamaba bobo a Frederick, pero era ella la que ponía cara de boba cada vez que lo nombraba.

«Y será así, poco a poco, como iré quedándome sola».

He ahí su fantasma particular.

Ewart había experimentado tres o cuatro veces esa sensación en el último año. Se quedaba contemplando algo y se le secaba la boca, le entraba un ligero mareo y después, a traición, lo golpeaba un recuerdo perdido. En un par de esas veces había conseguido aferrarse al recuerdo antes de que se desvaneciera y había podido anclarlo a la mente, para después, con paciencia, ir tirando del hilo y descubrir una pieza más del puzle que componía su pasado.

Ahora, al ver la inmensidad de aquel mar de mercurio agitándose a lo lejos, lo había acometido la misma sensación; pero por más que intentó agarrarse a la imagen, esta lo abandonó sin más.

—Bueno, al menos sé de un sitio al que me convendría regresar.

Lo que no lo había abandonado era la costumbre de hablar en voz alta consigo mismo, para mantener la soledad a raya.

—Y no tengo mala voz —siguió diciéndole al viento—. Tengo una de esas voces que sirven para mandar hombres en la batalla.

Eso se lo había dicho el médico poco antes de darle el alta. Con intención de halagarlo, seguramente. A Ewart no le había hecho especial gracia.

En realidad, él prefería escuchar una voz como la de esa mujer, Myrtle Berrycloth. Le sorprendió volver a pensar en ella, dos veces en el transcurso de unas pocas horas; pero qué iba a hacer él si no tenía en qué ocupar el tiempo ni personas en las que pensar.

Cuando se cansó de que el aire marino le congelara los huesos, emprendió el camino de vuelta, sintiéndose vigorizado.

Tardó en regresar al pueblo mucho menos de lo esperado, y se atrevió a hacerse ilusiones

respecto a su pierna. A lo mejor el médico no era tan incompetente como había pensado. A lo mejor el dolor acabaría desapareciendo y él volvería a parecer un hombre casi completo. Bien mirado, el bastón le confería un aire distinguido, o eso creía él. Las pocas mujeres con las que se había cruzado esos días también debían de creerlo. Estaba cojo, pero la vista la conservaba de maravilla. Cuando llegó al pueblo, sonreía. No es que estuviera contento, pero tampoco lo contrario. Sería por la convicción de que sus recuerdos podrían volver a él el día menos pensado. Se dijo que debía de haber sido un tipo optimista, y el entusiasmo estaba abriéndose paso de nuevo.

Sin embargo, un nosequé en el ambiente le hizo volver a su anterior estado de oscuridad. La gente lo miraba. Un hombre se acercó hasta él; lo saludó, aunque Ewart estaba seguro de no se habían presentado con anterioridad, y le dijo que un tal Collins andaba buscándolo.

—Caramba, Collins —dijo, preguntándose quién rayos sería.

—Como no lo ha visto a usted, se ha vuelto a la taberna. Total, ha dicho, ya irá cuando tenga que ir.

—Eso es cierto. Gracias por el recado.

—No hay de qué. Lo lamento mucho, ¿eh? La verdad es que cosas así... No hay derecho. No, no lo hay. Qué pena de mundo.

Y se alejó, dejando a Ewart con el «adiós» en los labios.

En la cantina, esperó a que se acercara el tabernero y simplemente murmuró:

—Collins.

—Caramba, qué horror —dijo el tabernero. Collins, supuso Ewart—. Lo que no sé es por qué tengo que ser yo quien se lo anuncie a usted. No me parece justo. Una noticia como esta.

—No se preocupe. Quién mejor que usted para anunciarme algo.

—Sí, imagino que sí. Pero es una noticia tan espantosa.

—Puede ponerme una pinta de cerveza, si quiere.

—No, no quiero. —Le extrañó. Collins solía ser un tipo considerado—. Creo que le vendrá mejor una ginebra.

—Prefiero la pinta.

—Pues pinta no va a ser. No discuta, hombre.

—Está bien. Ginebra, entonces.

Collins le sirvió la ginebra, y fue generoso. Ewart ya estaba preparándose para escuchar que los puentes que conducían al siguiente pueblo se habían venido abajo por culpa de la tormenta, o alguna calamidad por el estilo. Probó la bebida y tuvo que contener una mueca.

—Diantre, sí que es fuerte esta ginebra. —Collins se rascó la calva—. ¿Y bien, Collins?

—Su caballo, señor Molloy. Se lo han matado.

Al principio imaginó que había entendido mal.

—¿Quiere decir que se ha muerto?

—No, no. Que se lo han matado. Y es tan terrible que casi no sé ni...

—Pero ¿cómo que me han matado al caballo?

¿Qué sentido tenía eso?

Salieron, dieron la vuelta a la calle y entraron al establo. Había un corro de curiosos que se apartó de inmediato al ver a Ewart. Por sus caras, era como si estuvieran reviviendo antiguas tragedias.

Molloy se agachó junto al animal muerto. Había sangre por todas partes. Notó un sabor agrio en el paladar; sequedad, luego, y un mareo repentino.

Volvía a estar en Crimea, después del desastre de Balaclava. Había tantos muertos a su alrededor que pensó que lo habían enviado directo al infierno. Cerró los ojos, pero la imagen se le había grabado a fuego en la retina, y, además, seguía oyendo a los moribundos. Hombres y caballos, solo que era incapaz de distinguir a unos de otros. Todo sonaba como una misma masa informe de horror.

Intentó moverse, pero algo le había aprisionado la pierna. Le dolía tanto que, de haber podido arrancársela, lo hubiera hecho. Miró a ambos lados, pidiendo ayuda. Los que aún lograban oírlo no podían hacer nada por él. Casi, tampoco, por ellos mismos. El cielo cambió de color. Se volvió púrpura. Su pierna también, aunque, entonces, Ewart todavía no lo sabía. Cayó la noche y con ella la temperatura. El cielo cambió un par de veces más de color antes de que fueran a rescatarlo.

Cuando se lo llevaron, miró una última vez hacia los restos de la batalla. Había niebla flotando, aunque, quizá, eso solo existiera en sus ojos.

Sacudió la cabeza y regresó.

El recuerdo lo había dejado sin fuerzas; sintió las rodillas como si fueran de azúcar. Entre Collins y otro tipo lo sostuvieron.

—Se le ha caído el bastón —señaló alguien; y Ewart, envuelto en sudores fríos, no acertó a darle las gracias.

—¿Qué ha pasado aquí? —consiguió decir, con la boca seca.

—Nadie ha visto nada —indicó el tipo que le había devuelto el bastón—. Pero puedo asegurarle que el animal no sufrió. El primer corte fue certero, aquí. Se desangró rápido. Probablemente ni llegó a enterarse. Hay mucha sangre porque...

Ewart apartó la vista y, por un momento, incluso dejó de oír. Se sintió mal; como si estuviera traicionando al caballo, pero acababa de descubrir que ya no soportaba el olor de la muerte.

—Necesito que me dé el aire.

—Por supuesto.

Collins lo ayudó a salir. Parecía destrozado.

—No se preocupe, señor Molloy. Al que haya hecho esto lo voy a encontrar. ¡Vaya que si lo hago!

Muchas voces por detrás de ellos se mostraron de acuerdo. Iban a encontrar al bestia que se había atrevido a atacar así al caballo, y, a través del caballo, al hombre. Era una afrenta con todas

las letras de la palabra, y en aquel pueblo se tomaban muy a pecho las afrentas.

Molloy, sin embargo, se preguntaba el motivo. Lo cierto es que ni siquiera era su caballo; se lo habían prestado al licenciarlo, pero no recordaba quién ni por qué. Solo que habían compartido barco hasta Inglaterra y camino hasta Cornualles. Era un animal magnífico, y no se le ocurría más que una posible razón para que se lo hubieran cargado.

Su presencia allí molestaba a alguien.

Y por ese motivo, decidió Ewart cuando las tinieblas se alejaron de su mente, estaba dispuesto a quedarse.

Capítulo 6

Al día siguiente, Myrtle salió de su casa antes de que se presentara Livingstone y después de asegurarle a su padre que llevaba encima ropa suficiente para sobrevivir varios días a la intemperie, en caso de que la sorprendiese una nueva tormenta de nieve.

—De todas formas, papá, no creo que vuelva a hacer tan mal tiempo.

—Yo tampoco lo creo, porque han dejado de dolerme los huesos, pero en invierno nunca se es demasiado precavido.

—Eso es verdad.

Desde la ventana había visto una figura familiar que se acercaba. Por si acaso, se despidió de su padre y salió a toda velocidad por la puerta de la cocina, sujetándose las faldas con una mano y el sombrero con la otra. No es que corriera exactamente, pero tampoco es que caminara; digamos que Myrtle trotó lo bastante deprisa como para mantener el decoro por los pelos y a su persona a salvo de su pertinaz vecino.

Solo aflojó el paso cuando comprobó que Livingstone no la había seguido, porque aquel hombre era muy capaz de hacerlo para recomendarle que no anduviera sola por los prados, y eso ocurrió casi a mitad de camino. Para cuando llegó al pueblo, estaba toda acalorada. Y cuando por fin se presentó en casa de Jennet, estaba deseando sentarse y que a su amiga se le ocurriera ofrecerle una limonada de tamaño gigante.

Sin embargo, quien la recibió no fue Jennet, sino su madre, y a pesar de que la invitó a sentarse con ella en el salón, le informó de que no podría ver a su amiga aquel día.

—Ayer se resfrió. Esa manía que tiene de pasear cuando no viene a cuento, y ahora está en la cama con calentura. Es muy mala suerte, ¡con lo poco que queda para Navidad!

Myrtle se mostró debidamente compungida, y luego, también, debidamente confiada en que se recuperase pronto.

—Mi padre suele recomendar jarabe de ajo para el resfriado, aunque, si le soy sincera, tiene un olor tan horrible que yo nunca lo tomaría. En cualquier caso, si le sirve para mejorarse...

—Más le vale que lo haga cuanto antes —dijo la señora Allen—, porque, lo que soy yo, no pienso deslomarme más de lo que me toca cada día. ¡Ya no es una niña!

Myrtle defendió como pudo a Jennet; más que nada, porque la idea del paseo había sido suya, pero la señora Allen no se dejó convencer.

—No la excuses, Myrtle. —Luego, pareció recordar algo y bajó la voz—. Supongo que te has enterado ya de lo del forastero.

—Sí, señora. El otro día, de hecho, tuvimos el placer de conocerlo. Buscó refugio en casa de mi padre mientras duraba la tormenta. Señor Molloy, se llama.

A la señora Allen, que disfrutaba con las noticias frescas como el que más, la desanimó un poco que Myrtle lo hubiera conocido en persona; pero, por suerte para ella, tenía un chisme más reciente.

—Sí, bueno, pero ¿has oído lo que le ocurrió ayer? —La joven, por supuesto, no lo había oído —. Alguien ha matado al caballo del señor Molloy. ¡Pobre hombre! El señor McCaa sostiene que un animal así no vale menos de cien guineas, y ¿qué puedo decir yo?, podría ser verdad, porque los oficiales no van a andar con caballos birriosos pudiendo montar otros de más de cien guineas. ¿No te parece?

—¿Que le han matado al caballo?

—Eso he dicho.

—Pero ¡qué cosa más horrible! ¿Quién ha podido hacer algo así?

La señora Allen se quedó callada, mirándose las manos sobre el regazo, y Myrtle no supo si sentirlo más por Molloy o por el pobre caballo, fuera cual fuera su precio.

—Es espantoso, ¿a que sí? Me recuerda... me recuerda...

Myrtle esperó, pero la señora Allen no se decidía a arrancar.

—¿A qué le recuerda?

—Ay. No sé si hago bien en contártelo, Myrtle, aunque supongo... supongo que ya eres una mujer hecha y derecha y no pasará nada. Porque tú no te acuerdas de lo de los perros, ¿no?

—¿Los perros?

—Sí, los perros. Hace unos años ya. Alguien se dedicó a matar a los perros callejeros. —La señora Allen había perdido el color y se frotaba las manos—. De una forma muy horrible, además. Al principio, muchos pensaron que se trataba de una gamberrada de los chicos, pero luego... Ay, querida, no me preguntes lo que les hicieron a los pobres animalitos.

—No pienso preguntárselo —contestó Myrtle, horrorizada—. ¿Y nunca se supo quién lo había hecho?

—No, querida, nunca llegamos a averiguarlo. Y luego, bueno, llegó un día y de repente no aparecieron más perros por ahí. Por eso me da miedo pensar que... Pero no, no creo que tenga nada que ver.

—¡Eso espero!

—Cielos, sería terrible. Como les dé por empezar a matar caballos ahora...

—¡No puede ser tan fácil matar a un caballo!

—¡Yo qué sé!

A Myrtle se le quedó muy mal cuerpo y no fue capaz de probar el bizcocho que había llevado la criada.

—¿Y qué va a hacer ahora el señor Molloy?

—No lo sé, hija, no lo sé. Se lo preguntaría, si por mí fuera, pero no lo conozco de nada. Aunque supongo que Blanche Edwards, que es familia de Collins, podría intentar descubrir algo. Si quieres, se lo pido.

Myrtle no quería, pero algo le decía que la señora Allen se encargaría de averiguarlo por su cuenta de todos modos, así que no dijo nada. Se despidió poco después, prometió regresar en un par de días a interesarse por Jennet y salió medio mareada de la casa de su amiga.

Estaba decidiendo si debería volver a la suya o aprovechar que estaba en el pueblo para hacer unas compras en la mercería cuando vio, a lo lejos, la silueta de Ewart Molloy, caminando despacio con su bastón calle arriba. Su primer impulso fue el de dar media vuelta, pero luego se dijo que, de ser un vecino del pueblo, habría ido hasta donde él con toda naturalidad para ofrecerle el pésame, o cualquiera que fuera el equivalente (Myrtle no tenía ni idea) cuando a alguien le mataban a sus animales, y pensó que debería hacer lo mismo aunque el hombre fuera un forastero. Solo deseó no parecer demasiado torpe cuando le hablara.

Caminó detrás de él; para ser cojo, andaba bastante deprisa.

—¡Señor Molloy!

Ewart se detuvo al reconocer a Myrtle.

—¡Señorita Berrycloth! Me alegro de verla.

—Lo mismo digo. Discúlpeme por haber gritado su nombre en mitad de la calle; va usted más rápido de lo que parece y ya he corrido bastante por hoy, me temo.

—No se preocupe. ¿Iba usted a algún sitio? ¿Me permite acompañarla?

—No voy a ninguna parte, así que, si me lo permite, puedo acompañarlo yo a usted.

Le sonrió, y Molloy le devolvió el gesto, un poco vacilante.

—Bueno, supongo que yo tampoco iba a ninguna parte. Necesito caminar a menudo, por la pierna. O eso me dijo el médico.

—¿Ha estado usted ya en la vieja mansión Dae? Es la joya de la Corona del pueblo, o eso dicen los visitantes. No está lejos de aquí, y tiene una hermosa vista de los acantilados, aunque un poco distante.

—No la he visto.

Molloy le ofreció el brazo, pero antes echó un vistazo sobre su hombro.

—¿No será un poco incorrecto?

—¿El qué?

—Que venga usted conmigo sin carabina.

—Oh, es posible, pero dudo que nadie en el pueblo cuestione mi reputación. Tienen demasiado sentido común para eso. Siempre y cuando no nos vea Livingstone Corrigan, estaremos a salvo —dijo, y se echó a reír.

Molloy esbozó una sonrisa, y tomaron el camino del caserón.

—¿El señor Corrigan y usted están... eh... prometidos?

—En absoluto. Pero no me cuesta imaginar por qué me lo pregunta; es un viejo amigo de la familia. Su padre y el mío eran buenos amigos en su juventud, y Livingstone venía a menudo a mi casa. Cuando murió el señor Corrigan, siguió haciéndolo; y supongo que, con los años, ha tomado la costumbre de dirigirse a mí como si fuera una especie de hermano mayor, o padrino o algo así.

—O algo más, quizá.

Myrtle negó con la cabeza.

—Le aseguro yo que no. ¡Yo también tengo mucho sentido común, aunque tenga pocas oportunidades de lucirlo!

—Estoy convencido —dijo él con amabilidad.

—Le pareceré una descarada. No lo soy, pero estoy un poco nerviosa.

—Si es por este paseo nuestro, no me importa volver.

—No, no es por eso. Es que la señora Allen me ha contado lo que le ha ocurrido a su pobre caballo, y no sé cómo decirle cuánto lo lamento.

—Bueno, acaba de decirlo —repuso Molloy con brusquedad—. Confieso que no termino de creérmelo; no me había parecido que este fuera un pueblo peligroso.

—¡Y no lo es! Nunca antes había oído algo semejante. —Myrtle evitó pensar en los perros y añadió—: Es verdad que, de haber ocurrido, mi padre habría intentado ocultármelo, pero, de un modo u otro, habría acabado por enterarme. Las noticias vuelan en los sitios pequeños.

—Imagino que sí.

Durante un buen rato, ninguno de los dos dijo nada más. Torcieron por la calle de St Andrew y llegaron hasta el viejo caserón.

—No me diga que no es magnífico.

—Tiene aspecto de iglesia.

—Lo tiene, ¿verdad? Y sin embargo nunca lo fue; dicen que uno de sus primeros propietarios estaba un poco desequilibrado y le daba mucho miedo que se lo llevara el Diablo, así que mandó construir todas esas decoraciones para que semejara una iglesia y que el Diablo no se atreviera a entrar. El rosetón, la aguja de la torre y la fila de santos, y puede que haya más cosas, no lo sé.

—¿No ha entrado nunca?

—No se puede visitar por dentro —explicó Myrtle—. Sé que algunos chicos del pueblo han entrado, o eso dicen, para demostrar a los demás lo valientes que son; pero, si le soy sincera, nunca he oído a nadie describir el interior, así que me imagino que, o se lo inventaron, o se limitaron a acceder al jardín sin más. En cualquier caso, no hay que ser especialmente valiente para entrar a un jardín.

Molloy asintió y se quedó mirando el caserón.

—¿Cuánto hace que está abandonado?

—No lo está. —El hombre se volvió hacia ella—. El Diablo consiguió meterse, ¿no se lo he dicho? Eso asegura la leyenda. De vez en cuando, alguien oye un ruido, o se vislumbra una luz. Por eso los chicos del pueblo se ponen a prueba intentando colarse.

Molloy se santiguó, y Myrtle sintió que le ardían las mejillas.

—Disculpe. No era mi intención ofenderlo. Si le soy sincera, a mí tampoco me hacen mucha gracia esas aventuras.

—Con algunas cosas es mejor no hacer tonterías.

—Supongo que sí.

Myrtle, que había estado a punto de preguntarle si se atrevería a entrar (porque era la consulta que se le hacía de forma invariable a los forasteros), prefirió guardar silencio. Los irlandeses eran diferentes, o eso había dicho siempre su padre, y también Nana, y, por lo que ella misma había leído, bien podía ser cierto.

—Y, aparte del Diablo, ¿cuándo estuvo habitada por última vez?

—Hace casi cien años, si no me equivoco. El último habitante fue una mujer que acabó chiflada y fue trasladada a Londres.

—¿Y no se quedó ningún familiar en el pueblo?

Myrtle sonrió enigmáticamente.

—Las malas lenguas dicen que sí, pero también aseguran que no se sabrá nunca, porque el que se quedó no era legítimo.

—¿Quiere decir que tuvo un hijo natural?

—Esa es la idea. —Myrtle se encogió de hombros—. Ya sabe lo que ocurre con los rumores: acaban por no tener ni pies ni cabeza. Hay tantas versiones de lo que sucedió con Cecilia Dae, la loca Dae la llamaban, que es imposible conocerlas todas. Debe de ser típico en los pueblos pequeños, ¿no cree?

—No lo sé —respondió Molloy con media sonrisa.

—¿No lo sabe? ¿Este es su primer pueblo?

Myrtle, que creía que le estaba tomando el pelo, decidió pagarle con la misma moneda, pero se no esperaba la respuesta que recibió de Ewart.

—Pienso que no, pero no estoy seguro. —Suspiró, y durante un momento su mirada se quedó prendada en las nubes que cruzaban veloces el cielo—. Verá, la guerra no me sentó demasiado bien. Se llevó varios dedos de mi mano y me dejó una pierna inútil, y, además, se quedó con todos mis recuerdos anteriores.

—Me temo que no le entiendo. ¿Quiere decir que usted perdió la memoria?

Molloy asintió.

—Mi primer recuerdo firme se remonta a cuando desperté en el hospital de oficiales. Aparte de eso, he tenido algún fogonazo o dos; escenas que me sobrevienen de repente, pero que me cuesta ubicar en el tiempo. Es... complicado de explicar.

—Debe de serlo —musitó Myrtle, desconcertada—. Por eso dijo que no podía hablarme de su

amigo, ¿verdad? Ni de lo que le había contado sobre Diana.

—Por eso.

—Caramba. Pero, en ese caso, ¿cómo sabía que tenía que venir aquí?

—No lo sabía con certeza, pero, por alguna razón, resulta que yo llevaba la carta de Abbott bajo mi guerrera, con la dirección escrita y todo. En parte decidí venir por si la tal Diana era capaz de descubrirme algo sobre Abbott que me ayudase a recordar. Quizá... quizá él fuese mi mejor amigo. No lo sé. Es...

Molloy se mordió la lengua y cerró los ojos con expresión furiosa. A Myrtle le hubiera gustado decir que entendía cómo se sentía, pero no habría sido cierto. ¿Olvidar todo lo que uno ha sido en la vida? ¿Todo cuanto ha amado, vivido, odiado? ¿Y qué había de su familia?

—¿Y cómo sabe entonces que usted es angloirlandés?

—Bueno, eso no debe de ser muy difícil —dijo, y se echó a reír—. Todo el mundo parece reconocer mi acento. Y, además, el ejército guarda un registro muy exhaustivo de sus hombres. Me facilitaron mi nombre, mi dirección... todo.

—¡Su nombre!

—Sí, mi nombre.

—¡Olvidó usted su propio nombre! Qué espanto; ¡no me extrañaría que estuviera maldiciendo la guerra día y noche!

—Lo hice durante un tiempo. Aún lo hago, en cierta manera, pero estoy intentando pasar página. No voy a resolver nada quejándome, ¿no le parece?

—Supongo que tiene razón.

—¿Le apetece regresar?

Myrtle asintió, y Molloy volvió a ofrecerle el brazo.

—¿Puedo preguntarle qué planes tiene a partir de ahora?

—Pensaba regresar a Irlanda, para buscarme a mí mismo. Pero he cambiado de idea —añadió al rato, y una sombra le oscureció la mirada durante un segundo—. No me ha gustado la amenaza.

—¿Lo de su caballo?

—Sí. ¿No cree usted que se trate de una amenaza? ¿Quién podía tener interés en hacer lo que hizo? No tengo enemigos aquí.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Molloy se detuvo y giró el rostro para mirarla.

—Eso es verdad. No estoy en absoluto seguro.

Estrechó los ojos y la miró como si pretendiera traspasarla. Myrtle se quedó sin aliento durante un par de segundos y, por instinto, dio un paso atrás.

—¿Usted recuerda, señora, si yo había venido antes por este pueblo?

—No, que yo sepa. Pero...

—Pero ¿qué?

—Nada.

Ella tampoco podía asegurarlo. Acababa de caer en la cuenta de que, probablemente, John Abbott, el auténtico Abbott, sí debía haber estado alguna vez; al menos, una, porque ¿cuándo se había marchado de allí Diana Relish sin el plomo de su hermano vigilándola como un halcón? ¿Cómo, si no, iba a haber conocido a aquel teniente de Plymouth? Sin embargo, ella no recordaba nada parecido.

—Iba a decir algo —insistió Molloy.

—Iba a decir que quizá esté equivocada —dijo Myrtle, y echó a andar para que él no viera cómo le ardía la piel—. Como sabe, vivo un poco lejos del pueblo. Imagino que pudo usted venir de paso sin que yo me enterase.

—Entiendo. Bueno, en cualquier caso, puedo preguntárselo a Collins. Si alguien lo sabe, será él.

—¿Collins?

—El tabernero.

Ninguno de los dos volvió a abrir la boca hasta que llegaron al camino que se alejaba del pueblo.

—¿Quiere que la acompañe hasta su casa?

—Será mejor que no —contestó Myrtle, con una sonrisa—. Livingstone podría seguir rondando por ahí, y no quiero darle excusas para que me suelte uno de sus sermones. En realidad, no es que las necesite, pero será mejor que, al menos, no le dé ideas.

Molloy pareció vacilar.

—Quizá pueda acompañarla hasta mitad del camino.

—No es necesario.

—¿Seguro?

—Se lo prometo.

Myrtle pensó que aquel hombre era todo un caballero, pero no al estilo cargante de Livingstone. Le tendió una mano para despedirse y deseó que él abriera la posibilidad de volver a pasear juntos algún día de esos.

Pero Molloy no dijo nada; se limitó a estrecharle la mano y, a decir verdad, su mente parecía vagar lejos de allí. Resignada, Myrtle emprendió el camino de vuelta.

Capítulo 7

—¡Myrtle! Me has pillado por los pelos.

Livingstone estaba poniéndose los guantes, pero prefirió volver a dejarlos en la mesilla de la entrada y acompañar a la joven al salón. No parecía muy contento.

—¿Cómo estás, Livingstone? ¿Has venido a saludar a papá? ¡Qué amable!

—Bueno, en realidad he hecho algo más que saludarlo, porque he estado haciéndole compañía durante casi dos horas. —Myrtle enarcó una ceja y él se apresuró a aclarar—: Y lo he hecho con mucho gusto, por supuesto. Solo que me ha sorprendido no encontrarte en casa.

—He ido a ver a Jennet Allen al pueblo. Está enferma, la pobre.

—¿Quién está enferma? —preguntó su padre, levantando la cabeza de golpe.

—Jennet. Pero no es más que un resfriado pasajero.

—Enviaré a Pickett a ver a la señora Allen ahora mismo. Cuando uno está resfriado, lo mejor que puede hacer es beber jarabe de ajo, pero no creo que esa mujer lo sepa. Siempre me ha parecido un poco insensata, y supongo que no es solo mi parecer, puesto que ha permitido que la pobre Jennet se resfríe.

—No te preocupes, papá. Ya se lo he dicho yo; el jarabe de ajo es infalible.

—Y tanto que lo es. ¿Tú también lo tomas, Livingstone, para tratar el resfriado?

—Por suerte, señor, tengo una constitución de hierro y nunca caigo enfermo.

—Sí que es una suerte, pero no te confíes. Y más con este invierno atroz que estamos padeciendo. ¡Si mi primo supiera...!

—Hablando de eso, Myrtle, creo que tu padre tiene una noticia que darte. Una noticia relacionada con tus primos, y me da la sensación de que te va a encantar.

Ambrose lo miró con fastidio.

—Sí. Es verdad. Ahí, querida; sobre la mesa. He recibido una carta de tu tío Arthur.

—¡Mi tío! ¡Por fin! ¿Y qué dice?

—Léelo tú misma.

Myrtle le echó un vistazo rápido; su tío tenía una forma de escribir casi tan relamida como la de Livingstone al hablar, y su letra, llena de serifas y remates, solía convertir sus cartas en un

suplicio. Pero localizó en seguida la parte más interesante, y le dio un vuelco el corazón.

—¡Van a venir a pasar las navidades! ¡Oh, qué maravillosa noticia!

—Sabía que te encantaría oírlo —dijo Livingstone, pero Myrtle estaba tan contenta que no le hizo ni caso.

—¿Cuántos años hace que no veo a mis primos?

—Por lo menos cuatro. O cinco, quizá; la última vez que nos visitaron, tu tía Hattie estaba recuperándose de esa dolencia estomacal tan incómoda, y dijo que el frío húmedo de la región le sentaba terriblemente mal.

—Es verdad, ahora me acuerdo —mintió ella, y empezó a leer la carta, esta vez desde el principio, mientras su padre formulaba en voz alta su deseo de que no hubiera ningún convaleciente en la familia.

Aún no había terminado de leerla cuando un comentario de Livingstone encendió todas sus alarmas.

—Les auguro unas navidades de lo más entrañables. Ojalá yo tuviera la suerte de poder reunirme con mis familiares, pero me temo que este año tendré que pasar las fiestas conmigo mismo.

—¡Caramba! —dijo Ambrose—. ¿Cómo es eso, querido amigo?

—Hay asuntos que me retienen aquí y no puedo posponerlos. Me resignaré a celebrar la Navidad yo solo, y me daré el capricho de hacer algún pequeño regalo a mis criados en san Esteban, nada más.

—Tus pequeños regalos no suelen ser tan pequeños, Livingstone —dijo Ambrose, con una sonrisa—. Eres igual que tu padre en ese sentido.

Sí, Livingstone era un hombre generoso, pero ahí acababan sus virtudes para Myrtle, que escuchaba horrorizada la conversación temiéndose lo peor.

Y lo peor, por supuesto, no tardó en llegar.

—Myrtle, no podemos permitir que nuestro buen amigo celebre la Navidad solo, ¿verdad, querida?

Ella no tenía ningún problema en permitirlo, pero su buena educación, sí; y contestó lo que su padre, y por descontado también Livingstone, estaban deseando oír.

—¡En absoluto! ¿De verdad no tienes a nadie?

—A nadie. Mi familia más cercana, como sabes, vive en el norte, y sus circunstancias no hacen aconsejable un viaje en esta época del año.

—Es terrible pasar solo las navidades —dijo Ambrose, y Myrtle se acordó del pobre Molloy. Él sí que iba a pasarlas más solo que la una—. Tendrás que venir a cenar con nosotros. No, no te molestes en protestar. Lo he decidido.

—Oh, muchas gracias, señor. No sé cómo agradecérselo.

Lo cual era una enorme mentira, a juzgar por el discurso con el que Livingstone los obsequió entonces. Myrtle tuvo que hacer un serio esfuerzo para no quedarse dormida de pie, y él, que

creyó que lo escuchaba con arrobamiento, acabó dirigiéndole en exclusiva sus últimas palabras.

—Realmente lo considero un honor, Myrtle; sí, soy consciente de que se me concede un gran honor al invitarme a compartir una fecha tan especial con tu familia. Me hace sentir como... como si yo formara parte de ella.

La joven consiguió esbozar una sonrisa, pero le dio un poco de repelús la manera en la que la miró, con aquel gesto tan raro en sus ojos azules que, sin duda, debía de haber estado ensayando frente al espejo. Livingstone era un hombre guapo, pero resultaría mucho más atractivo, pensó Myrtle, si dejara de adoptar esas poses tan afectadas suyas.

—Oh, Livingstone, ya sabes que siempre has sido como... ¡como un hermano para mí!

—Myrtle —dijo su padre—, déjame la carta, por favor. Quiero volver a leerla tranquilamente.

—Tenga, señor Berrycloth —dijo Livingstone, quitándosela de las manos. De paso, se las apañó para atraparle los dedos entre las suyas y, bajando la voz, añadió—: Me siento muy honrado por eso que has dicho, Myrtle. Pero aún me sentiría más honrado si, en lugar de considerarme tu hermano... Bueno, no creo que sea momento de considerarlo ahora.

—Ay, Livingstone, qué cosas dices siempre.

Myrtle se liberó, enfadada, y se disculpó diciendo que tenía que hablar con Nana. ¿Qué se había creído ese hombre? Cada vez se tomaba más libertades.

—¡Unas libertades que todavía no sé muy bien de dónde nacen, Nana!

Myrtle había huido del salón y estaba desquitándose con un té, una cuchara y un tarro de confitura de moras abierto frente a ella. Nana estaba tan indignada como ella, si no más.

—¡Ese señor Corrigan! En ocasiones, me dan ganas de ponerlo en su sitio, aunque esté fatal que una mujer como yo ponga en su sitio a un señor como él; pero ¡está claro que necesita que le bajen los humos! Siempre me ha parecido que se sentía demasiado a gusto en esta casa. ¡Eso de entrar al salón sin que lo acompañe Pickett! ¿Aún no sabe qué clase de caballero es el señor Berrycloth?

—Más bien, creo que no sabe qué clase de caballero es él mismo. Quiero decir, mi padre sí es un caballero, pero él no, ¡por muchos humos que tenga!

—Bien dicho, querida. Aunque considero que ya has probado suficiente confitura como para saber si está buena o no. —Y le quitó el tarro sin contemplaciones—. Creo que la señora Pickett ha tenido que ensancharte las enaguas no hace mucho, ¿verdad, señorita Myrtle?

—Oh, Nana, eso sí que está fatal por tu parte.

—Al contrario, señorita Myrtle; eres un joven muy lucida y hermosa, pero, como no me ponga severa, dejarás de caber en los corsés. ¡Y eso sí que no nos gustaría a ninguna!

—¡No caber en los corsés! Nunca he oído cosa semejante.

Pero apartó la cuchara y le preguntó a su vieja aya qué opinión le merecía el señor Molloy.

—¡El señor Molloy! —Nana torció la boca, como si el nombre le quemase en los labios—. Bueno, una nunca puede pensar favorablemente de un desconocido que se presenta en un pueblo decente y pregunta, con todo el descaro, por una joven que acaba de morir.

—Bueno, él no podía saber que Diana había muerto.

—¿Y qué cambia eso?

—Nada, supongo. Pero ¿qué te parece como persona?

Nana tenía buen ojo para juzgar a la gente. O eso decía siempre ella.

—Humm, reconozco que parece un hombre bien educado, y tiene un acento distinguido. Irlandés, por otro lado, por lo que probablemente no será de fiar, pero el Señor nos enseña a ser caritativos, y lo cierto es que la Biblia no especifica nada sobre los irlandeses.

—¡Cómo lo va a especificar! —dijo Myrtle, atragantándose con la risa.

Nana cerró los ojos un momento y la cara se le llenó de arrugas.

—¡Lo cierto es que el señor Corrigan no estuvo muy agradable la otra tarde! Debería haberse esforzado un poco más en entablar conversación con él, en lugar de dejártelo a ti. En todo caso, todavía no me he formado una opinión muy completa sobre él. —Se giró y la miró con ojos escrutadores—. ¿Por qué me lo preguntas?

Myrtle se puso roja.

—Por nada. A mí me dio un poco de lástima.

—¡Lástima! Está muy feo que una joven como tú sienta lástima por un hombre hecho y derecho solo porque padezca una ligera cojera. ¡Lo he visto andar, señorita Myrtle, y no creo que esa pierna suya le duela tanto como para inspirar lástima en las jóvenes del pueblo! Porque, espero, no te provocará otro tipo de sentimientos, ¿verdad? ¡Tienes demasiado sentido común! O antes lo tenías, ¡ojalá no se te haya perdido, tanto y venir por los caminos!

Myrtle le contó lo del caballo.

—¡Madre mía, qué espanto! —dijo Nana, y se llevó las manos a las mejillas—. Como aquella vez que... Pero, no, no puede ser. ¡Espero que no!

—¿Qué, Nana? Estás pensando... estás pensando en lo de los perros, ¿verdad?

—¡Válgame! ¿Cómo te has enterado de eso? ¿Ha sido el señor Corrigan?

—No, ha sido la señora Allen. —A Myrtle le sorprendió que Nana estuviera tan al corriente de ese asunto, pero no lo dijo en voz alta—. ¿Por qué, acaso era un secreto?

Le pareció que las mejillas de Nana habían cambiado de color, pero eso podía ser por el gesto de antes.

—¿Un secreto? No, supongo que no. Solo que el señor Berrycloth... Bueno, ya sabes, no soporta que le hablen de ciertas cosas.

—Que mi padre sea un poco aprensivo no significa que yo lo sea también.

—No es una cuestión de aprensión, ¿sabes, señorita Myrtle? —Nana se puso de pie. Por alguna razón, acababa de enfadarse—. Y, en cualquier caso, habría sido bastante horrible que te lo contáramos a ti, que eras una chiquilla. ¡Y ya está bien de hablar! Estoy muy ocupada como para perder el tiempo con chismes del pasado. ¡Debo marcharme ahora mismo!

Y eso hizo. Myrtle no tenía ninguna duda: Nana encontraría cualquier excusa para bajar al pueblo a enterarse de chismes más actuales respecto al caballo de Molloy. Cuando la vio salir,

estuvo a punto de llamarla para pedirle que tuviera cuidado, pero, como habría tenido que explicar demasiadas cosas, prefirió no hacerlo. Era muy improbable que a Nana le sucediera nada. Y eso que, por el camino, Myrtle había tenido la extraña sensación de que alguien había estado siguiéndola.

Ewart había mantenido una conversación de lo más irreal con Collins, pero al acabar tenía la impresión, más o menos fiable, de que nunca había puesto un pie, ni medio, en aquel pueblo, ni, probablemente, en la zona. No había sido fácil averiguarlo, porque no quería ir pregonando su amnesia a los cuatro vientos y, al mismo tiempo, no quería parecer un loco o, peor aún, un rematado idiota que no sabía por dónde iba. Restaba, es cierto, la posibilidad de que Collins estuviera mintiendo; no podía despreciarla, pero tampoco hacer mucho contra eso. Además, las tripas le decían que era un tipo sincero.

Se preguntó si sus tripas sabían de lo que hablaban; sin embargo, como con Collins, carecía de certezas al respecto. Por tanto, solo podía fiarse.

«De hecho, no solo fiarme», se dijo. Estaba convencido de que debía interpretar el ataque como una amenaza personal. Y como, además, algún día u otro le tocaría pagar por el caballo, puesto que no era suyo, no estaría de más que emprendiera alguna que otra averiguación por su parte. Algo le decía (¿las tripas, quizá?) que nadie en aquel pueblo iba a ofrecerse a ayudarlo.

Con permiso de Collins, regresó al establo a husmear, preguntándose de paso qué demonios esperaba encontrarse. No había más animales; a un lado del recinto, que no era de por sí muy grande, había un buen montón de cajas de madera apiladas.

—Cosas de Collins, viejo —dijo en voz baja, como se había acostumbrado a hacer durante el viaje.

Examinó las cajas, más por curiosidad que por otra cosa. Estaban cerradas y bien claveteadas, pero tenían toda la pinta de no interesarle a nadie aparte de al propio tabernero. Al acercarse, distinguió una mancha oscura en una de ellas; una marrón y de aspecto viscoso. Había tenido demasiado contacto con demasiadas de esas en los últimos meses como para querer verla con más atención, y apartó rápidamente la vista.

Se colocó en el punto exacto donde había yacido el cuerpo muerto del animal. Seguía habiendo restos de sangre, por más que el pobre Collins se hubiera esmerado en quitarla, con vinagre, primero; y lejía, después. Se agachó. Desde allí se veía, a través de un hueco en la pared, el tejado de la casa de enfrente y un par de ventanas de la casa de al lado. No era improbable que alguien hubiera visto algo, pero, para eso, tendría que haber estado mirando; sin embargo, sería más fácil que alguien hubiera escuchado relinchos o cualquier tipo de jaleo inusual. Un caballo es un animal grande y no suele dejarse matar por las buenas, a no ser que el matarife supiera demasiado bien lo que hacía y antes lo hubiera dejado seco con un golpe preciso.

Se dijo que no perdería nada por preguntar a los vecinos por el carnicero del pueblo, si es que

solo había uno, y por qué no, por el médico. Desde luego, su propia experiencia con los doctores no excluía ninguna opción. Sin embargo, por más que trataba de pensar con frialdad, no se le ocurría qué podrían tener contra él un carnicero o un médico rural.

Al salir del establo, estuvo a punto de chocar con Roy Relish. El tipo parecía un poco más templado que la última vez que lo vio; incluso lo saludó con cortesía y afirmó lamentar mucho lo que le había ocurrido.

—Nunca he entendido a la gente que hace daño a los animales de forma premeditada —dijo Relish, y había suficiente congoja en su rostro como para creerlo—. No es que me parezca bien que se haga daño a las personas, ¿sabe?, pero con los animales es distinto. Se fían de nosotros, ¿no le parece?, y no pueden defenderse. Es muy lamentable que ocurran estas cosas.

—Sí, tiene usted razón.

Se preguntó qué pensaría aquel individuo de lo que había visto él en Crimea.

—Un caballo, además. ¿Qué necesidad hay de matar animales?

—Ninguna.

Ewart había visto muchos caballos muertos. Algunos parecían ser uno con su jinete, muerto también. Y había visto a hombres llorar cuando los perdían.

No sabía cómo le tocaría hacer para sobrellevar sus recuerdos, pero, en general, evitaba pensar en ello.

—Jamás se ha visto crueldad así por estos pagos. En fin, espero que el que lo haya hecho pague por su maldad.

—Eso espero yo también.

Ewart aprovechó y le preguntó por el carnicero del pueblo. Relish puso una cara lo bastante espantada como para suponer que se estaba haciendo una idea muy equivocada al respecto.

—Me gustaría conocerlo, nada más —aclaró.

—¿Lo ha mandado Collins a comprar salchichas para la taberna? —Relish resopló—. Sería muy típico de él hacer algo así; es un tipo muy mezquino.

—¿En serio? No me lo había parecido —contestó Ewart, lo cual era completamente cierto.

—Puedo acompañarlo hasta donde Owen. Es el carnicero —explicó, y echó a andar, muy despacio—. Collins es... Bueno, supongo que no debo hablar mal de mis vecinos. Y menos de él; a Diana le gustaba mucho Collins.

—¿La hermana de usted era... ejem... amiga del tabernero?

Una sombra oscureció las facciones de Relish. Fue algo muy fugaz; Ewart estuvo tentado de creer que habían sido imaginaciones suyas.

—Aquí nos conocemos todos, ¿sabe? Pero yo nunca diría que Diana fuera amiga de ese hombre. Ni de ningún otro, en realidad. Mi hermana era una joven muy decente.

—Por supuesto. No quería decir que...

—Lo malo de estos pueblos pequeños es que todo el mundo está siempre murmurando. Murmuran y murmuran sin saber de lo que hablan, y, a veces, hacen daño a las personas buenas.

—Vaya, creo que me corresponde disculparme —dijo Ewart, aunque no lo creía en absoluto.

Sin embargo, aquel Relish parecía un poco ofendido, y sería mejor no ir creándose enemigos de la nada. Roy se giró para mirarlo y, por un momento, fue como si se sorprendiera de verlo allí.

—No hay necesidad. No lo digo por usted, sino por todos los demás. ¿Ve a aquellas dos viejas? Las que nos espían por debajo de sus condenados velos.

Ewart echó una ojeada. Había dos mujeres al otro lado de la calle (él no acababa de considerarlas viejas, pero eso, claro, dependía siempre del punto de vista), y es verdad que miraban en su dirección.

—No creo que estén murmurando sobre nosotros.

—Eso lo dice porque es forastero y no se entera. —Molloy enarcó una ceja, pero no dijo nada —. Son unas viejas cotorras y no me cuesta hacerme una idea de lo que hablan. No hacen más que esparcir rumores maliciosos.

—¿Sobre qué?

—Ya sabe. Usted, Diana, yo... A saber qué se les ocurrirá ahora.

Ewart volvió a mirarlas. Las mujeres habían perdido su interés, o esa impresión daba, pero Relish debía conocerlas mucho mejor que él. Recordó que Myrtle también había comentado algo sobre los pueblos pequeños. Quizá se había metido, sin darse cuenta, en un nido de víboras.

—Para usted debió de ser muy duro perder a su hermana.

—Lo fue.

—Siento mucho haber reavivado ese recuerdo. De haber sabido que había fallecido, no hubiera venido a importunarlo.

—No pasa nada. Me cuesta acostumbrarme. No me queda más familia. Bueno, tengo unos tíos muy ancianos que viven en Paignton.

—No sé dónde está Paignton.

Relish arrugó la nariz.

—Ah, bueno, siendo usted irlandés y todo eso... Es un pueblo en la costa, cerca de Plymouth.

—¡No me diga!

—Sí. Pero mis tíos están muy mayores para viajar. La última vez que los vimos fue... ¿cuánto hará? Quizá un par de años. No lo sé. Ni siquiera pudieron venir para el funeral de Diana.

—Qué lástima.

—Sí. En fin, ahí tiene su carnicería Owen. Supongo que estará dentro. ¿Sabrá usted volver al centro del pueblo?

—Sí, no se preocupe. Los irlandeses nos orientamos bien, por lo general.

Relish pareció dudar, pero finalmente se encogió de hombros y se despidió de él.

—Si algún día quiere, puede venir a cenar conmigo. Estos días, ya sabe, con la Navidad encima... Se hace duro estar solo.

—Se lo agradezco.

Ewart no creía que fuera a aceptar su invitación. Pero, unos días antes, tampoco había pensado

que fueran a matarle el caballo y verse condenado a permanecer en semejante pueblo, así que, por si acaso, no dijo nada.

Entró en la carnicería. Fue una mala decisión. El olor a vísceras y a muerte le revolvió las tripas. De repente, notaba la lengua pesada dentro de la boca, y la garganta como si se la hubieran rellenado de algodón.

—Diantre, el irlandés —oyó que decían, y luego la visión se le volvió negra.

Capítulo 8

—Mejor un poco de vino —dijo alguien.

Era una voz recia. Cuando abrió los ojos, comprobó que su dueño era igual de recio, o quizá más; si no pesaba más de doscientas cincuenta libras, entonces Ewart era la reina Victoria. Lo miraba con el ceño fruncido; Ewart solo podía ver sus ojos, dos puntos diminutos en una cara lechosa y ancha como un tablón, y, por debajo del cuello, un delantal de loneta gris salpicado de manchas rojas.

Tuvo que apretar los dientes para contener una arcada.

—Se ha mareado, ¿no? Esto le vendrá bien.

Seguro que se trataba de un vino decente, pero Ewart sabía que en esos momentos (quizá para el resto de su vida, pensó con espanto) no le convenía beber nada de color rojo. Le apartó la mano y se las apañó para disculparse:

—Muy amable, pero prefiero no tomar nada.

—Es un vino muy bueno.

—No lo dudo, pero será mejor que no lo pruebe. —Vio que el tipo estaba a punto de ofenderse y contestó lo primero que se le pasó por la cabeza—: El médico me desaconsejó beber en este tipo de situaciones. Por desgracia, sufro mareos bastante a menudo.

—¿Como las mujeres?

—Bueno, espero que no. Me hirieron en la cabeza, ¿sabe?

—Ah, eso lo explica todo.

—Supongo.

—¿Quiere alguna otra cosa? Se ha puesto usted muy blanco y luego se ha caído, tieso como un palo.

—Qué barbaridad. Soy una vergüenza para el ejército británico —bromeó, pero el otro se lo tomó muy en serio.

—No se preocupe. Usted es irlandés, estas cosas ocurren. ¿Qué se le ofrece?

A Ewart se le ofrecía poco. Ya había comprobado que el carnicero podría matar caballos a pares, y, con un poco de suerte, con sus propias manos.

—¿Qué ocurre, no le gustan los irlandeses?

—Oh, qué va. No tengo nada contra los irlandeses en concreto. No me gustan los extranjeros, así en general.

—¿Conoce usted a muchos?

Ewart se puso de pie con dificultad. El carnicero le ofreció la mano.

—Confieso que no. Entonces ¿en qué puedo ayudarlo?

Todavía un poco desorientado, le pidió unas salchichas para el Elephant and Castle.

—¡Demonio de Collins! ¿Ya las ha servido todas?

—Eso parece.

—Dígale que luego le envío al mozo. ¿Tendrá bastante con cincuenta libras?

—Me figuro que sí. —Ewart se frotó las manos, nervioso. ¿Qué iba a hacer él ahora con cincuenta libras de salchichas?—. También con menos, imagino.

—¿Para qué? ¿Para que me haga volver dentro de unos días? Dígale... no, eso ya se lo diré yo mismo. Me parece mal que obligue a sus huéspedes a venir a por género. No es que yo entienda mucho de posadas, ni de tabernas ni de nada que no sea matar y despiezar carne, pero me da que Collins es el único tabernero del país que manda de un lado a otro a sus clientes. ¡Queda muy feo! ¿No cree?

—Muy feo —convino Ewart.

—No se olvide su bastón.

—Ah, gracias.

—Vaya con cuidado, ¿eh? No se vuelva a atiesar usted.

—Procuraré no hacerlo. Buenos días.

Por suerte, en aquel pueblo hacía un frío de mil demonios. Se despejó cuando el viento gélido le sopló en plena cara, llevándose lejos el regusto a matanza. Apesadumbrado, se preguntó cómo era posible que hombres, vacas y cerdos compartieran el olor a muerte. Y, también, si a partir de ahora solo recuperaría recuerdos que tuvieran que ver con ella.

Además, conocer al carnicero no le había servido más que para crearle nuevas dudas. Un tipo como un cepo que odiaba a los irlandeses. ¿Había percibido algo en él que lo pusiera en guardia? No. ¿Había percibido que, estando junto a él, podía sentirse a salvo de todo mal? Tampoco.

—¿Y ahora qué, viejo? —masculló entre dientes—. ¿Al médico?

Podría esgrimir la excusa de la caída, si no fuera tan penosa. Sin embargo, como no tenía ningún otro plan, preguntó por él y decidió hacerle una visita.

Unos días más tarde, Myrtle estaba frente al espejo abrochándose las cintas del sombrero, pensando en sus primos y contando los días que faltaban para Navidad, y todo ello al mismo tiempo. Por eso, seguramente, el lazo semejaba un horrible nudo de horca más que un lazo (y eso que ella nunca había visto una horca en su vida, ni esperaba hacerlo, pero sí había leído sobre

piratas lo suficiente como para hacerse una idea de cómo podían ser). Cuando le pareció que tenía un aspecto más o menos decente, se arrebujó en el abrigo, espió por la ventana a través del cristal mojado por la llovizna, por si veía aparecer a Livingstone, y luego se marchó de casa, camino del cementerio, para dejarle a su madre el último ramo de flores del año.

El último ramo siempre era un poco difícil para ella. No guardaba recuerdos de su madre: sabía cómo era porque había un retrato en el dormitorio de su padre, y su mente se las había ingeniado para crear historias falsas de las dos, de cuando Myrtle era pequeña. Pero sabía perfectamente que esas imágenes que la habían reconfortado en su infancia, cuando había sentido que la ausencia de una madre era en sí una presencia, no eran más que el fruto de su imaginación. No había habido una madre de cabellos dorados empujándola en el columpio del jardín, ni abrazándola cuando se cayó y se raspó las rodillas contra las piedras; ni una mujer paciente corrigiéndola cuando leía poemas de Shakespeare, ni besos de buenas noches o cuentos junto al fuego. Se había ido demasiado pronto, cuando Myrtle era casi un bebé.

Sin embargo, los recuerdos inventados siempre habían estado junto a ella; más por las noches, recién acostada, que por el día. Habían estado allí, y seguían formando parte de sí misma.

Y por todo eso le apenaba dejar el último ramo del año, porque era como despedirse de mamá hasta dentro de un mes y medio, a veces dos; dependía de la nieve y del tiempo, y de cómo hubieran quedado los senderos. Es duro decir «adiós».

O, al menos, siempre lo había sido para Myrtle.

No se encontró a nadie en el camino, lo cual no era de extrañar; ¿cuándo había sido popular un cementerio? Y ahora, que apenas había luz durante el día, casi resultaba siniestro. Se acordó, casi sin querer, de Molloy. Desde que lo llevó hasta el caserón no había vuelto a verlo. El día anterior, Jennet le había contado que había sufrido una caída terrible y que habían tenido que llamar al médico, y que había ocurrido justo cuando el doctor Salcombe estaba a punto de visitarla a ella. Luego, el doctor había vuelto muy enfadado, quejándose de los forasteros que le hacían perder el tiempo, y ya no había sabido qué había sucedido después, a pesar de que su madre había estado haciendo discretas averiguaciones.

Myrtle se sentía intrigada. No por la caída, porque supuso que habría tenido ocasión de enfrentarse a cosas mucho peores, pero sí por lo que le había contado el propio Molloy acerca de su amnesia. Debía de ser como lo suyo con su madre, pero más terrible. Y más aterrador, también. Al fin y al cabo, los recuerdos podían regresar de golpe algún día; y, en ese caso, ¿qué haría con los falsos, si es que le había dado tiempo a crearse alguno?

El día anterior, le había preguntado a su padre si la amnesia era algo frecuente entre los soldados; pero él, por supuesto (debería haberlo imaginado), no había querido hablar del asunto. Lo malo es que luego le había preguntado a Livingstone, y eso (¡también debería haberlo imaginado!) había resultado ser un grave error. Después de ponerle una de sus caras serias, había perorado sobre mentes inestables y perturbadas, sobre lo poco prudente que siempre le habían parecido los aventureros y los soldados en general, y sobre la inconveniencia de que semejantes

tipos fueran calentando las impresionables cabecitas de las jóvenes rurales. Y, por suerte, Nana había aparecido en ese momento para regañarla por haber ido a ver a Jennet, exponiéndose a caer enferma a su vez, y Livingstone no había tenido ocasión de seguir dándole la paliza.

Apartó a un lado la imagen de Livingstone improvisando tonterías y colocó el ramo sobre la lápida de su madre. Después de despedirse, separó un puñado de flores y fue a dejarlas sobre la de Diana.

Había empezado a llover con más fuerza y Myrtle no tenía intención de quedarse mucho rato, pero, cuando estaba a punto de dar media vuelta, vio algo que le llamó la atención. En un hueco entre la piedra y la hierba, encajado a la fuerza, había un papel blanco. Se agachó, curiosa, y cuando estuvo más cerca vio que no era un papel, sino un sobre rasgado.

Con la mano temblando, lo sacó de su escondite. Era una carta para Diana, de un tal John Abbott. Y alguien la había leído.

Se escuchó un trueno lejano. Y fue por culpa del trueno, se diría un poco más tarde, por lo que cogió la carta y se la guardó, remetida en la manga del abrigo, antes de salir disparada directa a su casa. Una mujer sensata como Myrtle nunca se hubiera llevado una carta que no era para ella; de no haber estado en un cementerio, más sola que la una, con el sol desaparecido detrás de la brumosa línea del horizonte, con la lluvia y los truenos y la inoportuna ocurrencia de que el fantasma de Diana Relish podría haber elegido aquel momento para poner al día su correspondencia, Myrtle habría dejado la carta ahí donde la había encontrado y no le habría dedicado ni un segundo de más a pensar en ella.

Vamos, estaba convencida. Estaba tan convencida que decidió no comentar con absolutamente nadie su descubrimiento.

No, no se le pasó por la cabeza. Ni medio instante siquiera.

> Querida Diana, mi Diana, mi adorada amiga:
>
> Creo que la guerra está a punto de terminar. Ya sé que lo he supuesto en numerosas ocasiones antes, y lamento si mis esperanzas te hicieron concebir otras a ti y que estas, al final, se hubieran quedado en nada, pero esta vez es distinto. Son mis superiores quienes no hacen más que comentarlo, y también se lo he oído decir a algunos oficiales franceses. La guerra está terminando y yo podré, por fin, regresar a Inglaterra.
>
> Esto no ha resultado ser lo que yo había imaginado desde la comodidad de mi hogar; sin embargo, no me apetece narrarte los horrores que he contemplado, porque abrigo la ilusión de dejarlos atrás haciendo como si jamás hubieran sucedido. Quiero que solo hablemos de cosas hermosas cuando estemos juntos. Estos meses se desvanecerán de mi recuerdo con el tiempo, estoy seguro. Solo ansío mirar hacia el futuro.
>
> Y ese futuro, ahora me doy cuenta (¡he tenido que venir a Crimea para descubrirlo, si seré idiota!), necesito compartirlo contigo. Muchas noches en que temía enloquecer pensaba en ti y en tu sonrisa, en tus ojos azules y en tus manos tan blancas; y la oscuridad

se aclaraba un poco porque sabía que, a la vuelta, tú estarías esperándome. Lo primero que haré en cuanto pise Inglaterra será ir a buscarte. Si algún galán pretende rondarte, dile que se consiga otra dama; mi corazón es tuyo y nunca pertenecerá a ninguna otra mujer. Hablaré con tu hermano sobre nosotros, sobre los planes que hemos ido haciendo. Estoy seguro, por más que pienses lo contrario, de que será capaz de entenderlo. Y si no lo es, conseguiré que cambie de opinión. Esa es la promesa que te hago, Diana Relish.

Espérame, mi amor. Pronto podremos reunirnos de nuevo, y esta vez será para siempre.

Hasta pronto, hasta prontísimo. Tuyo,

John Abbott

P.D. Sigo conservando el mechón que me regalaste. Me da buena suerte. Hasta la fecha, no me he hecho ni medio rasguño, y sé que seguirá protegiéndome.

Capítulo 9

Myrtle había leído un par de veces la carta, después de debatir consigo misma durante un buen rato. Pero Diana estaba muerta, igual que John Abbott, y no podían enfadarse, y, además, lo había hecho porque alguien la había leído previamente. Y, a pesar de que seguía albergando ciertos escrúpulos, la curiosidad había prevalecido. Luego deseó no haberla leído; de hecho, deseó no haberla ni tocado. O sea que Diana había conocido a un hombre a espaldas de su hermano, y de todo el mundo, y quizá hasta se había comprometido en secreto, ¿y no se había atrevido a compartirlo con ella? ¿Con su mejor amiga? ¿Con su prácticamente única amiga?

Un poco después, cuando se le fue pasando la indignación, se sintió mezquina, y, de no ser porque no deseaba atraer la atención de Nana, se hubiera puesto a dramatizar en la intimidad de su habitación. ¡Ella sí que era una amiga lamentable! ¡Pobres Diana y Abbott! Y lo de ir a morir casi a la vez, ¿es que no era un destino injusto, shakespeariano y enervante?

Entre idas y venidas por el dormitorio, Myrtle empezó a hacerse preguntas; cosas tales como que cómo pensaría Abbott convencer a Roy Relish de que debía casarse con Diana, o si acaso esperaba que ella fuera allanándole el camino mientras él aún estaba ausente. O si el tal Abbott habría conocido en persona a Roy, o si habría sido su hermana la que le habría contado que era un individuo de lo más tozudo y desconfiado. O si sabría el verdadero alcance de la dote de Diana, por más que todos en el pueblo creyeran que no tenía dónde caerse muerta. Y si sería aquel el motivo por el que Roy no querría que un simple teniente cortejara a su hermana; aunque, con él, cualquiera sabía.

Myrtle detuvo sus elucubraciones al llegar a este punto. Era la única persona (o eso le había asegurado siempre Diana) a la que le había confiado cuánto dinero iba a recibir cuando murieran esos tíos ancianos que vivían en aquel sitio remoto. Y era una cantidad considerable; su propio padre se habría sentido impresionado. Pero, por supuesto, no tenía la certeza de que fuera cierto. ¿Acaso Diana le había dado pie a creer que John Abbott existía en realidad? No. Por tanto, todas aquellas historias sobre su supuesta herencia bien podrían ser nada más que eso: historias. Ensoñaciones de la pobre Diana, que tanto se aburría de estar sola. Tanto tiempo y tan pocas cosas que hacer, como decía siempre.

A partir de ahí, sus pensamientos volaron hacia el hombre que había llevado la carta desde tan lejos: ¿qué papel jugaba el propio Molloy en todo aquello? Myrtle estaba convencida de que había sido él el que había leído la misiva, violentando de mala manera la fe que su compañero había depositado en él. ¡Oh!, ¿y si Abbott hubiera sabido lo de la dote y se lo hubiera contado a Molloy? ¿Qué pretendía en realidad aquel tipo que se dedicaba a leer cartas ajenas?

Se enfadó. Que ella también hubiera husmeado donde no debía no tenía nada que ver: por algo había sido la mejor amiga de Diana; mientras que aquel Molloy no era sino un aventurero, como el propio Livingstone había concluido nada más verlo.

Y, aunque ya era demasiado tarde como para arriesgarse al exterior, tomó la firme determinación de ir a aclarar un par de cosas con aquel forastero entrometido y cotilla en cuanto tuviera la oportunidad.

A Myrtle, que había salido de casa en dirección al pueblo después de desayunar con su padre, no se le había ocurrido pensar en lo más importante: ¿dónde demonios iba a encontrar a Molloy? No esperaba verlo plantado ante el viejo caserón, ni por la carretera que conducía al cementerio. Sabía que se hospedaba donde aquel Collins, pero, desde luego, ella no podía presentarse allí.

Así que no le quedó más remedio que echar mano de Jennet, que aún andaba medio convaleciente, y sacarla casi a rastras de su casa, con la excusa de que necesitaba su prudente consejo para unas compras.

—Ay, Myrtle, pero ¿no íbamos a la mercería? No hacemos más que dar vueltas a lo loco, y yo no me encuentro del todo bien, ¿sabes?

—No seas tan quejica, querida. Tu madre me ha dicho que estás perfectamente y te conviene que te dé el aire. Además, es que tengo que pensarme muy bien lo de las cintas. ¡No puedo entrar en la tienda y hacer esperar a todo el mundo por culpa de mi indecisión!

Jennet no dijo nada, pero, más que estar de acuerdo, es que no tenía ganas de discutir. Las dos sabían de sobra que Myrtle era muy capaz de pegarse media hora delante del mostrador, comparando tactos y colores, y como era la mejor clienta de la zona, nadie había protestado nunca. Ni siquiera la propia Jennet.

—¿Cuándo dices que vienen tus primos?

—Oh, los esperamos cualquier día de estos. Mañana, o quizá pasado mañana; pero no mucho más tarde.

—Tu primo Daniel... ¿Cuántos años tendrá? —Myrtle miró a su amiga de forma fugaz y le pareció que se le estaba pasando la palidez—. Ya será todo un hombre, ¿no? Y un hombre muy apuesto, además, porque ya era muy guapo de pequeño.

—Supongo —contestó Myrtle, barriendo la zona con la vista—. ¿Cuántos años? Uno menos que yo. Y mi prima Tryphena, dos más que yo. Vamos a ir otra vez por allí.

—Igual está prometida y todo.

—¿Tryphena?

Se paró de golpe en mitad de la calle. No lo había pensado, pero su prima tenía edad más que suficiente para estar prometida, desde luego. Por unos momentos, fue como si perdiera pie con la realidad. Inspiró hondo y sacudió la cabeza.

—Ya nos enteraremos. ¡Oh! El señor Molloy.

El corazón le dio un vuelco. Había tenido mucha suerte, o no, según se mire; ahora el problema sería quitarse a Jennet de encima. Él, que las vio a lo lejos, hizo un gesto de reconocimiento y se acercó a saludarlas. A Myrtle no le gustó su sonrisa de suficiencia. Se preguntó qué diría si supiera que lo había descubierto todo: que había leído una carta que no le pertenecía, y que Abbott había sido un ingenuo revelándole sus secretos.

—Buenos días, señorita Berrycloth. —Luego miró a Jennet y su sonrisa se hizo un poco más amplia. Myrtle frunció el ceño—. Creo que a usted no la he visto, y eso que, a estas alturas, debo conocer a casi todo el pueblo.

Con ceño o sin él, a Myrtle no le quedó más remedio que presentarlos.

—Esta es mi amiga, Jennet Allen. Jennet, este es el señor Ewart Molloy.

—¿Cómo está usted? ¿Se ha recuperado de la caída?

—Las noticias vuelan, demonios. Estoy bien. Fue un incidente sin importancia.

—Me lo contó el pobre doctor Salcombe. Tuvo que dejarme a medias para acudir a su llamada.

—Oh, no sabe cuánto lo lamento. No tenía ni idea de que estuviera ocupado; de haberlo sabido, habría esperado sin problemas.

—No se preocupe. El doctor es un poco gruñón, pero está hecho de muy buena pasta.

Myrtle, a quien no le interesaba lo más mínimo el anciano Salcombe, sonrió y puso cara de circunstancias, pero su cabeza no hacía más que pergeñar cómo deshacerse de Jennet para poder hablar a sus anchas con Molloy. Aunque, por cómo lo estaba mirando su amiga en esos momentos, no le dio la impresión de que fuera a resultarle fácil. Jennet estaba poniendo la misma cara que solía mostrar cuando se acordaba de Frederick, todo sonrisas zalameras y mucho ir y venir de sus rizos oscuros por debajo del sombrero.

Un sombrero, por cierto, que le había regalado el propio Frederick. Le entraron ganas de recordárselo, pero Myrtle no era tan mezquina. Suspiró para sus adentros y esperó a que aquel par dejara de comentar tonterías sobre el viejo médico del pueblo.

—¿Iban ustedes a algún sitio?

Myrtle dijo que no y, al mismo tiempo, Jennet dijo que sí.

—Bueno, en ese caso...

Desconcertado, Molloy las miró alternativamente y debió de deducir que no estaban interesadas en su compañía. Ya estaba a punto de despedirse cuando Myrtle le dijo:

—En realidad, íbamos a la mercería. Supongo que no le parecerá muy interesante, pero si quiere acompañarnos...

—Si me lo permiten, lo haré con mucho gusto. Ya se me han terminado los lugares de interés y no tengo mucho que hacer en este pueblo.

—¿Se quedará mucho tiempo aquí, señor Molloy? —preguntó Jennet.

Ewart se encogió de hombros y contestó que aún no lo sabía:

—No depende de mí.

La mercería no estaba lejos de donde se encontraban. Cuando llegaron, Jennet dijo que, si a Myrtle no le importaba, prefería quedarse fuera para que le diera el aire, que era lo que más le convenía; pero que, si tenía alguna duda con los encajes y las cintas, podía hacerle una seña y entraría de lo más gustosa para aconsejarle. Molloy, por supuesto, tampoco entró.

Y Myrtle pensó, mientras el dependiente le daba los buenos días, que su amiga llevaba todo el camino de convertirse en una irremediable coqueta.

Ewart observó a Myrtle por el rabillo del ojo. La joven tenía unos andares que le hacían sonreír sin darse cuenta; se preguntó si, de alguna manera, le recordaría a alguien que buceara en la oscuridad de su mente confundida. Su amiga, sin embargo, era mucho más sosa; aunque se arrepintió en seguida de haberlo pensado porque, sin duda, estaba esforzándose por caer bien. Por desgracia, no parecía tener muchos temas de conversación, y entre eso y sus sonrisitas arrobadas, estaba empezando a aburrirse.

Los diez minutos, más o menos, que pasó Myrtle en la mercería se le hicieron tan largos como cuando Collins empezaba a relatarle la lista de tragedias del día anterior. Cada vez tenía más claro que, antes de la guerra, había sido un tipo adusto y mal conversador.

—Ah, ahí anda Roy Relish —dijo en voz baja Jennet, y luego fingió estar mirando muy concentrada el escaparate—. Me pregunto qué se le habrá perdido por aquí.

—Habrá ido a hacer algún recado, imagino.

—¿Recados en el pueblo? Me gustaría ver eso. Tiene un par de criados que lo atienden durante el día. Relish solo sale de su casa un puñado de veces al año.

—¿En serio? —A Ewart le extrañó, porque se había cruzado con él a diario—. ¿Es por lo de su hermana? ¿Tan afectado está?

—¡Qué va! Siempre ha sido muy raro. Tenía a la pobre Diana casi encerrada. Ella decía que tampoco le gustaba mucho pisar la calle, pero ¿quién iba a creérselo? Yo no, desde luego.

—Tenía entendido que la señorita Berrycloth era una buena amiga suya.

—Oh, sí; y yo también: las tres éramos muy buenas amigas. De hecho, nosotras éramos sus únicas amigas. Ah, aquí sale Myrtle. ¡Qué pronto te has decidido hoy! ¿Me enseñas lo que has comprado?

Y mientras Jennet husmeaba en la cesta de Myrtle, Ewart siguió a Relish con la mirada. No lo había saludado; es más, parecía fingir no haberlo visto en absoluto, pero algo le decía a él que los había distinguido perfectamente.

«Qué pueblo más raro», pensó.

Luego devolvió la vista a Myrtle y se sorprendió al ver la expresión de ella, con la boca apretada como si quisiera impedirse hablar. Estaba encantadora, y Ewart se encontró sonriendo como un tonto sin poder remediarlo.

—¿Los he hecho esperar demasiado, señor Molloy?

—Al contrario, señorita Berrycloth. Su amiga y yo estábamos hablando de Relish.

Jennet irguió la cabeza de sopetón.

—Estaba andando por ahí, ¿sabes? ¡Oh, querida, esta cinta es sencillamente maravillosa! ¿Qué vas a hacer con ella?

—Pues no lo sé todavía. ¡Así que Roy Relish iba por la calle!

—¿De verdad les extraña tanto?

Myrtle dejó caer los brazos y Jennet no pudo seguir fisgoneando.

—No es que sea muy habitual, desde luego.

—¿A qué se dedica?

Ambas jóvenes se miraron. Fue Myrtle la que contestó, bajando la voz:

—No lo sabemos. Siempre se ha dicho que vive de rentas, pero nadie es capaz de asegurarlo con rotundidad. Ni siquiera Diana hablaba de eso; no trabaja, es lo único que podemos decir.

—En ese caso, tendrá rentas de algún tipo.

—Pues las tendrá. Pero eso tampoco se sabe.

Ewart se echó a reír.

—¡Quizá no sea más que un hombre discreto!

—¿En un pueblo como este? ¡Tendría que hacer milagros! —Myrtle entrecerró los ojos—. Aquí siempre nos enteramos de todo, ¿sabe? Cualquier cosa... ¡Siempre hay alguien que se informa!

—Y luego se lo cuenta a los demás, ¿no es eso? —dijo Ewart, riéndose.

—Sí, eso también.

Y Myrtle se echó a reír a su vez, aunque parecía estar esforzándose para no hacerlo. Jennet empezó a quejarse del frío y anunció que se marchaba a su casa:

—Lo siento, Myrtle, pero estoy un poco cansada y creo que mi madre tenía preparados unos cuantos castigos para mí si no empiezo a echarle una mano.

—No te preocupes, querida; te acompañamos. A no ser que tuviera usted que ir a algún otro sitio, señor.

—No, en absoluto. Será un placer.

Cuando Jennet se metió en su casa, Ewart insistió en ir con Myrtle durante un trecho.

—Espero que no me considere demasiado atrevido, pero disfruté de nuestro último paseo. Y su conversación es la única que no me hace bostezar.

Myrtle no dijo nada, aunque le pareció que se sonrojaba un poco. Luego intentó iniciar una conversación dos o tres veces; sin embargo, acababa pensándoselo mejor y volvía al mutismo.

Ewart decidió echarle una mano.

—¿Ha tenido la suerte de seguir esquivando los sermones del señor Corrigan?

Myrtle giró la cara y se tapó la boca con la mano, para que no la viera reírse.

—Eso no sería suerte, señor Molloy, ¡sería un milagro!

—O sea que no lo ha conseguido.

—Livingstone es como un depredador. Espera con cautela y se lanza a por su víctima en el momento menos pensado. Te confías, bajas la guardia, te dispones a disfrutar en soledad de un buen trozo de *pudding* y ¡zas! Ahí aparece él, preparado para ilustrarte sobre los peligros que acechan a las jóvenes ignorantes como yo, que cometen el disparate de pasear solas.

Ewart consideró que el símil del depredador no era especialmente afortunado, pero se limitó a decir:

—Bueno, en cierto modo, tengo que estar de acuerdo con eso último. Después de todo, hay un asesino de caballos suelto en el pueblo.

—Sí, pero yo no soy un caballo.

Los dos habían intentado sonar despreocupados, pero ninguno tuvo mucho éxito.

—Supongo que no sabe nada todavía —dijo Myrtle, con un hilo de voz—. No sé cómo se arreglarán este tipo de cosas en la ciudad, pero aquí...

—Imagino que podría encargar una investigación a un juez de paz, o algo así. Si le soy sincero, yo mismo no tengo ni idea. Quizá en el pasado la hubiera tenido, pero ahora...

—Ah, ya. ¡Qué fastidio! ¿No ha vuelto a recordar nada de...? Oh, le ruego que me perdone; estoy siendo una impertinente.

—No, no lo está siendo. Solo se muestra interesada como cualquier persona de bien, no se preocupe. Aunque, por otro lado, ¿quién sabe? Quizá yo era uno de esos tipos estirados a los que todo les molesta. Quizá si recuperara la memoria no querría seguir hablando con usted —añadió, con una sonrisa.

—Sí, ya entiendo a lo que se refiere. —Myrtle le devolvió el gesto—. Pero, si me permite la sinceridad, lo dudo. Parece usted un hombre muy afable. Nana dice que ciertas cosas se llevan en la sangre.

Ewart hizo un gesto con la boca. ¿Sería normal para todo el mundo andar siempre mentando la sangre?

—Sí, por favor, sea sincera. Lo último que me falta es encontrarme rodeado de mentiras, o verdades a medias. Así seguro que nunca consigo recordar nada. O acabaré inventándome mi propio pasado, y no sé qué sería peor.

Myrtle lo observó con los ojos muy abiertos. Acababan de llegar a la última calle del pueblo, la que separaba la civilización de los campos. Un hombre que andaba encorvado debajo de una gruesa pelliza de piel se detuvo un par de segundos, se inclinó a recoger algo del suelo y prosiguió su camino.

—Es curioso eso que ha dicho —le señaló, con la vista perdida en los árboles que quedaban a

lo lejos—. Lo de inventarse el propio pasado. O incluso el propio presente, ahora que lo pienso.

—No sé si la estoy entendiendo.

—Oh, seguramente ni yo misma me entiendo. Es solo algo que estuve pensando ayer, cuando... Bueno, fui otra vez al cementerio.

Ewart iba a hacer un comentario ingenioso, pero algo en la expresión de ella le dijo que estaría fuera de lugar. Sus ojos azules se habían ensombrecido, y parecían estar mirando a un punto que solo ella era capaz de ver. Esperó a que continuase.

—Fui a llevarle el último ramo de flores a mi madre, ¿sabe?, y pensé en cosas que me inventaba de pequeña. Como falsos recuerdos en los que aparecía yo con ella; sé que no son reales, pero siguen en mí como si lo fueran. Como si pertenecieran a la persona que soy hoy día.

—Bueno, quizá esos recuerdos sí son reales, y usted ha olvidado cuándo se produjeron en realidad.

Myrtle meneó la cabeza.

—No, no lo son, porque mi madre había muerto mucho antes de que yo aprendiera a escribir, o a jugar sola en el jardín. Pero, si alguien me preguntase, le diría que ella estaba a mi lado cuando... cuando... —Se le quebró la voz, y la propia Myrtle pareció extrañarse—. Vaya, lo lamento, no sé qué me ha pasado. Por lo general, yo no...

—No hay nada que lamentar. Tenga mi pañuelo. Esto suele hacerse, ¿no? Ofrecer un pañuelo a las damas para que lo llenen de lágrimas.

Quizá estuviera siendo un poco idiota, o incluso un poco egoísta, pero, por alguna razón, no podía dejar que llorara. Se dijo que había visto demasiado sufrimiento en los últimos tiempos, y como no recordaba nada antes de ello era como si no hubiera conocido nada más que el dolor.

«Usted no, señorita Berrycloth», pensó. «Usted no, por favor».

—Gracias. Bueno, estará pensando que soy un poco idiota, y un poco egoísta. ¡Con todo lo que habrá vivido usted!

Ewart se quedó mirándola con la boca abierta.

—No, no, le aseguro que no he pensado nada de eso.

—Está todo olvidado. Llorar por cosas que ocurrieron hace veinte años ¡no tiene sentido!

—Me pregunto si habrá un límite para llorar por algo —dijo Ewart, encogiéndose de hombros —. De todas formas, como estábamos diciendo, el señor Corrigan tiene razón. No debería andar sola por ahí.

—No, no estábamos hablando de eso, ¡hace ya mucho que habíamos dejado de hablar de Livingstone! Y si no quiere hacerme llorar de nuevo, no me recuerde a ese hombre. Mi padre ha tenido la infeliz ocurrencia de invitarlo a pasar la Navidad con nosotros.

—¿En serio? Bueno, consuélese pensando que Roy Relish me ha invitado a mí. No en Navidad, pero sí cualquier día de estos.

—¿De verdad? No habrá aceptado.

—Ni sí ni no. Creo que lo dijo por decir.

—Ese hombre no dice nada por decir. Es más, lo raro es que diga algo. Y en cuanto a lo que sí estábamos comentando antes... Sobre la sinceridad, ¿recuerda?

—Sí, mi memoria a corto plazo funciona de maravilla. Al menos hasta ahora.

—En ese caso, ¿por qué habla usted de Livingstone? ¿Para hacerme enfadar?

—Dios me libre.

Myrtle sacudió la cabeza, riendo, y sus rizos rubios botaron como muelles. Ewart se dijo que intentaría recordar esa imagen.

—¡Más le vale! —Luego se puso seria—. Verá, me gusta que vayamos a tratarnos con total sinceridad, porque he descubierto algo sobre usted que... humm... me ha disgustado.

—Diantre, lamento oírlo.

—Bueno, confieso que ayer me enojé una barbaridad, pero ahora, al hablar con usted, me parece un poco increíble que tenga algo que ver con el asunto. Como le explicaba, estuve dejándole unas flores a mi madre, y luego le dejé otras a Diana.

Se detuvo. Era obvio que su voluntad tropezaba con sus buenos modales. Ewart le echó una mano.

—¿Quizá encontró usted una carta?

—¡Sí! ¡Eso es! —exclamó Myrtle con ansiedad—. Un sobre encajado entre la piedra y la tierra.

—Sí, es la última carta que Abbott escribió para ella. Ya que no pude entregársela en vida, pensé que qué menos que entregársela..., ya sabe.

—Hizo usted muy bien —aseguró ella—, pero las cartas son una cosa muy privada. Por más que Diana ya no esté, y ese Abbott tampoco, ¡me parece muy feo por su parte haberla leído!

Lo dijo todo de carrerilla, como si pensara que, de lo contrario, no sería capaz de hacerlo. Mantuvo la vista al frente con tanta decisión que Ewart supo que estaba haciendo un considerable esfuerzo. Pero no fue capaz de reírse, porque se había quedado helado.

—¿Por qué dice eso?

—Estaba abierta.

—¿El sobre estaba abierto?

Myrtle se detuvo de sopetón y se acercó peligrosamente a él.

—¿Quiere decir que no lo abrió usted?

—Por supuesto que no, ¿por quién me toma?

La joven abrió y cerró la boca varias veces, como un pez adorable que se queda sin aire. Ewart se obligó a centrarse en el sobre y olvidarse de metáforas absurdas.

—Pero ¡estaba abierto! Y la carta había sido leída, estoy segura.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó, y esta vez no pudo retener la sonrisa a tiempo.

—Vaya, es que me vi obligada a... En fin, ¡menuda pregunta descarada, señor!

—Lo siento.

Lo miró de reojo.

—No parece sentirlo mucho.

—Es cierto, no lo siento en absoluto. Creía que el descaro estaba incluido en nuestro trato.

—¡Será sinvergüenza! —dijo ella, y se echó a reír.

«Eso está mejor», pensó, y rio con ella.

Continuaron sin decir nada hasta el mismo punto en que se habían separado la última vez, cada uno manejando sus propios pensamientos. Ewart manejaba dos: por un lado, en lo cómodo que se sentía teniendo cerca a Myrtle; y, por otro, en lo de la carta. No le hacía ninguna gracia lo que había ocurrido, y se preguntó quién demonios podría tener interés en lo que Abbott le había contado a Diana... fuera lo que fuese.

Cuando llegó el momento de despedirse, le pareció que los ojos de Myrtle brillaban de una manera especial. Estaba seguro de que no lo había mirado así hasta entonces, y sintió una especie un golpetazo por entre las costillas.

—Señor Molloy, aunque no sé por qué, me da la impresión de que está siendo usted muy sincero conmigo y eso... ¡eso me gusta, me encanta! Es el primer hombre que conozco que me habla con tanta franqueza.

—¡Vaya! ¿Conoce a muchos hombres, entonces?

—¡No! Pues no, ¿qué se ha creído? Pero todos los que conozco son tremendamente dignos y serios, y nunca dicen cosas que creen que pudieran molestarme. ¡Ni que yo fuera una cría!

Myrtle debía de estar pensando en el tal Livingstone, pero Ewart se acordó de su padre, y no contestó nada. Ella siguió diciendo:

—Me alegra descubrir que puedo dirigirme a usted como cuando hablo con Jennet, ¡creo que así será todo mucho más sencillo!

—¿De qué está hablando?

—Oh, señor Molloy, tenemos que averiguar qué ha sucedido con la carta de su amigo. Me refiero a quién la leyó, y por qué motivo, porque ¿no se le ha ocurrido que podría ser la misma persona que mató a su caballo?

No, no se le había ocurrido; probablemente habría sido alguna vecina alcahueta, de esas que suelen pulular por los cementerios sin nada que hacer. Pero no quería desanimar a Myrtle, y además, deseaba entablar amistad con ella. En su opinión, semejante cosa solo podía terminar mal; sin embargo, se prometió a sí mismo retomar las distancias si su amistad se complicaba. No estaba tan amnésico como para haber olvidado las más arraigadas convenciones sociales.

—¿No considera que deberíamos empezar a tutearnos? Puede llamarme Myrtle con toda confianza.

Ewart torció el gesto.

—No, no lo considero, pero supongo que puedo hacerlo cuando no haya nadie a nuestro alrededor.

—Ah, sí, entiendo lo que quieres decir, Ewart —contestó, y sonrió con una sonrisa ancha como el mar de Irlanda, y a él le encantó cómo había sonado su nombre en sus labios—.

¿Podríamos vernos mañana? Me dedicaré a hacer algunas averiguaciones discretas, y tú puedes hacer lo mismo.

—¿Yo? —Se echó a reír—. Bueno, veré lo que puedo hacer.

—Creo que mañana iré a la mercería a por más encajes. ¡Me temo que me he quedado corta comprando! ¿A eso de las once?

—Bien, a eso de las once —convino Ewart—. Supongo que no quieres que te acompañe.

—¡No, te lo ruego! Quien tú y yo sabemos podría merodear por ahí. ¡Adiós, Ewart!

—Adiós, Myrtle.

La vio alejarse, con una mano sujetándose el sombrero y la otra cargando la cesta. Aquello acabaría en desastre, pensó una vez más, pero con una sonrisa que apenas le cabía en el rostro.

Capítulo 10

Poco antes de llegar, Myrtle vio el coche de caballos. Recorrió el resto del sendero a zancadas, casi casi corriendo; y entre la carrera, la emoción del descubrimiento y (¿por qué no reconocerlo?) la emoción de la amistad de Molloy en ciernes, cuando por fin entró en casa estaba toda sofocada y respiraba como tragando aire.

—¡Myrtle!

—¡Phena! ¡Daniel!

Tryphena la abrazó con delicadeza, como si se fuera a romper, y le resultó raro; mucho más raro que cuando la abrazó su primo Daniel, que la levantó del suelo y dio un par de vueltas con ella por mitad del salón, cosa que provocó una lluvia de quejas por parte de todo el mundo: a la tía Hattie y a Nana les pareció de lo más indecoroso, Ambrose temió que su hija se mareara y pasara el resto del día indispuesta; el tío Arthur dijo que su hijo era un bárbaro sin modales, y Tryphena, un bárbaro sin conocimiento; y aunque Livingstone, que también andaba por allí, no dijo nada, puso su cara de contrariedad, y a Myrtle no le cupo duda de que pensaba lo mismo que todos los demás juntos. Y, además, estuvo segura de que luego, en un aparte, se lo haría saber de viva voz.

A pesar de ello, Myrtle estaba que no cabía en sí de contenta, y retuvo a Daniel un par de segundos de más entre sus brazos antes de liberarse.

—¡Sí que has crecido, granuja! —dijo con admiración, antes de saludar a sus tíos.

El tío Arthur tenía el mismo aspecto de siempre: serio, digno, formidable, casi místico, muy abogado él; pero se estaba quedando calvo y le habían salido unas cuantas venillas rosadas en la nariz, que restaban un poco de circunspección al conjunto. La tía Hattie, por su parte, lucía el mismo rictus amargado que había mostrado desde que Myrtle tenía uso de razón: era hermosa (siempre había sido una mujer muy guapa), pero debía de considerar que la alegría, cuando se exteriorizaba, echaba a perder a la dama, y se contentó con sonreír con tirantez y ofrecerle tres dedos blandos que ella estrechó con excesivo cuidado, temerosa de hacerle daño. Tryphena estaba muy delgada (había oído que, en la capital, parecer un ser quebradizo y medio enfermo constituía la quintaesencia de lo elegante; ¡menos mal que Myrtle seguía viviendo en

Cornualles!). Y Daniel, el primo Daniel, tal como Jennet había pronosticado, se había convertido en un joven muy guapo. Los dos, Phena y él, habían heredado la mata de pelo rubia característica de los Berrycloth, orgullo de la familia desde hacía generaciones; y, por suerte para su primo, el ideal de la belleza por inanición no había alcanzado aún a los varones.

—Tú también has crecido, querida —dijo Tryphena, arrugando la nariz igual que hacía su madre.

Nana dio un respingo, pero Myrtle le contestó con cariño:

—En esta región, o comes o te mueres de asco, prima. Y, qué quieres que te diga, ¡por más que me resista a comer dulces, ellos nunca me rechazan!

A Daniel se le escapó una carcajada y preguntó:

—¿Y piensas quedarte todas esas delicias para ti sola, prima Myrtle? ¡Estoy muerto de hambre! En las últimas dos horas no he probado bocado.

La tía Hattie empezó a protestar, diciendo que Daniel había terminado con toda la comida que ella, muy previsora, había hecho empaquetar para el viaje, ¡y que debería haberles durado, al menos, hasta mañana!, pero que no había quien pudiera con la voracidad de los jóvenes; y manifestó estar desesperada al respecto, además de agotada en extremo de tanto traquetear en coche durante días.

—Las carreteras están tan mal, querido Ambrose —dijo, con aquel murmullo lánguido que tenía por voz—, que temíamos no ser capaces de franquear Exeter.

Ambrose se mostró consternado.

—Ay, cuñada mía, ¡si tú supieras qué invierno! ¡Qué invierno! Estábamos aterrados, una tormenta detrás de otra. El peor año, sin duda, que yo recuerde.

—Bueno, hace dos años —dijo Livingstone, que no le quitaba el ojo de encima a Daniel— también tuvimos un invierno bastante crudo.

—Sí, pero no tanto como este, me temo. Pero no os preocupéis; mientras estéis aquí, no será necesario salir de casa. Nana, te lo ruego, pregúntale a la señora Pickett cuánto más va a hacernos esperar hasta que... ¡oh, no, no hace falta! Aquí viene la excelente señora Pickett. ¿Eso que huelo es pastel de riñones?

—Sí, señor: pastel de riñones, empanadillas de ternera y tartaletas de calabaza; y unos rollitos de manzana para las señoritas y bocaditos de pepino para la señora Berrycloth, y queso, ¡queso para todo el mundo, señor!

—Caramba, qué manera más informal de servir una mesa —dijo la tía Hattie, mientras observaba a Pickett colocar las bandejas con los aperitivos.

—Oh, en esta casa es costumbre realizar cualquier tarea del modo más informal, por no decir estrambótico, posible. No nos lo tenga en cuenta —rio Livingstone, y aunque a Daniel se le quedó la boca abierta al oírlo, nadie más dio muestras de molestarse.

A Myrtle, desde luego, no le había gustado, y seguramente Nana estaría echando humo por dentro, pero esta última se las apañó para abandonar la habitación de forma discreta; y en cuanto

a la primera, ¿qué podía hacer? ¿Reprender rápido a aquel individuo de flequillo sin provocar una escena desagradable? Se dijo que, al día siguiente, se lo contaría a Ewart y se reirían los dos juntos, pero la propia idea la desconcertó. ¿Por qué pensar en Ewart y no en Jennet, su auténtica confidente? Sacudió la cabeza. Todo era culpa de Livingstone, por supuesto: acabaría volviéndola loca, como ella misma le explicó, un buen rato después, a su primo Daniel.

Los hombres se habían retirado a hablar de cosas serias y dignas de ellos; y la tía Hattie y Tryphena, a descansar del viaje. Nana, después de unos momentos de reflexión, juzgó innecesario regresar para vigilar a los jóvenes primos, y también se disculpó.

—Ya no me acordaba de ese lechuguino de Corrigan —dijo Daniel—. Cuando lo he visto, he pensado que sería algún vecino de visita, pero luego, en cuanto ha abierto la boca, me he acordado de golpe. ¡Qué tipo tan...!

Fuera lo que fuera a decir en ese momento, Daniel decidió morderse la lengua. Myrtle terminó la frase por él:

—¿Insoportable, plomazo, latoso? Hay muchas palabras para definir a Livingstone, primo, ¡no te cortes por mí!

Daniel dejó escapar un suspiro de alivio.

—Menos mal. Cuando ha dicho lo de las costumbres me he temido lo peor. ¡Supongo que no te estará pretendiendo! Sería una estupidez por su parte, y aún más estúpido por la tuya si le dieras alas, creo yo.

—¡No te preocupes! Espero tener suficiente sentido común para eso —contestó Myrtle.

Pero aunque intentó reírse con su primo, encontró que el asunto no tenía nada de gracioso. Ya eran dos personas las que habían extraído conclusiones equivocadas respecto a ellos, y no pudo evitar preguntarse si el suyo no estaría convirtiéndose en uno de esos casos terribles en el que dos seres acaban casándose sin saber muy bien cómo han llegado a prometerse, ni a aceptarse ni nada por el estilo.

—¡Menuda boba tendrías que estar hecha para aceptarlo! Quiero decir, no dudo que sea un hombre respetable, pero está demasiado contento de conocerse como para merecer a una chica como tú. Y no parece entender mucho de caballos, ni de deportes ni de nada digno de mención.

—¿Tú crees que debería pararle los pies?

—¿Pararle los pies? Bueno, yo no soy quién para aconsejar nada, pero he oído a mi madre decir unas cuantas veces que iba a pararle los pies al cretino de tal o tal, cuando algún tipo indeseable se ha interesado demasiado por Phena. Y no sé qué es lo que habrá hecho, pero luego siempre ocurre que el sujeto en cuestión deja de rondar a mi hermana.

—¿Y por qué no lo hace la propia Phena?

Daniel se encogió de hombros.

—No sé qué demonios le pasa; últimamente se da muchos aires, y debo confesar que no le sientan bien. Pero vamos a hablar de cosas interesantes, prima.

—¡Adelante!

—¿Ha pasado algo emocionante en el pueblo en estos años?

—¡Oh, estos jóvenes de la capital! —protestó Myrtle, haciéndose la ofendida.

Luego cayó en la cuenta de que, de no ser por la llegada de Ewart, se habría visto obligada a confesar que no, que el pueblo seguía más o menos igual que la última vez que habían ido; a no ser que contara lo de Diana que, más que una noticia, había sido una desgracia. Así que le habló del forastero, de la carta que había llevado y de cómo los dos amantes habían muerto más o menos al mismo tiempo; y también le refirió lo del caballo del pobre Ewart. Lo de que alguien había leído la nota cuando la dejó en la lápida se lo guardó. Su primo podría querer averiguar más cosas, y no quería confesar dónde había terminado la dichosa carta.

Para cuando terminó de relatar noticias, Daniel estaba fascinado por completo.

—¡Sí que pasan cosas por aquí! —dijo, con los ojos como platos—. En Londres todo sigue igual que siempre.

A Myrtle le hizo gracia el tono casi infantil de su voz, que no casaba en absoluto con su recién adquirido corpachón, y le dio un abrazo. Daniel, un poco confundido al principio, le pasó un brazo por los hombros.

—Te he echado de menos, primo. A los dos... ¡a los cuatro, quiero decir! Pero, ahora que estáis aquí, me doy cuenta de que era a ti al que más añoraba.

—Claro, porque a Phena nunca le han interesado mucho las aventuras.

—Antes sí le gustaban.

—Hace mucho. Cuando yo era pequeño. —Se movió para quitársela de encima con cariño—. Te pesa la cabeza, prima.

—¡Ejem!

Myrtle se apartó, sobresaltada, pero solo era Livingstone.

—Oh, estás aquí, Daniel. Había venido a buscarte. ¿Te apetece tomar un oporto con los hombres?

—¿A estas horas? No, gracias.

El hombre miró a su alrededor.

—¿No estaba Nana aquí con vosotros? Imagino que estará muy ocupada, claro. En fin, supongo que debo quedarme a haceros compañía. Myrtle, me pregunto cuándo empezarás a darte cuenta de lo importantes que son ciertos detalles en la vida.

—¿A qué te refieres, Livingstone? ¿No me dirás que te preocupa verme aquí hablando con mi primo? ¡Ni siquiera tú puedes ser tan... estricto!

Había estado a punto de decir «ridículo», y, de no haber estado Daniel presente, no se había contenido. Pero cuando Livingstone le contestó, deseó no haber sido tan educada.

—Tu primo es un jovencito hecho y derecho, Myrtle, y tú eres una dama. No sé si necesitas que siga describiéndote lo apurado de la situación. —Se volvió hacia Daniel con rapidez y una expresión amenazadora en los ojos—. ¡Máxime cuando os he sorprendido abrazándoos de esa forma tan poco decorosa!

Myrtle se puso de pie.

—Oh, Livingstone, te lo ruego, ¡deja de decir tonterías! ¿Por qué no voy a poder abrazar a mi primo, después de tanto tiempo? —Vio que pretendía hablar de nuevo y levantó el dedo, advirtiéndole—: ¡No! Si tienes alguna queja, acude, por favor, donde mi padre, y se lo explicas todo. ¡Ya verás lo que opina de tus sinsentidos!

—¿Mis... sinsentidos? ¡Oh, Nana, qué suerte que justo haya aparecido usted por aquí!

—¡No iba a aparecer! Sus gritos se escuchan desde la cocina, joven. ¿Tendrás la bondad de explicarme, señorita Myrtle, qué está ocurriendo?

Gracias a Dios, Nana no había perdido esa habilidad suya para trascender muros, pasillos y paredes, y su olfato la había conducido hasta allí en el momento más oportuno. Myrtle sonrió con dulzura (¡aunque solo ella supo cuánto le había costado!) y dijo no entender por qué Livingstone se había ofrecido a hacer de carabina cuando, obviamente, tal y como la propia Nana había constatado poco antes, no existía ninguna necesidad. Corrigan abrió la boca para replicar, pero todos sabían que sería incapaz de acusar a Myrtle de haber abrazado a un hombre, por más que fuera su primo, delante de un miembro del servicio, por lo que admitió que su educación, a veces, resultaba demasiado rígida.

Con todo, Myrtle había jugado muy bien sus cartas. Sabía que Nana no dejaría pasar con impunidad semejante desafío a su buen criterio; puso las manos en jarra y le dedicó a Livingstone la peor de sus miradas escrutadoras.

—¿Insinúa, señor Corrigan, que una señora como yo hace la vista gorda al decoro por alguna razón?

—¡En absoluto, Nana! Me ha interpretado mal, o, más bien, he sido yo quien no se ha expresado correctamente.

—Al contrario, señor Corrigan; se ha expresado usted a las mil maravillas. Déjeme recordarle, sin embargo, que mi nombre no es Nana, sino señora Jay. Y ahora, si me lo permites, señorita Myrtle (y de igual modo si no), me sentaré en ese rincón a hacer ganchillo. Vuelva con los mayores, señor Corrigan, y deje de preocuparse por los jóvenes.

Nana pegó la barbilla al pecho y lo miró por debajo de las pestañas.

—Cómo no, señora Jay. Daniel, ¿estás seguro de que no te apetece un oporto?

—Se lo agradezco, pero prefiero seguir hablando con mi prima. ¡Tenemos muchas cosas sobre las que ponernos al día!

Livingstone se despidió con una cabezada adusta y Myrtle estuvo a punto de sentir pena por él, pero se le pasó pronto. Daniel siempre había tenido una forma muy graciosa de contar anécdotas; y entre una y la siguiente y la de después, descubrieron que se había hecho de noche y que era ya la hora de cenar.

¿Dónde habitan los monstruos? ¿Dónde, sino en la noche? ¿Dónde, sino en las sombras y la

oscuridad?

Capítulo 11

Ewart se despertó en mitad de la noche sudando, con el pulso desbocado, y lo primero que pensó fue que había tenido una pesadilla. Que no la recordara no significaba nada; ni siquiera le dedicó un segundo pensamiento. Las pesadillas, igual que los sueños vacíos, habían acabado por convertirse en viejas amigas: lo asaltaban noche sí y noche también, sin conceder tregua, nítidas y reales. Muchas veces soñaba con olores: pólvora, sangre, tierra empapada; el olor del vinagre de los barracones del hospital. Con el color rojo, también. Ewart tenía claro que quienquiera que hubiese dicho que solo se sueña en blanco y negro no se había visto jamás envuelto por la guerra.

A estas alturas, lo único que le molestaba en realidad de las pesadillas era que lo despertaran, porque, por lo general, después ya no conseguía volver a dormirse. Resignado, se sentó en el borde de la cama, con la cabeza metida entre los puños cerrados. Echó un vistazo hacia la ventana; los postigos no encajaban del todo y eso venía bien para orientarse. Pero todavía era noche cerrada. Le iba a tocar pasar unas cuantas horas en vela, contemplándose los pies.

Estaba a punto de empezar a hablar consigo mismo cuando un sonido procedente del pasillo captó su atención. Era muy tenue, como si alguien estuviera rascando la pared del otro lado. Extrañado, aguzó el oído. Podría haber sido uno de los otros tres huéspedes que se alojaban en la posada, pero lo cierto era que no había escuchado pasos. Con una mano, tanteó la mesilla hasta dar con el bastón, se apoyó para levantarse. Todos y cada uno de los muelles de la cama crujieron, haciendo un ruido infernal. Al otro lado, el sonido se detuvo.

Maldiciendo entre dientes, porque la pierna se le había quedado rígida y le dolía como si estuviera a punto de desprendérsele del cuerpo, avanzó renqueando hacia la puerta. Odiaba esos momentos de debilidad. Los odiaba más que el propio dolor, y solo podía agradecer que no hubiera nadie más allí que fuera testigo de su inutilidad.

En la calle, un perro lastimero le aulló a la noche.

—¿Collins? ¿Está usted ahí?

Palpó la puerta con la mano, dio con la llave y la giró. De día nunca se había dado cuenta de que el cerrojo necesitaba una mano de grasa.

—Eh, Collins, ¿ha ocurrido algo?

No se encontró con nadie, pero estaba claro que había sido por los pelos. Un olor nauseabundo le hizo girar el rostro. Sujetó con fuerza el bastón, como si aquella cosa empeñada en recordarle su inutilidad se hubiera convertido, de repente, en el único asidero que podía salvarlo de caer en un abismo. Alguien, y no hacía falta pensar mucho para comprender que no se trataba de Collins, había embadurnado su puerta con un engrudo sanguinolento. Había vísceras esparcidas por el suelo flotando en un gran charco granate, y en la pared, pintada con sangre, una única palabra: «Vete».

El perro aullador había comenzado a ladrar y no tardó en unírsele todo un coro de compañeros bohemios; Ewart corrió a trompicones hacia la ventana, la abrió violentamente y se asomó, medio cuerpo fuera, amusgando los ojos para descubrir algo en mitad de la oscuridad. Y algo, en efecto, fue capaz de ver: la silueta de un hombre que corría a toda velocidad, calle abajo, y torcía la esquina en dirección sur. Pensó en perseguirlo, pero habría sido una estupidez: nunca lo habría alcanzado. Se quedó mirando el vacío que había dejado hasta que oyó los pasos de Collins, y, un segundo después, una sarta de juramentos proferida a voz en grito.

—¡Por todos los...! ¡Señor Molloy! —Entró en tromba en la habitación, todavía con el pijama y el gorro de dormir puestos y una lamparilla en la mano—. ¿Está usted bien?

—Sí.

Iba a contarle lo que había ocurrido, pero entre Collins, que había retomado sus juramentos, insultos y maldiciones, y los otros huéspedes, que solo habrían podido ignorar el jaleo si hubieran estado sordos por completo y acababan de congregarse frente a su puerta, prefirió desistir. Se dejó caer sobre la cama. Sí, todavía faltaba un buen rato para que amaneciera, pero ahora no tenía tan claro que fuera a aburrirse contemplándose los pies.

—Hágame el favor, Molloy. —Los horrores unen a la gente. Collins había decidido prescindir del «señor» y ya lo llamaba «Molloy» a secas, como si fueran viejos amigos—. En momentos como este, no hay nada como el té.

Ewart no tenía claro a qué demonios se referiría al hablar de «momentos como este». ¿Las horas intempestivas de la madrugada? ¿El insomnio compartido? ¿Descubrir que un lunático se había colado en tu casa para amenazar a tus inquilinos? No se lo preguntó; en cambio, sí aceptó el té. El primer sorbo lo dio por obligación; luego reconoció que tomar algo caliente le sentaría bien para templar los nervios, y acabó por pedirle una segunda taza.

—Así me gusta. Bien. Lo cierto es que... —Collins observó su propio té como si esperase encontrar en él la revelación del misterio. Dejó escapar un suspiro y volvió los ojos hacia Ewart —. Lo cierto es que no sé ni qué decir. Confieso que esto me supera.

Los otros huéspedes habían bajado al comedor a reunirse con ellos, y se habían sentado alrededor de la chimenea. Que quién iba a tener cuerpo para volverse a la cama, habían dicho, y Ewart solo pudo darles la razón, aunque nadie dudaba a esas alturas de que él, y nadie más que

él, era el objetivo de ese maniaco.

—De no haber sido por lo del caballo... —había empezado a decir uno de ellos, un viajante arrugado que parecía haberse encogido desde la noche anterior.

Collins lo silenció con un gruñido, y Ewart se habría echado a reír si las circunstancias no fuesen tan espeluznantes.

—Mire, Collins, está claro que alguien desea verme muy lejos de este pueblo. Debo reconocer que no ha enfocado el asunto de la mejor manera, pero no puedo permitir que la situación lo perjudique a usted. Creo que lo mejor será que me marche de aquí, y busque otro acomodo.

Los otros huéspedes no dijeron nada, pero Collins se rio con una carcajada que parecía provenir de lo más profundo del infierno y negó con la cabeza.

—¡Ni hablar! No pienso tolerar semejante afrenta ni sucumbir al chantaje de ningún pirado. ¡Estaría bueno! ¡Imagínese que empieza a correrse la voz! Podría desatarse una guerra entre posadas para irse robando huéspedes. —Ewart, que no acertaba a imaginar cómo exactamente, no lo interrumpió—. Además, esto de que haya ocurrido en mi casa me afecta de una forma más, digamos, personal. Es como si también me estuvieran amenazando a mí, ¿verdad?

Ewart miró a los otros, que asentían mudos; entre los tres juntos debían sumar casi dos siglos. Apenado, hizo un gesto con la cabeza.

—Tampoco es justo para ellos, Collins.

Para su sorpresa, el hombrecillo arrugado se puso de pie y anunció que iba a acostarse.

—¿Sabe usted, joven? Llevo más de cuarenta años alojándome en este establecimiento y siempre me han tratado de maravilla.

—Eso, por no hablar de la excelente sopa de pescado —añadió otro—. Haría falta mucho más que un poco de casquería para obligarme a buscar un acomodo diferente a estas alturas. ¿Qué opina usted, señor King?

—Opino como usted, señor Stewart, desde luego; aunque discrepo en el asunto de la sopa. Considero que el asado de los domingos es mucho más sobresaliente, en el caso de que hubiera que elegir algún plato sobre los demás.

—No veo necesidad de elegir entre una cosa y la otra —dijo Collins, disimulando la emoción —. Sin embargo, me disculparán si el desayuno se sirve hoy un poco más tarde. ¿Pongamos, a las siete?

—Las siete está bien. En realidad, esta noche pensaba darme el capricho de dormir una horita extra.

—Oh, sí; confieso que es el día, o la noche, según se mire, ideal para remolonear en la cama.

—Coincido, coincido con ustedes; es el día más apropiado. O la noche, diantre.

Se despidieron muy educadamente. Antes de llegar a las escaleras, King se dio media vuelta y sugirió no ventilar el tema en el pueblo. Para evitarle una mala fama innecesaria al señor Collins, por un lado, y para facilitar la investigación que decidiera llevar a cabo el señor Molloy, por otro.

—Debería usted hablar con el juez de paz, Molloy —dijo Collins—. La amenaza es mucho

más directa ahora. Debería andarse con mucho cuidado. Desde luego, ¡quién iba a imaginar semejante cosa en este pueblo!

—Dígame, Collins: ¿quién podría andar detrás de todo esto? —Ewart tragó saliva—. ¿Owen?

—¿Owen?

—El carnicero.

—¡Ya sé quién es Owen, demonios! —refunfuñó Collins. De pronto se quedó pensativo—. Siempre he tenido muy buena opinión de él, pero es verdad que en los últimos tiempos ha empezado a hacer cosas... digamos que fuera de lo habitual. Tiene sentido sospechar de él, claro, después de haber descubierto tantas tripas de oveja. ¿Cree usted que pueda haber enloquecido? A veces, la gente enloquece porque sí. ¡Los periódicos están llenos de ejemplos!

Ewart se pasó la lengua por los dientes.

—¿Qué tipo de cosas raras ha empezado a hacer Owen?

—Oh, bueno, sin ir más lejos... ¡Mandó a su mozo a traerme sesenta libras de salchichas!

—¿En serio? —preguntó Ewart, acalorado de repente.

—Me las dejó en mitad de la taberna, y cuando le pregunté al mozo qué significaba todo eso, lo único que contestó fue: «Ya sabes por qué, Collins. Ya lo sabes». No pienso pagárselas, eso lo tengo claro, ¡valiente manera de colocar el género sobrante! Y así se lo dije al mozo, tal cual. Supongo que le sentó mal que no se las pagara. Pero espérese, que ya me las veré yo con él. —Dejó escapar un suspiro largo y cansado—. Aunque, para ser sinceros, me parece descabellado que haya decidido emprenderla así con usted porque yo no le pagara las salchichas. Son de muy buena calidad, ¿sabe? Toda su carne lo es. En fin, tendré que ir a decirle un par de cosas.

—Y, aparte de... ejem... ese tema que se traen ustedes entre manos, ¿alguna vez le ha dado por pensar que no está en sus cabales?

—No —dijo Collins, y resopló—. Owen es un buen tipo.

Cuando estuvo en el hospital de oficiales, Ewart tuvo ocasión de escuchar algunas historias que ponían los pelos de punta. Unos cuantos buenos tipos que, de tanto vérselas con la muerte, habían acabado desquiciándose. El médico les había augurado un futuro bastante sombrío, pero Ewart nunca llegó a saber qué habría sido de ellos.

—Si tuviera que apostar por alguien —dijo Collins— no sería por Owen.

—¿Por quién, entonces? —preguntó Ewart, sin molestarse en disimular su ansiedad.

—¿Quiere que se lo diga?

—Por favor.

—Pues se lo diré: un forastero.

—¿Un forastero?

—Un forastero, Molloy.

Ewart inspiró con fuerza y se quedó mirando al techo.

—Supongo que podría haber sido un forastero.

—En este pueblo no hay locos. Tenemos un puñado de idiotas, eso sí, no se lo niego. Pero

¿locos? No, señor. Ni un loco ni medio.

—En ese caso, será fácil dar con el lunático. ¿Cuántos forasteros hay en el pueblo ahora mismo? No serán muchos, dadas las fechas.

Collins se rascó la cabeza.

—Entiendo por dónde me va.

—¿Quiere acompañarme arriba? Ahora que empieza a clarear, me gustaría echar un vistazo. A lo mejor al tipo se le cayó alguna cosa que nos pueda arrojar una pista.

—¡Buena idea, Molloy!

Pero lo único que se le había caído eran los restos de vísceras con los que había estado practicando caligrafía mural. Letras grandes, mayúsculas; el tipo de letra que haría cualquiera con un trozo de corazón de oveja en una pared.

—Aquí se apoyó el maldito a descansar. No sé cómo voy a hacer para limpiar toda esta barbaridad.

Ewart, que había tenido que taparse nariz y boca con un pañuelo, observó la mancha que señalaba Collins. Una palma bien perfilada.

—Caramba —dijo—. Es zurdo.

—¿Zurdo? ¿Cómo rayos lo sabe?

—Mire dónde está el pulgar. A la derecha. Digo yo que será zurdo.

—¡Claro que sí! Ahora lo entiendo todo. —Ewart se volvió para mirarlo, con el corazón en vilo—. ¡Un zurdo!

—¿Conoce usted a algún zurdo?

—¡No que yo sepa! Pero la zurda es la mano preferida del Diablo, Molloy. ¡La mano del Diablo!

Capítulo 12

—¿Seguro que no quieres venir, Phena? —preguntó Daniel—. Puedo invitaros a tomar un chocolate, si os apetece. No está tan lejos como parece.

—Está mucho más lejos de lo que crees, Daniel —respondió la prima Tryphena. Arrugaba la nariz de una forma muy graciosa al hablar, y Myrtle pensó que era cierto eso de los aires—. De todas formas, tengo varias decenas de cartas por escribir.

Myrtle tiró de Daniel en cuanto pusieron el primer pie fuera de la casa.

—No te duermas, primo, o nos daremos de bruces con don Pelmazo.

Daniel echó la cabeza hacia atrás con mucho garbo y le regaló una imitación de Livingstone bastante lograda.

—Esas no son formas de dirigirse a un caballero, jovencita.

Myrtle se rio, pero le dejó bien claro a su primo que Livingstone no era un caballero.

—Quien sí es un caballero es otra persona a la que espero poder ver luego —añadió, cuando ya estaban lo bastante lejos—. El forastero que llegó hace poco al pueblo y que está en boca de todos. Molloy se llama.

—¡Prima Myrtle! Esto sí que no me lo esperaba de ti. ¡Una cita secreta! ¡Pues menos mal que no ha venido Phena, lo habría echado todo a perder!

Myrtle se puso toda roja y no contestó hasta estar segura de que no le temblaría la voz.

—No es una cita secreta, granuja.

—¿Qué es entonces, una cita formal? ¿Lo sabe tu padre?

—¡Nada de eso! No es una cita en absoluto. Y no, no se lo he dicho a mi padre. Ya sabes lo impresionable que es.

Estuvo hablándole de él durante todo el camino, y le sorprendió tener tantas cosas que contar de un hombre al que apenas conocía; pero acababa de descubrir que, por alguna razón que se le escapaba, Ewart constituía un tema de conversación de lo más interesante. Daniel, de hecho, acabó confesando que daba la impresión de ser un tipo estupendo y aseguró que estaba deseando conocerlo; ya le había parecido asombroso que acabara de regresar de la guerra, pero cuando oyó lo de la pierna, lo de los dedos y, por su fuera poco, lo de la amnesia, se prometió que haría todo

lo posible por caerle bien.

—No te lo tomes a mal —añadió—, pero, aparte de ti, no hay muchas personas interesantes por aquí. O antes no las había.

Myrtle, incapaz de decidir si debía agradecer el comentario de su primo o, por el contrario, levantarse en armas y exigir que se disculpara en nombre del vecindario, se limitó a sonreír. En el fondo, estaba bastante de acuerdo con él.

A las once en punto estaban frente a la mercería. Esperaron más de un cuarto de hora, en el que Daniel le contó sus aventuras veraniegas en Brighton y le habló de algunos de los pretendientes de Tryphena; Myrtle fingió que lo escuchaba y, en ciertos momentos, dejó caer ese tipo de frases que suelen quedar bien en cualquier conversación, aunque no estés haciendo ningún caso. Inquieta, pero sin querer reconocérselo a sí misma, sugirió un paseo por las calles principales del pueblo, que se terminaron en seguida. Cuando eso ocurrió, volvieron sobre sus pasos. Pero no había ni rastro de Molloy, y ya eran casi las doce, y en casa de los Berrycloth se comía siempre puntualmente a la una, por lo que Myrtle tuvo que disimular su decepción cuando su primo, que nunca había sido muy observante de las costumbres, sugirió que regresaran.

—Sí, tienes razón, será mejor que nos marchemos —dijo, abatida, y aún volvió la vista un par de veces, por si resultaba que Molloy había entendido las doce en lugar de las once.

Pero el hombre debía de tener cosas muy importantes que hacer aquella mañana, se dijo Myrtle. No quería ni plantearse que se le hubiera olvidado, claro. Es demasiado humillante que se olviden de una en tan poco tiempo, aunque sea alguien en las circunstancias de aquel Molloy. Daniel carraspeó, incómodo.

—Puede que tenga que ver con lo de su amnesia. Tenía amnesia, ¿no? Supongo que esas cosas se presentan cuando uno menos se lo espera.

La memoria de Myrtle funcionaba a las mil maravillas, y recordaba cómo Ewart había dicho que la suya, a corto plazo, también. Pero sería bastante absurdo por su parte molestarse porque la hubiera dejado plantada, ¿verdad?

—Sí, es probable —contestó la joven, y para que Daniel viera que agradecía su ayuda, le sonrió y se colgó de su brazo, apretándolo suavemente.

Porque eso, dejarla plantada, es lo que acababa de hacer aquel tipo tan miserable que escondía secretos y, con seguridad, leía cartas ajenas a escondidas y luego lo negaba.

—O a lo mejor ha tenido que hacer alguna gestión relacionada con el ejército. El ejército requiere mucho papeleo, ¿sabes?, eso está diciendo siempre el señor Morris.

—¿Quién es el señor Morris?

—Es un capitán. Del regimiento de dragones. Su padre es amigo del mío; vienen a menudo a visitarnos, aunque, según mi madre, lo que quiere el joven Morris es visitar a mi hermana.

—¿Por qué está tan delgadísima? ¿Es que en Londres no hay buena comida?

Daniel la miró de arriba abajo y sonrió de medio lado.

—¡Qué pueblerina estás hecha, prima! Ahora las mujeres elegantes se esfuerzan en parecer

espíritus. Cuanto más al borde de la desaparición, más hermosas se consideran.

—¿Y a ti también te gusta eso? —dijo Myrtle, preocupada.

Ella nunca sería un espíritu, desde luego, pero quizá tendría que empezar a pensar en eso que había dicho Nana sobre los corsés y las enaguas agrandadas.

—¡No! No me gusta estar todo el tiempo temiendo que una corriente de aire se lleve a mi hermana, la verdad. Pero, por otro lado, me da igual lo que hagan las damas elegantes; hace tiempo que decidí que solo me casaría con la heredera de algún comerciante rico. Tengo muchos planes para mi futuro y no me gustaría renunciar a ellos por culpa del trabajo. ¡Eh, mira allí! ¿Es Molloy?

—¿Dónde?

Myrtle se giró demasiado rápido para su propio gusto, pero el corazón le había dado un vuelco al escuchar el nombre. Buscó con la vista en la dirección en la que apuntaba su primo; sin embargo, la única persona a la que vio fue a Roy Relish, que se alejaba en sentido contrario.

—¿Dónde dices?

—Allí. El del abrigo negro.

—¡Ese es Roy Relish! —exclamó, espantada.

—Ah. Como habías dicho que Molloy era cojo.

Myrtle aguzó la vista. Relish caminaba a trancas y barrancas, medio arrastrando el pie.

—Qué hombre tan desagradable —dijo—, seguro que está andando así para burlarse de Ewart.

—Con que Ewart, ¿eh? ¿Ya os tuteáis?

Myrtle quiso echarse a reír, pero, en lugar de risa, le salió un graznido.

—No sabría decirte. Me pregunto qué estará tramando ese Relish, que nunca salía de casa y ahora, por lo que cuentan, no hace más que trajinar mañana y tarde por ahí.

—Venía del caserón, ¿no?

Myrtle vaciló. Bueno, aquel era el camino más corto hasta el caserón, desde luego, pero no era el único sitio al que se podía ir.

—No lo sé.

—¡Eh, Myrtle! —Los ojos castaños de Daniel empezaron a brillar, y ella tuvo la certeza de que también él estaba tramando algo—. Se me acaba de ocurrir una idea. ¿Qué tal si esta tarde vamos a echar un vistazo al caserón?

—¿Esta tarde?

—Bueno, es que he escuchado a mi madre decir que iba a invitar a Corrigan a jugar al *whist* con ellos después del té —expuso, y puso un puchero que no tenía nada de inocente—. Por algún motivo, le causó muy buena impresión ayer, y diría que Corrigan estará deseando encontrar una excusa para quedarse hasta la hora de cenar.

—¡Qué intrigante ese Livingstone! —dijo, enfadada—. Pero, Daniel, ahora anochece a las cuatro. ¿Te parece a ti que es una buena idea ir a semejante sitio de noche?

—¿Qué puede pasar? Ah, por favor, prima, ¡hace siglos que no lo piso! Quiero comprobar si

sigue dándome tanto miedo como cuando era pequeño.

—Si es por esas, ya te lo digo yo: sigue dando absolutamente tanto miedo como entonces.

Sin embargo, terminó aceptando. Por un lado, estaba Livingstone. Por otro, sentía mucha curiosidad por las idas y venidas de Roy Relish; y aunque lo más probable fuera que no guardase ninguna relación con el caserón, no le importaba ir a husmear (siempre que la acompañase su primo). Y, por encima de todo, no le apetecía lo más mínimo tener la oportunidad de ponerse a pensar en Ewart y a darle vueltas al hecho de que sí, en efecto, la había dejado plantada.

Myrtle había menospreciado a Livingstone.

Esa era la principal conclusión que podría extraerse. Con la excusa de llevarles unos botes de confitura que su ama de llaves había preparado de forma expresa para los parientes del señor Berrycloth, Livingstone se había presentado poco antes de la hora de comer, por lo que a Ambrose no le quedó más remedio que invitarlo a que se les uniera; y el tío Arthur, que siempre había tenido en muy alta estima a ese individuo tan elegante y que tan bien se expresaba, según consideraba él, se alegró mucho de tenerlo a la mesa. A Myrtle se le cayó el alma a los pies cuando lo sentaron entre ella y su prima. Al menos, Daniel se colocó justo delante y tuvo la gentileza de apabullarlo con su conversación infatigable acerca de caballos, perros de caza y cotos norteños. Myrtle se encontró lo bastante liberada como para intentar disfrutar de la comida, pero en cuanto se sirvieron los postres, Tryphena intervino para hacer callar a su hermano:

—Daniel, está muy feo que intentes acaparar al pobre señor Corrigan. Llevo más de una hora sentada junto a él y apenas hemos podido intercambiar un par de frases sin que nos interrumpas. Además, ¿no te das cuenta de que a nadie le interesa hablar de caballos?

Ambrose, desde el otro extremo de la mesa, carraspeó y confesó que, aunque siempre le había gustado hablar de ellos, desde hacía unos cuantos días le resultaba un tema de conversación extremadamente desagradable. Daniel se encogió de hombros, tomó una manzana de la bandeja de frutas y la limpió con la manga. La tía Hattie lo reprendió con un gesto silencioso.

—No hay de qué disculparse —dijo Livingstone, a pesar de que nadie lo había hecho—. Las diversiones de los jóvenes de hoy no difieren mucho de las de los jóvenes del ayer.

—Oh, señor Corrigan, se lo ruego; no hable así —dijo Phena, con una risilla bastante fuera de lugar—. Cualquiera diría que es usted una persona mayor.

Myrtle, sorprendida, miró a Livingstone y le pareció que sus mejillas enrojecían un tanto. Se mordió el labio para no echarse a reír y se preguntó dónde demonios habría quedado la prima Phena del ayer.

—El señor Corrigan tiene la suerte de estar justo en lo que se considera la flor de la vida para un hombre —dijo el tío Arthur—. La treintena larga: ni los ímpetus de la excesiva juventud ni los achaques de la excesiva madurez hacen mella en el hombre de treinta y pico de años.

Myrtle y Daniel fueron los únicos que no asintieron con solemnidad al inesperado discurso del

tío. Ella cogió el vaso de limonada y bebió para tener algo en lo que concentrarse, pero, por el rabillo del ojo, vio que su primo echaba la cabeza hacia atrás, tal y como había hecho por la mañana al imitar a Livingstone, y la limonada se le atascó en la garganta. Empezó a toser con los ojos llenos de lágrimas y solo pudo pensar en la suerte que había tenido de no regar a su primo (¡ni a su tía!). Ambrose frunció los labios, preocupado.

—¡Myrtle, querida! ¿Te has indispuesto?

—Nada de eso, papá.

No pudo seguir explicándose. Tryphena se levantó y le dio unos toquecitos en la espalda, absolutamente delicados y encantadores, mientras ella misma se golpeaba el pecho con el puño cerrado, no muy fuerte, pero desde luego no con tanta finura como su prima.

—Qué desafortunado —dijo el tío Arthur, molesto.

Debía creer que Myrtle se había reído de él.

—Lo siento. Lo lamento mucho, de verdad. Disculpadme.

Se retiró del comedor, sin dejar de toser y ya un poco enfadada consigo misma. Nana la interceptó por el camino.

—¿Señorita Myrtle? —preguntó, con la ceja enarcada casi hasta el nacimiento del cabello.

—No, Nana. Solo me he atragantado —consiguió farfullar.

La mujer se quedó junto a ella perorando sobre los buenos y malos modales en la mesa, observándola con discreción, y cuando por fin se recuperó, le preguntó en voz baja:

—¿Cómo se está comportando el señor Corrigan?

—Bien, dadas las circunstancias. El primo Daniel no le da ocasión de meter baza, pero supongo que hasta él tiene un límite.

—Nunca me han gustado las personas que se dejan caer en una casa respetable a la hora de las comidas sin avisar antes. Pero ya tendremos momento de hablar de esto. Ahora debe regresar con el resto.

Cuando volvió, Pickett estaba sirviéndoles el café en el salón. Puso buen cuidado en no observar a Daniel, aunque sabía que él la estaba mirando con intensidad.

—¿Cuáles son tus intenciones respecto al futuro, Daniel?

Al joven no le hacía mucha gracia que Livingstone lo tuteara, y tenía razón. Estaba haciéndolo de menos al hablarle como si siguiera siendo un niño.

—Tengo muchos planes, señor —contestó, con la voz un poco tirante—. Aún no me he decidido por ninguno.

—¿No vas a ir a la universidad?

—¿A la universidad? ¿Para qué?

—Mi hermano pretende ingresar en el ejército.

—¡Caramba!

—¿El ejército? —preguntó Ambrose, muy impresionado—. Arthur, ¿lo habéis meditado bien? Es una profesión muy peligrosa.

—También me interesa la marina mercante —dijo Daniel, pero su respuesta, lejos de tranquilizar a Ambrose, lo agitó todavía más—. Es por eso que digo que no me he decidido todavía. Solo sé que quiero vivir unas cuantas aventuras antes de asentarme y convertirme en un hombre en la flor de la vida.

Livingstone dejó escapar una risita condescendiente que alteró los nervios de Myrtle.

—Claro, claro. Es lo que decía antes: los jóvenes de hoy sueñan lo mismo que los jóvenes de ayer. Yo también albergaba deseos de ingresar en el ejército a tu edad.

—Y ¿por qué no lo hizo? —preguntó Daniel.

—Eso, Livingstone —dijo Myrtle—. ¡Nunca antes te había oído decir semejante cosa! ¿Por qué te echaste atrás?

Ambrose intervino con generosidad para echar una mano a su amigo, aunque, a juzgar por la cara que puso Livingstone al oírlo, la ayuda no fuera demasiado bien encauzada:

—Porque, querido sobrino, es muy arriesgado hacer carrera en el ejército si uno se ve obligado a salir de Inglaterra. Corrigan demostró ser muy prudente eligiendo otros caminos en la vida, ¿no es así?

—Bueno, pero ¿qué gracia tiene convertirse en oficial y no salir nunca del país? —preguntó Daniel, asombrado—. ¡Menudas aventuras iba a vivir desde Londres!

Ambrose se cubrió los ojos con una mano.

—Precisamente, hace poco vino a parar al pueblo un teniente recién llegado de Crimea. ¡Y tendrías que ver en qué estado!

—¿No era un capitán, papá? —preguntó Myrtle—. Sí, creo que se trata de un capitán, el capitán Molloy.

—¡Un tipo de lo más desagradable! —exclamó Livingstone—. Desde luego, si es a eso a lo que conduce la vida castrense, me alegro de haber renunciado al ejército a tiempo.

—¿Un capitán?

Tryphena se giró, intrigada, hacia Myrtle; pero, aunque esta había descubierto esa misma mañana que hablar de Ewart podía ser de lo más entretenido, no tenía muchas ganas de contarle nada a su prima.

—Un individuo cojo y manco, nada menos —dijo Livingstone entre dientes.

—¡Qué horror! En tal caso, no tengo nada de interés en conocerlo.

—Demuestra usted tener más sensatez que la mayoría de las jóvenes de su edad, señorita Berrycloth, y la felicito por ello.

Myrtle sacudió la cabeza y se volvió hacia la ventana. El color del cielo presagiaba una nueva nevada, y la invadió una cierta tristeza. Daniel se las apañó para ir a sentarse a su lado.

—Prima, ¿cuándo crees que podremos escaparnos al caserón? Eh, ¿qué ocurre? ¿Te encuentras mal?

—Oh, no, me encuentro de maravilla. Es solo que parece que va a empezar a nevar otra vez. No sé si deberíamos salir ahora.

—¡Tonterías! Podemos pedir los caballos a tu padre, si lo prefieres. Estaremos de vuelta antes de las seis.

Myrtle no lo tenía tan claro. ¡Y visitar el caserón!

—¿Qué es lo que quieres ver? ¿La verja?

—Lo que quiero es atravesar la verja.

—¡Estás loco!

—¿Por qué? No pasa nada. —Bajó un poco más la voz y Myrtle se inclinó hacia él—. Ya he entrado otras veces, pero siempre solo. ¡Será muy emocionante si vamos los dos juntos, prima! ¡Por favor!

—Myrtle, Daniel —Livingstone los observaba desde el otro lado de la habitación, y sus labios se habían concentrado en una fina línea—. No deberíais cuchichear en presencia de los mayores. Ya no sois unos niños.

Nana, que acababa de entrar en el salón en ese momento, abrió mucho los ojos y de inmediato se puso de parte de su señora.

—¡No me extraña que andéis murmurando, jóvenes! Si yo fuera vosotros, también me aburriría aquí, sin nada que hacer. ¿Queréis acompañarme al pueblo? Tengo que ir a recoger una cosa donde la señora McCaa y me vendría bien un poco de ayuda para la vuelta.

Daniel se agarró al cabo como si su vida dependiera de ello.

—¡Cómo no, señora! Ahora mismo nos ponemos los abrigos, ¿verdad, Myrtle? ¡No podemos dejar que la pobre señora Jay se deslome con sus recados!

Nana, sorprendida por la vehemencia de Daniel, sospechó que había metido la pata con su ocurrencia de bajar al pueblo, pero no podía desdecirse ahora, y a Myrtle no le quedó más remedio que unirse a ellos dos. Tampoco es que le importara demasiado. Livingstone estaba en pleno proceso de componer su cara azuzadora, pero todavía no se atrevía a enfrentarse con Nana frontalmente.

—Bueno, Myrtle, hablaremos a la vuelta —dijo él, pero, por fortuna, no pudo añadir nada más porque la tía Hattie y Phena lo flanquearon en el sofá y empezaron a charlar con él, muy animadas.

—¿Podemos coger el coche, papá?

—¡Yo lo conduciré, tío! No hace falta llamar al cochero.

—Pero lo llamaré de todos modos, Daniel; no pienso permitir que dejes a los caballos a la intemperie. Mmm, espero que no se ponga a nevar. Tiene pinta de estar haciendo un frío atroz.

—Nos abrigaremos bien, papá —dijo Myrtle antes de que a su padre le diera tiempo a enumerar todas las inconveniencias de salir a la intemperie una tarde de diciembre.

Y allá que se fueron: Myrtle, bien agarrada al brazo de su primo; y Nana, un poco por detrás, advirtiéndoles que no consentiría viajar en el pescante con el cochero. Pero fue Daniel, muy gentil él, quien se montó junto a Jake y le fue dando conversación todo el camino. De vez en cuando, Nana paraba de refunfuñar y Myrtle lo oía reírse (a Daniel, porque Jake siempre había

sido un tipo muy reservado). Cuando Nana resopló por quinta o sexta vez, Myrtle le sonrió y preguntó:

—Entonces ¿por qué has dicho que tenías un recado que hacer en casa de la señora McCaa? ¿No te lo habrás inventado?

Nana frunció los labios y dejó muy claro con su expresión lo que opinaba de su comentario.

Cuando el coche se detuvo, Daniel les abrió la puerta y les dio una mano para ayudarlas a apearse. Nana levantó su enguantada mano hacia el cielo y les ordenó que estuvieran de vuelta en una hora, en aquel mismo lugar, fuera cual fuese la travesura que hubieran tramado; y aunque Myrtle puso los ojos en blanco (para gran disgusto de Nana), prometieron no tardar.

—Ya no tenemos edad de hacer travesuras, señora —dijo Daniel.

En cuanto la perdieron de vista, Daniel agarró a Myrtle de la muñeca y tiró de ella en dirección al caserón.

—Y entraremos en la confitería que hay de camino para comprar una cajita de perlas de anís y gotas de pera. A mi madre le encantan y serán la excusa perfecta, por si Nana nos pregunta luego.

Tal y como había pronosticado Myrtle, comenzó a nevar. Copos ligeros y esponjosos que descendían con suavidad sobre ellos; una nevada tímida que no tardaría en perder la vergüenza. El cielo adquirió ese tono plateado que presagia las grandes nevadas. Myrtle quiso dar media vuelta, pero Daniel tenía preparado un argumento incontestable:

—Si vuelves demasiado pronto, Corrigan dispondrá de mucho tiempo para hablar contigo, prima. Recuerda su amenaza.

—Es cierto —contestó Myrtle, reprimiendo un escalofrío—. Y como lleva muchos días sin darme la paliza, ¡tendrá muchas cosas que afearme! En especial esta idea tuya tan absurda de venir aquí en plena noche. ¡Mira qué pinta tan espantosa tiene el caserón!

—¿Qué dices? No es plena noche. Además, no es más que una vieja casa abandonada. Ven por aquí —dijo, y Myrtle, por alguna razón, miró por encima del hombro para comprobar que nadie los seguía—. Aquí, ya verás.

—¿Qué es?

—Un hueco en el enrejado. Es fácil de atravesar. O... lo era antes.

—Te vas a desgarrar el abrigo.

Daniel, que estaba intentando colarse por entre la verja, tuvo que retroceder.

—Nunca antes había venido en invierno, me parece. Y, bueno, también era más pequeño, claro. —Echó un vistazo disimulado a Myrtle—. Tú tampoco vas a poder cruzar, con ese abrigo que llevas, y el sombrero y...

Daniel puso cara de cachorrillo desvalido.

—Bueno, primo, no pasa nada. Ven, podemos dar la vuelta y echar un vistazo desde la parte de atrás. Si te digo la verdad, yo nunca había estado tan cerca de este sitio. ¡Y me pone los pelos de punta!

Rodearon el enrejado; aun en la oscuridad, se apreciaban las manchas de herrumbre que resudaban de las agujas y los remates superiores. De cuando en cuando, asomaba algún adorno metálico que todavía aguantaba en pie, cruces sobre todo. La nieve, poco a poco, iba aislando los sonidos del pueblo: dejaron de oírse las ruedas de los carros sobre los adoquines y los retazos de conversaciones; el viento también paró de soplar y lo único que se escuchaba era la propia respiración; más agitada, la de Myrtle; más pausada y honda, la de Daniel.

—¿Damos la vuelta entera?

—Bien.

No iba a confesárselo a su primo, pero empezaba a entender qué era lo que atraía a los chicos del pueblo cuando intentaban colarse en la vieja casa. Ella misma, a pesar de seguir en la calle, notaba el pulso acelerado y, un rato sí y un rato no, casi se mostraba decidida a entrar. Qué pena que el agujero de la verja fuera tan estrecho.

—¡Eh, Myrtle! —Daniel le hizo un gesto y bajó la voz—. Aquí hay otro acceso.

—¿Qué dices? Yo no veo nada.

Pero Daniel tenía la vista más entrenada para las fechorías. Apartó unas ramas de hiedra que trepaban hasta perderse por el otro lado, como una cascada, y le mostró un hueco que casi parecía una puerta. Myrtle dio un paso atrás cuando vio el brillo de los ojos de su primo.

—No podemos entrar —susurró.

—Claro que podemos. Mira, ya lo he hecho.

—Yo no pienso ir.

—Vale, pues no entres. Quédate ahí. Voy a ir hasta la puerta principal y vuelvo. ¡Espérame!

—¡No, Daniel!

Pero Daniel ya no estaba ahí para escuchar sus quejas. Myrtle miró alrededor. La nieve, espesándose igual que el silencio, y Myrtle en mitad de una calle en tinieblas. Y era como si ya no hubiese nadie más en el mundo. Por encima de ella, las ramas desnudas de un gran árbol se proyectaban hacia delante como garras. Pensó en colarse también ella, para ver qué demonios se le ocurría hacer a su primo, pero luego se dijo que sería preferible quedarse allí. Quizá, por no estar justo delante, sería incluso preferible recular y aguardar al otro lado de la calle.

Cruzó, dejando una hilera de pisadas sobre la nieve fresca. Se arrebujó en el abrigo y se ajustó el sombrero; cada vez hacía más frío y cada vez estaba todo más silencioso y oscuro. Ojalá, pensó, a Daniel no se le ocurriera ponerse a dar vueltas alrededor de la casa durante mucho rato. Empezaba a no notar la punta de la nariz, y deseó haber hecho un poco más de caso a su padre. Escudriñó el espacio sombrío que quedaba ante ella. Apenas sí veía cuatro o cinco pies por delante; si Daniel salía de repente y no le daba por ponerse a gritar (cosa que, en el fondo, podría ocurrir perfectamente), se creería que lo había abandonado y volvería sobre sus pasos sin que Myrtle se enterase.

Así que de vuelta al enrejado. Pero se detuvo antes de llegar, con el corazón en vilo. La oscuridad envolvía el caserón, y era la nieve lo que en realidad iluminaba la callejuela. Podía

distinguir con claridad sus propias pisadas, alejándose hacia el lado opuesto, cortas y puntiagudas como sus botines.

Solo que había una nueva hilera de huellas, ahora, y no podían ser de Daniel, porque avanzaban en paralelo y se adentraban, como había hecho su primo escasos minutos antes, en el caserón.

Capítulo 13

Fue como si las tripas se le encogieran de golpe y le impidieran respirar. Cruzó la verja temblando, con las rodillas blandas como si fueran a dejar de sostenerla de un momento a otro. ¿Quién había sido capaz de colarse? ¿Cómo lo había hecho sin que se diera cuenta? Y ¿el intruso la habría visto a ella?

«Tengo que tranquilizarme», se repetía. «Será alguno de los chicos del pueblo, que ha visto a Daniel y ha querido darle un susto».

Pero en lo único que pensaba Myrtle era en el caballo muerto de Ewart, ¡como si no hubiera otro momento para acordarse de semejante espanto! Se agarró las faldas con una mano, las faldas ingobernables que eran una prenda de lo más incómoda para huir por la nieve, y atravesó corriendo el amplio jardín hasta llegar a la pared de piedra del caserón.

—Cuando te pille, sinvergüenza, te vas a enterar —dijo en voz muy baja, para darse ánimos.

Aguzó el oído, pero el pueblo había decidido sepultarse en el silencio. No se escuchaban pasos crujiendo sobre la corteza de nieve, lo cual era todavía más espeluznante porque, si el dueño de las huellas estaba tomando tantas precauciones como ella para pasar desapercibido, no podía albergar buenas intenciones. Se preguntó qué debería hacer. No se veía casi nada y no parecía muy sensato ponerse a vocear el nombre de Daniel. Notaba el pulso tan fuerte que hasta llegó a temer desmayarse allí mismo.

Pero aquello sí sería el colmo, se dijo, y se obligó a actuar con sentido común. ¿O acaso no se enorgullecía siempre de su sentido común?

Su determinación flaqueó un poco cuando, a lo lejos, escuchó un ruido seco, como un portazo. Daniel no los andaría dando por ahí, ¿no? Ni había dicho nada de meterse dentro de la casa. Caminó de puntillas pegada a la pared; la piedra estaba renegrida de humedad, tapizada en musgo, y olía mal. Quizá podría rodear el edificio, paso a paso, mirando a diestro y siniestro antes de dar el siguiente paso.

Vaciló un poco cuando se le terminó la pared. Estiró la mano, sintiéndose idiota y aterrorizada al mismo tiempo, sin saber qué encontraría al volver la esquina. Y cuando se sintió preparada para doblarla y proseguir con su camino, notó unos dedos que le aferraban la muñeca y tiraban

de ella con fuerza.

Ewart se dejó caer hacia atrás en el sillón, cerró los ojos y se masajeó el puente de la nariz. Había sido uno de esos días de los que solo se puede esperar que se terminen pronto y no permanezcan en el recuerdo. Totalmente infructuoso y, además, la incipiente nevada le había agudizado el dolor en la pierna.

Y, por si fuera poco, entre el sobresalto nocturno, por llamarlo de alguna manera, y tantas idas y venidas posteriores, se había olvidado de la pobre Myrtle Berrycloth. A lo que había querido darse cuenta, habían transcurrido horas de su presunta cita. Por supuesto, la mercería estaba cerraba cuando llegó y no había ni rastro de la mujer. Sí vio, sin embargo, al mismo viejo encorvado con el que no hacían más que cruzarse cuando había tenido la suerte de pasear con ella y, aunque su memoria estragada no hacía mucho por retener ni nombres ni caras, había coincidido tantas veces con el individuo en cuestión que empezaba a parecerle sospechoso.

Cuando se lo describió a Collins, no sacó mucho más en claro.

—No caigo, Molloy, no caigo. Pero hay unos cuantos viejecillos encorvados que no hacen más que pulular por el pueblo, así que podría ser cualquiera de ellos. O igual ni siquiera es el mismo. ¿Está seguro de que es el mismo tipo?

—No, no lo estoy.

—Y si se trata de un viejecillo encorvado, tampoco podemos esperar que sea él quien masacró a ese caballo suyo, ¿verdad? Un anciano enclenque no habría podido sacrificar a un caballo de batalla.

—Supongo que es una tontería.

Collins sonrió con lástima.

—No, no son tonterías. Solo es que...

—¿Qué?

—No, nada. En fin, sí, algo hay. Se acerca la Navidad y usted está en este pueblo, perdido como quien dice, y no es raro que vea fantasmas, ¿eh? Dígame, Molloy, ¿qué hará mañana por la noche? ¿Va a pasar la Nochebuena en la posada, con el trío de reyes?

—No lo sé aún —dijo Ewart, y estiró con cuidado la pierna, haciendo crujir los huesos de la rodilla—. Relish me invitó a cenar con él alguna noche. Tal vez vaya mañana. Supongo que el tipo se sentirá bastante solo también.

—Sí, imagino. —Los ojos de Collins se alejaron por unos instantes de la estancia, y viajaron lejos—. La pobre Diana. Uno a veces se pregunta por qué algunas personas solo parecen vivir dos días: el de su nacimiento y el de su muerte. ¿Quién dijo eso, Napoleón? Pues dijo bien el hijo de mil perros. Diana Relish fue una de esas.

—¿Por qué? —preguntó Ewart. Estaba pensando en John Abbott; pero, claro, Collins no tenía ni idea—. Creo que tenía algunas amigas en el pueblo.

—Oh, sí, la chica de Allen, y la señorita Berrycloth. Más esta última, creo. Se la veía más veces con Diana, aunque eso no signifique mucho, en realidad.

Ewart dejó su pierna en paz y se enderezó.

—¿Qué tal es la señorita Berrycloth?

Collins, que acababa de sentarse frente a él, lo miró con las cejas levantadas y media sonrisa colgando en los labios.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que qué tal es.

—Bueno, tampoco es que la conozca mucho. De oídas, más bien; pero no vaya a creer que uno está prestándole orejas a todos los chismes que se cuentan por ahí. Le decía, una dama que perderá su lustre como no escape pronto. Ese padre suyo... En fin, no es un mal hombre, pero es un caballero demasiado chapado a la antigua, ¿sabe? Debería haber rebuscado un poco entre sus parientes y permitir que alguien la acompañara a Londres para que la presentaran en sociedad. Que viviera un poco, ¿me entiende? Los jóvenes no están hechos para contemplar las olas desde los acantilados. Y este pueblo es muy aburrido; nunca pasa nada... o, al menos, era así hasta que apareció usted.

—Vaya, pues lamento el cambio que les he traído.

Collins se encogió de hombros.

—Luego, hay un tipo que la va rondando, Livingstone Corrigan. Todos damos por supuesto que acabarán casándose. Es el único que está más o menos a la altura de los Berrycloth, aunque supongo que un poco por debajo de ella.

Ewart se quedó mirando fijamente a Collins.

—¿Y al padre no le importa?

—¿Que esté un poco por debajo? No, imagino que no.

—El tipo en cuestión, más bien. Conocí a Corrigan el otro día y me pareció un poco... ¿estirado?

—Mmm, no sabría decirle. No lo trato a menudo. Puede que tenga razón; aun así, ¿a quién le importa?

—A ella, diría yo.

—A ella, sí. Sin duda.

Permanecieron un buen rato en silencio, observando cómo espesaba la nevada. Collins era un buen tipo, y Ewart agradecía su ayuda tanto como le molestaban los perjuicios que le estaba ocasionando. Y, desde luego, no eran escasos. Como se corriera la voz de lo que ocurría, a Collins le costaría volver a llenar taberna y posada. La idea se le presentó de forma inesperada.

—Collins, ¿estamos seguros de que es a mí a quien pretende dañar el lunático?

—¿Cómo?

—Por más que he recorrido el pueblo haciendo preguntas, no he encontrado ningún indicio de que alguien intente perjudicarme de manera premeditada, pero ¿y si fuera a usted a quien

persiguen y que yo haya sido una cómoda excusa?

—Por así decirlo. Claro, tiene todo el sentido. Pero ¿quién, demonios?

—Volvemos a la pregunta de siempre.

No le parecía tan descabellado, aunque siguiera topándose con aquel muro inexpugnable. Sin embargo, por otro lado... Incómodo, pensó en la carta de Abbott. La que, según Myrtle, alguien había leído (además de ella). Resultaba muy tentador colocar a Collins en el centro de la diana, pero, en realidad, ¿había algún fundamento para ello?

—Eh, Collins, explíqueme una cosa: ¿qué se hace cuando sucede algún crimen en la zona?

—Bueno, por lo general, el juez de paz le pide a alguien de por aquí que se encargue de ir haciendo preguntas.

—Y ¿ya está?

—Sí. Suele ser suficiente. Siempre hay alguien que cuenta algo, porque si el culpable tiene que pagar una multa, los informadores se llevan un porcentaje.

—Y si nadie ha visto nada ni ha oído nada, ¿qué se puede hacer?

—En ese caso, es más complicado, claro. —Collins se rascó por debajo de la barbilla, muy concentrado—. Por ejemplo, los perros. Hace unos años tuvimos un asesino de perros operando en el pueblo.

—Un... ¿asesino de perros, ha dicho?

—He dicho. Nadie vio nada. Nadie escuchó nada. En el pueblo nos organizamos; cogimos a los balarrasas habituales, les preguntamos: nada. Procedimos a atizarles su correspondiente ración de sopapos y les preguntamos de nuevo: nada. A algunos se les aplicó doble ración: nada igualmente. Pasado un tiempo, el asesino se fue del pueblo. O eso pensamos, porque no volvió a aparecer ningún perro muerto.

Ewart se frotó los ojos con los puños.

—Y si en vez de perros hubieran sido personas, ¿qué se habría hecho?

—Ah, en ese caso, habrían mandado a una pareja investigadora desde Londres, seguramente. Una vez vimos pasar a una de esas, unos tipos bigotudos que iban montados en esos chismes de dos ruedas que antes llamábamos «máquinas para correr». Ahora no sé cómo les dirán. ¿Sabe de lo que hablo?

—Sí, me parece que sí.

Era más que probable que nunca llegaran a saber quién le había matado al caballo ni pintado con sangre en su puerta. Ewart estaba a punto de proponer ir a Plymouth, para contactar con la familia de Abbott, pero luego pensó que sería absurdo. ¿Qué podrían hacer ellos? ¿Qué podrían contarle?

Quizá si Myrtle le dejase leer la carta, o le contara lo que había leído...

En todo caso, tendría una buena excusa para volver a verla. Solo esperaba que no estuviese muy enfadada por no haber dado señales de vida. Necesitaría una buena excusa; no le apetecía mucho contarle lo que había ocurrido por la noche.

—Eh, Collins, ¿al señor Berrycloth le agradaría que fuera mañana a su casa a desearle unas felices fiestas?

—Oh, estoy seguro de que le parecería nefasto, Molloy.

Echó un vistazo al reloj. No eran más que las cinco, y la tarde prometía hacerse eterna.

—¡Corre, Myrtle! ¡Tenemos que irnos de aquí!

Daniel tenía el rostro desencajado. Tiró de ella con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerla caer; por suerte, Myrtle estaba tan deseosa como él de salir cuanto antes de aquel sitio maldito. Huyó detrás de su primo sin hacer preguntas; atravesaron el hueco trasero a la carrera y no pararon hasta llegar al centro del pueblo. A lo lejos, Myrtle distinguió la silueta de Nana, paseando por delante del coche con los brazos cruzados y con su peor aspecto de bruja guardiana, pero no le importó. Los caballos, que debieron de reconocer su olor, comenzaron a piafar.

—¡Señorita...!

Las palabras murieron en los labios de Nana cuando los tuvo enfrente. Ella pensó que sería por la cara de susto que traían ambos, pero, cuando por fin se instaló dentro del coche y pudo ver su vestido, lo que le extrañó fue que no se hubiera muerto de la aprensión.

—Ay, Nana, te prometo que te lo explicaré todo. Pero ahora no.

—¿Te encuentras bien, niña? ¿Y el joven Daniel?

—Los dos bien.

Y levantó la mano para hacerla callar porque iba sin resuello, y nunca habría imaginado que era capaz de correr tanto. El viaje de regreso se le hizo larguísimo; de no haber hecho tanto frío, habría mandado a Nana al pescante sin contemplaciones y habría acribillado a su primo a preguntas. Pero ahora solo podía esperar; esperar y desear que la cabeza dejara de darle vueltas; y el corazón, de intentar escapársele del pecho.

—Vete directamente a tu habitación, jovencita. Y arréglate para bajar a la cena si no quieres matar a tu padre de un disgusto; ahora mismo te envío a Kitty. Y lo mismo para usted, señor Daniel: adecéntese un poco, si es que puede. De la piel del diablo, este muchacho —rezongó Nana.

Y empujó a la muchacha con gentileza para que se diera prisa.

Cuando la doncella llamó a la puerta, Myrtle no había sido capaz ni de desatarse el sombrero. Kitty la miró con los ojos muy abiertos, pero, a diferencia de Nana, que llevaba toda la vida con ella, Kitty apenas tenía un par de años más que Myrtle y había sido reclutada en una granja cercana. Tenía de doncella lo mismo que Daniel de santo. Murmuró algo sobre ayudar a la señorita, y esta dejó que le quitara sombrero, capa, abrigo y botines. Notaba los dedos como de algodón.

Su mente no estaba mucho más ágil.

—¿Qué vestido le preparo, señorita?

Myrtle pestañeó.

—El que tú consideres, Kitty. Me fío de tu buen gusto —y lo dijo sin ironía alguna, ¡así de atontada estaba!

Lo único que encontró de positivo en el comedor, cuando se unió al resto de la familia para la cena, fue descubrir que Livingstone no estaba entre ellos; se había marchado al poco de irse Myrtle. Su padre y sus tíos la observaron con curiosidad, y en seguida la tía Hattie le preguntó, muy sorprendida, cómo había hecho para blanquearse de esa manera el cutis.

—Es un tono realmente favorecedor, querida. Te veo mucho más guapa que esta mañana.

Ambrose miró a su hija por encima de las velas.

—Es verdad que estás un poco pálida. Espero que no os hayáis dedicado a hacer cosas arriesgadas.

Myrtle no tuvo espíritu para contestar, pero su primo consiguió preguntar:

—¿Qué tipo de cosas podríamos haber hecho, señor?

—Bueno, juntaros con esa desdichada de Jennet Allen, supongo. Hay que dar tiempo a los catarros invernales para que acaben de curarse bien. Siempre he considerado muy expuesto visitar a los enfermos. ¿Tú no, Arthur?

—Según se mire —contestó este—. ¿Has estado visitando a los menesterosos, Daniel?

—¡Jennet Allen no es una menesterosa! —protestó Ambrose, muy agitado—. La madre no tiene mucho sentido común, pero de ahí a llamarla «menesterosa»...

—De todas formas, Daniel nunca haría algo parecido, ¿verdad, Daniel? —dijo Tryphena—. Él no es de hacer cosas piadosas.

Observaba con atención el rostro macilento de Myrtle. Seguro que ella no pensaba que se trataba de algún mejunje que se hubiera puesto en la cara. Luego se fijó en sus manos, que temblaban de forma ostensible, y tuvo la delicadeza de cambiar de tema. Comentó lo agradable que le parecía el señor Corrigan y sus palabras consiguieron arrastrar a casi todos a la conversación. Incluso Daniel fue capaz de unirse a ellos, aunque lo único que dijo fue que Corrigan le parecía un tipo de lo más aburrido.

A Myrtle nunca se le había ocurrido que el tiempo pudiera transcurrir tan despacio como en aquel momento. Cuando se hizo lo bastante tarde como para poder retirarse sin levantar sospechas, se despidió y miró con elocuencia a su primo. No iba a poder aguantar hasta el día siguiente sin averiguar lo que había visto. Y a quién había visto.

—¡Myrtle! —Phena la alcanzó en la puerta, le tocó el codo y bajó la voz—. ¿Te encuentras bien?

—De maravilla.

—Mientes tan mal como Daniel. Bueno, no; mi hermano miente muy bien cuando le interesa. ¿Puedo hablar contigo un minuto? En tu habitación. Allí no nos molestará nadie.

Y Myrtle no tuvo más remedio que aceptar. Daniel se las apañó para ir detrás de ellas.

—No recuerdo haberte invitado, Daniel —dijo Phena.

—Me he invitado a mí mismo.

—¡Vuelve con los demás! Tengo que hablar con Myrtle.

—Y yo también. Y seguro que prefiere escuchar lo que tengo que contarle yo.

—¡Lo dudo!

Myrtle resopló. Si seguían discutiendo, sería Nana la que se invitaría a la fiesta.

—Vamos, venid los dos conmigo. Tenemos muchas cosas que contarnos todos, me parece.

Y, aunque no pensaba que nada de lo que tuviera en mente Tryphena fuera lo bastante interesante comparado con la aventura del caserón, prefirió fingir lo contrario. Sería un poco como en los viejos tiempos, cuando aún era una prima divertida que no arrugaba la nariz. Myrtle, que había conseguido serenarse lo suficiente como para dejar de temblar, cerró con suavidad la puerta y se apoyó en ella. Tryphena se sentó en el borde de la cama con elegante languidez, y Daniel se quedó de pie. Los dos empezaron a hablar al mismo tiempo, pero Phena, que por algo era la mayor, siguió hablando hasta que Daniel decidió que, por qué no, podía esperar un poco más.

—Myrtle, como prima tuya que soy, tengo que contarte algo muy importante. Creo que mi madre se molestaría si me oyera, pero considero que es mi deber: el señor Corrigan está desesperadamente enamorado de ti. No entiendo cómo no te has dado cuenta.

Daniel bufó y disimuló la risa con un oportuno ataque de tos; Phena ni se molestó en mirarlo. Myrtle, que llevaba un buen rato pensando que nada podría ir a peor aquella tarde, comprendió lo equivocada que estaba. Cerró los ojos un par de segundos y todo lo que se le ocurrió fue:

—¿«Desesperadamente», dices?

—Arde de pasión, prima; puedes creerme. Y te lo digo con una mano en el corazón: después de oírle hablar de ti, no me extrañaría que cometiera una locura si continúas mostrándote tan fría con él. —Se levantó con garbo y se puso a pasear por la habitación—. Entiéndeme; sé lo que haces y por qué lo haces. Sin embargo, llega un momento en el que una dama debe dejar de mortificar al caballero en el que ha puesto sus miras y hacerle ver que el interés camina en las dos direcciones.

Myrtle inspiró hondo para reunir fuerzas. Sentía la mirada abrasadora de Daniel sobre ella y tuvo que esforzarse para concentrar su atención únicamente en su prima. Tryphena siempre había sentido un sanísimo interés por lo ridículo y había sabido reírse de sí misma como del que más; pero esa era la Phena de años atrás, no la escuálida joven que paseaba por su habitación como si hubiera cien pares de ojos pendientes de ella.

—Nunca hubiera imaginado que Livingstone sufriera ardores por mi culpa.

—¡Ardores, no! He dicho arder de pasión, ¡que es muy diferente!

—En cualquier caso, sé que se cree enamorado de mí, pero sospecho que eso es porque no hay ninguna otra joven en los alrededores digna de él, (por más que él se considere digno de mí, cosa con la que no estoy en absoluto de acuerdo). —Myrtle encogió los hombros—. Lo que no sé es

por qué tú has llegado a la conclusión de que yo he puesto mis miras en él, cuando lo cierto es que preferiría convertirme en una solterona antes que aceptar una proposición suya. ¡Phena, Livingstone es insufrible!

—¿Insufrible? —Tryphena abrió la boca, indignada, como si Myrtle hubiera dicho que la insufrible era ella—. Es un caballero de lo más respetable, y su situación en la vida es más que acomodada, en mi opinión.

—Sí, esa opinión tuya puedo compartirla sin recelos. ¡Pero no hay nada más que hable en su favor! No me imagino compartiendo con él un día entero como para imaginarme toda una vida a su lado.

—¡Sí, Phena! ¿Te has vuelto loca? —exclamó Daniel, incapaz de contenerse por más tiempo —. Semejante pelmazo. ¡Y no es un caballero de verdad! Ni siquiera estoy seguro de que no sea un cobarde, después de lo que estuvo diciendo sobre el ejército.

—Bueno, ¿y qué tienes tú que opinar, Daniel? ¡Lo cierto es que no conocemos al auténtico señor Corrigan! Solo un poco, lo que hemos visto aquí en casa del tío. ¡Y yo creo que es un buen partido para Myrtle! Dime, burro, ¿a qué crees que puede aspirar aquí? ¡Se quedará para vestir santos! —Se detuvo de golpe y miró a Myrtle, avergonzada—. Te ruego que me disculpes. Estaba hablando sin pensar.

Myrtle esbozó media sonrisa. Le aseguró que no pasaba nada, pero las palabras de su prima se le habían clavado en el corazón, una tras otra, porque no andaban muy lejos de lo que ella misma llevaba años pensando. Daniel se aclaró la garganta.

—Bueno, Phena, ahora que ya has incordiado bastante, ¿por qué no te vas a dormir? Myrtle y yo tenemos que hablar de cosas muy importantes.

—¡Qué tonto eres! —contestó su hermana, pero no se movió de donde estaba.

—¡Vete de una vez!

—¡Dile lo que tengas que decirle y vámonos los dos!

—No quiero contárselo delante de ti.

Phena se golpeó la frente con los dedos.

—¡No puedes quedarte con ella en su habitación! ¿Es que no ves que ya no eres un niño? Si no me quedo yo, tendré que avisar a Nana. ¡Tú eliges!

Daniel puso los ojos en blanco.

—Bien, entonces ya hablaremos mañana, Myrtle. ¡Phena es una cotilla!

—¡De eso nada! —dijo Myrtle—. No pienso irme a dormir sin que me cuentes lo que has visto. —Y como vio que Daniel seguía pareciendo reacio, le refirió a su prima lo que había ocurrido en el caserón—. Así que, ¿quién entró después de ti? ¿A quién viste?

Daniel negó con la cabeza.

—Vi algo, pero no a alguien. Allí no había nadie.

—¿Nadie? ¿Cómo que no?

—¿Por qué dices que había alguien? —preguntó él, muerto de aprensión—. ¿Qué quieres

decir?

—Vi unas huellas. Me alejé del hueco y luego volví, porque no se veía nada y no quería que creyeras que me había marchado sin ti. Y entre una cosa y otra, alguien se coló en la casa, Daniel, ¡porque vi más huellas en la nieve! ¡Otra persona que había utilizado esa misma entrada!

Phena se santiguó.

—Madre mía, ¡no puedo creer que esto sea verdad! ¿Os habéis colado en el caserón del Diablo?

—Myrtle no se coló —contestó Daniel, mirando a su prima de reojo—. ¡Y no hagas tantos aspavientos! Si hubiera sido el Diablo no habría dejado un rastro de huellas, ¿no te parece? —Pero Myrtle notó, en el timbre de su voz, que también él estaba asustado—. Cielo santo, entonces lo que descubrí... ¡He estado a punto de...!

—¿Qué?

—¿Qué había ahí, Daniel, qué viste?

Daniel había perdido el color del rostro, y Myrtle empezó a asustarse de verdad.

—Era algo... fue horrible, de verdad. Cuando llegué hasta la puerta principal, vi que estaba entreabierta, y eso me extrañó. Siempre había estado cerrada a cal y canto. Así que entré.

—¡Así que entraste! Claro, es lo más lógico —dijo Phena—, uno ve una puerta entreabierta en una casa que todo el mundo sabe que está maldita, y se mete dentro.

Myrtle cogió a su prima de la mano.

—Bueno, no recorrí la casa entera. Paseé por el recibidor y fui hasta la escalera principal. ¡Reconozco que fue muy emocionante! Me hubiera gustado subir a la planta superior, pero apenas se veía nada. Entraba un poco de luz de la luna, pero solo por una ventana, porque las demás están tapadas. Luego me asomé a una de las habitaciones, la que estaba a la izquierda de la escalera. —Tragó saliva, se pasó una mano por el pelo y se tomó un par de segundos antes de proseguir—. El suelo estaba pegajoso. Y olía mal, pero no presté mucha atención. Entonces me pareció que había pisado algo, y pensé que igual sería algo interesante. No sé por qué, creí que sería un reloj.

—¡Cómo no! Lo más lógico —repitió Phena, pero su voz había perdido el sarcasmo y Myrtle supo que intentaba mostrarse valiente—. Un reloj en el suelo.

—¡Ojalá hubiera sido un reloj! Aquello estaba lleno de... lleno de...

—¿De qué, Daniel? ¡Dilo de una vez!

—De sangre, Myrtle. Sangre y cosas espachurradas, como si fueran vísceras, y huesos pequeños. ¡Qué asco!

Myrtle sintió que el corazón le bajaba hasta las tripas. Le hubiera gustado desmayarse, pero Tryphena se le adelantó, y solo pudo avisar a Nana.

Con la ventana abierta, observando cómo se filtra la nieve y cubre la alfombra, siente latir el

pulso en las sienes, en las muñecas, en el centro del pecho. Han estado a punto de descubrirlo, pero también él ha estado a punto de sorprender al intruso. Se pregunta quién será, aunque cree conocer la respuesta. Solo un forastero se atrevería a meterse en el caserón del Diablo. Qué lástima haberse entretenido con las cajas amontonadas en el patio. Un minuto más y se habría topado con el extraño cara a cara. Los dos solos, rodeados de silencio y tinieblas. No, rectifica: los dos solos, no. El monstruo. El monstruo habría acudido también. El monstruo no hubiera perdido la oportunidad de presentarse al baile.

Pero no hay que impacientarse. Habrá más bailes. Sí, habrá, al menos, un baile más.

Capítulo 14

Ewart no hizo mucho caso de los consejos de Collins —en realidad, el mismo consejo repetido en numerosas ocasiones—, y decidió ir caminando hasta la casa de los Berrycloth poco después del mediodía. Presentaría sus respetos al padre de Myrtle y se disculparía ante ella por el descuido del día anterior; no se quedaría más de un cuarto de hora y nadie podría decir que estaba siendo maleducado.

Se había despertado con esa idea rondándole y no estaba muy seguro de dónde había salido: si lo habría soñado, si se lo habría escuchado decir a alguien sin ser consciente de ello, si habría sido un retazo de memoria que había regresado y se había plantado en su cabeza sin más... Ojalá fuera esto último; tendría, al menos, una razón para alegrarse después de los últimos acontecimientos.

Caminó sin prisa sobre la reciente capa de nieve. Había estado nevando toda la noche y los campos blancos le trajeron recuerdos del paisaje de guerra. Los dedos que ya no estaban eligieron ese momento para hacer notar su ausencia. Quiso abrir y cerrar el puño y solo consiguió mover la mano como un idiota, arriba y abajo. Además, al final Collins le había enjaretado el paquete con diez libras de salchichas, y le estaba costando un mundo transportarlo con dignidad.

—Al señor Berrycloth le gustará el detalle —le había dicho.

Ewart no lo creía, pero seguía sintiéndose mal por el asunto de las salchichas, y había accedido a librar a Collins de una parte de ellas. Pensaba que unas flores habrían sido mejor recibidas, pero lo cierto es que no le apetecía discutir con el único medio amigo que había hecho en aquel pueblo del demonio.

Se acomodó el paquete bajo el hueco del codo, volvió a apoyarse en el bastón y terminó de recorrer la media milla que le restaba, sin prisa, comparando las lejanas colinas con las montañas de Crimea (que, por suerte, no se parecían en nada). Cuando llegó hasta la casa de Berrycloth, se detuvo un par de minutos antes de cruzar el patio.

Fue Pickett quien acudió a abrir la puerta; el mismo al que le había tocado recordar algún encargo misterioso para llevárselo de allí cuando Myrtle le ofreció refugiarse de la tormenta.

Ewart le sonrió, aunque en su interior algo acababa de avisarle de que no había que sonreír a los lacayos. El fogonazo le sorprendió y, durante unos segundos, fue incapaz de escuchar lo que le dijo Pickett; sin embargo, como el criado se hizo a un lado, se atrevió a franquear la puerta, le tendió sombrero, capa y abrigo y se disculpó por el paquete, que Pickett miró con la misma cara con la que lo había mirado a él cuando se despidieron en el pueblo, durante la tormenta.

—Un obsequio —dijo, muy lacónico, él.

Por suerte, se mordió la lengua a tiempo. Había estado a punto de señalar a Collins como el instigador del asunto, y habría resultado de una impertinencia inimaginable.

Pickett lo condujo hasta el salón sin molestarse en anunciarlo antes, y Ewart supuso que, o bien en aquella casa no prestaban demasiada atención al protocolo, o se trataba de una sutil venganza por parte del lacayo; se decantó por esta última opción, sobre todo porque había visto la media sonrisilla del hombre antes de desaparecer con el paquete de salchichas todavía en la mano.

—¡Señor Molloy!

Myrtle se había puesto de pie, y habría cruzado la estancia para saludarlo de no haberse acordado de algo en el último momento que la hizo dudar y cambiar su sonrisa por un gesto altivo. Ewart apretó los labios para que no se le escapara la risa y procedió a saludar al perplejo señor Berrycloth.

—Buenos días, señor. Disculpe que me haya presentado de estas maneras, pero no podía dejar pasar ni un solo día más sin venir a interesarme por su salud. Y teniendo en cuenta las fechas que se avecinan, no quería arriesgarme.

No dijo a qué pensaba que podría arriesgarse, pero al señor Berrycloth debió de parecerle muy sensato y educado que preguntara por su salud, porque se levantó y fue directo a él para estrecharle la mano, sorprendiendo a todos los que estaban allí.

—Buenos días, señor Molloy. Confieso que no me esperaba este detalle de alguien como usted, al que no conozco prácticamente de nada, pero siempre he valorado mucho los modales en los jóvenes. Siéntese, se lo ruego; hace un frío espantoso y ha debido usted de pasar un mal rato cabalgando desde el pueblo.

—En realidad, he venido a pie.

—¡A pie! Qué funesta idea, la verdad. Myrtle, acércate a saludar al señor Molloy.

—¿Cómo está usted? —dijo ella, haciendo media reverencia.

Ewart inclinó la cabeza, muy correcto, y luego fue presentado al resto de la familia (que no había esperado encontrar, en cualquier caso). Paseó la vista por la habitación; aquel Corrigan no andaba por allí, y eso le alegró.

—Señor Molloy, yo soy el primo de Myrtle. Me llamo Daniel.

—Sí, eso me había parecido entender, ¿cómo estás?

Estaba en la frontera en la que resultaría absurdo llamarlo de usted y a la vez podría ofenderse si lo tuteaban, pero Daniel no parecía estar pensando en absoluto en cuestiones protocolarias.

—Bien. ¡Estoy muy bien! Myrtle me dijo que es usted capitán, ¿no es cierto? Yo estoy considerando ingresar en el ejército, ¿qué opina?

—Me parece que deberías pensar en otra cosa, ya que me lo preguntas.

Daniel creyó venirse abajo.

—¿De verdad?

—Eso mismo te hemos dicho todos —dijo el padre de Daniel.

—No, ¡yo no! —exclamó Myrtle cruzándose de brazos.

Algo le dijo a Ewart que estaba más que preparada para llevarle la contraria en todo lo que dijera. Tendría que sonar muy sincero a la hora de disculparse, pero, por otro lado, no sabía hasta qué punto deseaba confesar toda la verdad. Ni siquiera su reciente amnesia podía aceptar que las paredes pintarrajeadas con sangre fueran un buen tema de conversación para una dama.

Una mujer de unos cuarenta y tantos años, bastante guapa, a la que habían presentado como Harriet, o Henrietta, o algo por el estilo, le ofreció un vaso de oporto desde la comodidad de su sofá. Ewart lo rechazó, y a la mujer no se le ocurrió nada más que decirle. A su lado, una joven rubia de famélicas proporciones lo observaba con el ceño fruncido. Ewart se preguntó si sería posible reunir a los diversos Berrycloth sin que nadie se mostrara ofendido por algo.

—Siéntese a mi lado, capitán —dijo Ambrose—. Háblenos del tipo de dieta que suele seguirse en el ejército; a mi sobrino le vendrá bien saber a qué atenerse.

Ewart solo pudo hablar de las raciones que le dieron en el hospital de oficiales, pero como calculó que nadie tendría ni idea de lo que estaba hablando, salió más o menos airoso de la situación.

—Así que, con toda probabilidad, pasaban hambre —sentenció el otro Berrycloth. Ewart creía que se llamaba Arthur—. Nunca lo hubiera imaginado, pero deduzco que la frugalidad tendrá algún tipo de interés estratégico.

—Es posible.

Daniel, sentado al otro lado de Ewart, llevó a cabo una contumaz defensa de las costumbres marciales británicas, y, durante un buen rato, solo se lo oyó a él, y, en menor medida, a su padre y a su tío renegando de cuanto decía. Ewart, que era interpelado por uno y otros según el interés, asentía y negaba sin especial vehemencia. Le interesaba más observar la figura de Myrtle, que se había sentado a bordar junto a la ventana. Tenía el rostro medio vuelto hacia la pared, y la postura relajada con la barbilla apuntando hacia su pecho, y la luz blanca del exterior hacía brillar su melena rubia. En una ocasión levantó la vista y se giró, discretamente, para ver qué hacía él. Dio un respingo cuando lo descubrió con los ojos posados en ella, y volvió a concentrarse en su labor. Pero estaba más que claro que bordar era lo último que le apetecía entonces, porque apenas daba un par de puntadas y se ponía a mirar por la ventana.

Estaba muy guapa, y le hubiera gustado ir a charlar con ella de cualquier cosa, incluso de hilos si se terciaba. No lo hizo, pero descubrió que al estar cerca lo invadía una calma que había estado muy lejos de sentir en los últimos tiempos, y se preguntó de dónde provendría.

Transcurrió casi una hora. A Ewart, permanecer en la misma posición le estaba destrozando la pierna, y permanecer entre Daniel y sus parientes le destrozaba la paz. Se disculpó y se puso de pie con rigidez. Se le hacía tarde y nadie había sugerido siquiera que se quedase a comer, así que tendría que marcharse. Fue hasta Myrtle, se fijó en su labor y la alabó con discreción. Las otras mujeres no les quitaban ojo de encima.

La joven le dio las gracias con sequedad.

—Me alegro de encontrarla bien —dijo Ewart, sintiéndose un poco torpe—. Me gustará pasar dentro de unos días, para volver a interesarse por su salud.

—No hay razones para creer que vaya a sufrir grandes cambios —dijo Myrtle—. Pasado mañana, hoy, ayer... Tengo una constitución fuerte, gracias a Dios.

Ewart inspiró y jugueteó con el bastón.

—Sí, señora. Me doy por enterado. Por desgracia, surgió un imprevisto que me mantuvo ocupado hasta la tarde.

—Claro, lo comprendo. Debe de tener usted una vida terriblemente agitada en este pueblo, ¡y con la Navidad encima! —Levantó los ojos hacia él. Tenían el color del cielo en Crimea—. Sí, lo entiendo perfectamente. No pasa nada; me hubiera gustado presentarle a mi primo, pero, de todas formas, lo ha conocido usted aquí.

Pensó en decir algo ingenioso, algo que quitara un poco de peso a la situación tan incómoda, pero no se le ocurrió nada. Tampoco, por otro lado, podía hablar sin ambages de su falta, porque le daba la impresión de que las citas secretas de las jóvenes solteras no era algo que se comentara delante de su familia, como si fueran lo más normal del mundo. Y seguía notando los dos pares de ojos femeninos clavados en su espalda.

—Vendré a verlos de todos modos. —Se volvió hacia el resto de los Berrycloth y les deseó una feliz Nochebuena—. Disfruten de su mutua compañía.

Le pareció que Myrtle dejaba escapar un gemido ahogado, pero no le prestó mayor atención porque había vuelto a concentrarse en la labor. Daniel se ofreció a acompañarlo hasta la puerta.

—No era necesario —le dijo, ya en el exterior.

—Para usted quizá no, pero para mí era vital. ¡Me ahogo en la casa del tío Ambrose! —se quejó—. Hace mucho calor ahí dentro. ¡Y el día se hace muy largo si no puedo andar por ahí!

Ewart sonrió.

—Pues anda por ahí.

—Eso es lo que suelo hacer, andar por ahí. —Lo miró de reojo—. Ayer acompañé a mi prima hasta el pueblo. Dos veces.

—Ah, ¿sí? No hace falta que pongas esa cara, sé lo que estarás pensando. No pude acercarme a saludar a la señorita Berrycloth. Collins me necesitaba.

—¿Collins?

—El tabernero.

—¡Ah! Bueno, supongo que es normal. ¡Todo un capitán del ejército, yendo a una mercería!

Yo tampoco habría ido, me parece a mí.

—Ya me lo contarás dentro de unos años. Pero, dime, ¿por qué volvisteis al pueblo?

Tenía la vaga esperanza de que Daniel confesara que habían ido por él, pero su respuesta lo decepcionó del todo.

—¿Al viejo caserón? La señorita Berrycloth me dijo que está hechizado, o algo así. ¿Puedo saber para qué la llevaste a semejante sitio? ¿Qué querías, impresionarla?

Le salió la voz un poco más dura de lo que pretendía, pero Daniel no dio muestras de notarlo.

—¡Oh, yo no necesito impresionar a mi prima, señor! Solo quería que se divirtiera un poco. Yo creo que... creo que a ella también le ahoga la casa de mi tío, ¿sabe? Lo pasaría mucho mejor en Londres, y mi madre siempre dice que le gustaría invitarla a quedarse la temporada algún año con nosotros.

—Y ¿por qué no lo hace?

Daniel torció el gesto.

—Cosas de mujeres, señor. Hasta que mi hermana no se comprometa, mi madre no quiere saber nada. Aunque, según Phena, puede que luego ya sea un poco tarde.

—Ya.

Iba a despedirse del chico, pero le pareció que a Daniel le vendría bien espabilarse un poco antes de regresar con su familia. Teniendo en cuenta que era Nochebuena, tal vez ya no podría escaparse hasta dentro de dos o tres días. Y, en lo que a él respectaba, tampoco es que tuviera unas ganas enormes de volver a la posada.

—¿Quieres caminar un poco? Mi pierna lo necesita, y diría que tú también.

—Oh, como quiera, señor. ¿Qué le pasó?

Tomaron la carretera que conducía a los acantilados, y Ewart tuvo que echar mano de sus fragmentados recuerdos para contestar. Un caballo que se le cayó encima y le rompió el hueso por multitud de sitios distintos; eso, al menos, fue lo que le contó el médico a él. En su memoria, la pierna y los dedos congelados formaban una especie de nebulosa informe.

—¿Y ya no podrá caminar nunca más?

—Bueno, estoy caminando, ¿no? Pero si te refieres al bastón, creo que lo necesitaré para el resto de mi vida. Oh, que no te dé lástima. Es una costumbre espantosa eso de sentir lástima por los demás, sobre todo cuando no hay motivo. Siente lástima por mi amigo Abbott, él ya no puede ni quejarse. Además, el bastón me hace parecer elegante, ¿no crees?

Daniel puso cara de no creerlo en absoluto, pero se quedó callado, rumiando algo en su cabezota. Cuando tomaron el desvío hacia Gnarled Pike, le preguntó si se trataba del mismo Abbott que se había enamorado de Diana Relish.

—Vaya, pues sí. Supongo que tu prima te ha puesto al corriente de todo, ¿no?

—Solo un poco. Estuvo contándome tonterías sobre ese teniente. Que si la habría matado para quedarse con su herencia, o cosas así. Por eso le digo que mi prima necesita divertirse. ¡Cualquier día saltará desde los acantilados!

Ewart se detuvo de sopetón. Empezaba a secársele el paladar y tuvo la sensación de que iba a regresar un nuevo recuerdo.

—¿Se encuentra bien, señor?

Hizo un gesto con la mano para pedirle silencio. Si se distraía, quizá el pensamiento volaría lejos, junto con las nubes que eran empujadas por el viento a gran velocidad, huyendo del océano. Sin embargo, ya fuera por culpa de Daniel o por otra razón, el recuerdo no llegó a germinar. Solo se le quedó la sensación de vacío, de haber estado a punto de rozar una verdad y la pérdida posterior. Sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Cosas que pasan. ¿Qué es eso de allí?

—Un antiguo hito. Alguien que vería alguna vez un hada o un elfo o un duende sentado en el montón de piedras, y luego le dedicaron la señal. —Se echó a reír—. Cornualles está lleno de prodigios. El caserón solo es el más grande de todos. Y no me extrañaría que pronto alguien le cuelgue una maldición a Gnarled Pike. Por la pobre Diana, ya sabe.

—Pero Diana se cayó —dijo Ewart—. Fue un desgraciado accidente.

—Si quiere mi opinión, fue una estupidez. Quiero decir, todos por aquí saben lo peligroso que es acercarse al borde del acantilado. ¡Lo sé yo, y no soy de la zona! Los chicos del pueblo hacen competiciones para ver quién se acerca más al precipicio.

—Los chicos del pueblo están todo el día poniéndose a prueba, por lo que veo. Eso me parece más estúpido que la caída de Diana Relish.

—No, señor. Yo también fui una vez con ellos, ¿sabe? Y no conseguí llegar a asomarme del todo.

—¡Otro estúpido! —murmuró Ewart.

—¡No, señor! ¡Nunca íbamos de pie! Cuando uno cruza la valla de madera ya sabe que hay que tirarse al suelo y arrastrarse. El viento siempre es demasiado fuerte ahí arriba. ¿No lo nota? ¡Y ni siquiera hemos llegado a la parte más alta!

Ewart frunció el ceño y le preguntó si le apetecía subir con él hasta la cima. Daniel asintió.

—Si regreso muy tarde, siempre puedo comer con Pickett. A él no le importará, y mis padres están acostumbrados. Aunque puede que mi tío se preocupe un poco, ¡pero la verdad es que él siempre está preocupándose!

Ewart no contestó. Hicieron el resto del ascenso en silencio; por una parte, le venía bien para no perder el resuello. Es verdad que el viento azotaba con mucha fuerza ya en aquella parte del sendero. Por otra parte, tenía la sensación de que algo se le estaba escapando en la historia de Diana Relish.

—¿Lo ve, señor?

Ewart se echó mano al sombrero mientras Daniel seguía explicando algo sobre los acantilados, pero el viento se llevó sus palabras. Señaló la valla de madera, y se acercó hasta ella. Daniel hizo amago de agacharse; Ewart lo imitó, y terminó echando cuerpo a tierra. Llegaría hecho una piltrafa a donde Collins, pero lo único que tenía que hacer era mandar llamar a la lavandera. Dejó

el bastón en el suelo y se arrastró varias yardas en dirección al precipicio.

—¡Es muy peligroso, señor!

Ewart se guardó para sí la respuesta que se merecía aquel jovenzuelo descarado, y se rio entre dientes. Quizá podría batir a todos los jovenzuelos descarados del pueblo, para añadir una muesca a su bastón, pero no quería que la hazaña llegara a oídos de Myrtle y que pensara que era un tipo sin ningún sentido común, además de sin dedos, sin pierna y sin memoria. Demasiadas carencias en una sola persona.

Sin embargo, no hubo necesidad de tantear ningún límite. Ya se hacía peligroso seguir arrastrándose cual culebra por la nieve, y aún quedaba un buen trecho hasta el borde. Reculó, sin prisa, hasta que estuvo lo bastante lejos como para ponerse de nuevo en pie. Daniel lo miraba con una sonrisa bastante tontorrona, y se parecía lo bastante a su prima como para hacerle pensar en cuánto le gustaría que fuera Myrtle la que le sonriera así algún día.

Pero entonces, la sombra volvió a descender sobre él y le preguntó al chico a bocajarro:

—¿En qué crees que podría estar pensando Diana Relish para desafiar al viento y asomarse al acantilado?

Daniel negó con la cabeza.

—En nada, señor. No podía estar pensando en nada.

Y fue entonces cuando una imagen terrible se coló en su mente, apagando todo lo demás.

Capítulo 15

Después de debatirse un rato entre la curiosidad y la necesidad de ofrecer una imagen dignísima de sí misma, Myrtle cayó en la cuenta de que ninguno de los que estaban allí conocían el feo que Ewart le había hecho el día anterior, por lo que se asomó a la ventana que daba a la parte delantera de la casa y estuvo atisbando desde detrás de los visillos.

«Qué tonta soy», pensó enfurruñada.

Cuando se había presentado con Pickett, apenas había podido creer que fuera tan descarado. Después, durante todo el tiempo que estuvo sitiado por los varones Berrycloth, se sintió despechada por no haberse convertido en objeto de su atención. Y cuando por fin el muy granuja se había acercado a hablar con ella —porque la tiranía de los buenos modales no le había dejado más remedio, decidió— se había contentado con ofrecer aquella pobre excusa que ni la tonta más rematada se hubiese tragado.

Y, sin embargo, ¿por qué Myrtle no conseguía enfadarse por completo? ¿Por qué, cuando él se había despedido, le había supuesto un esfuerzo tan grande mantenerse ahí sentada en vez de obligarle a seguir hablando con ella? ¿Y qué hacía ahora, junto a la ventana, cuando su padre ya había insinuado que no esperarían ni un minuto más a Daniel porque ya era la una y cuarto y no se podía posponer más la comida?

¿Y por qué ni siquiera tenía hambre a esas horas?

—Mi primo es tan amable —dijo el tío Arthur mientras se sentaba a la mesa— que sabrá perdonar al botarate de mi hijo. No sé de dónde habrá sacado estos modales nefandos que tiene.

Ambrose entrecerró los ojos. Myrtle sabía que se afanaba por encontrar una excusa, pero la impuntualidad no era fácil de disculpar. Intentó discurrir alguna, con el mismo éxito que su padre.

—Habrá pensado que los horarios se relajan en el campo —dijo la tía Hattie—. Aunque, desde luego, eso no le resta ni un ápice de culpa. Lo correcto sería dejarlo sin comer, pero, claro, siendo hoy el día que es...

«Pobre Ewart», fue todo lo que pensó Myrtle. ¡No es que hubiera actuado bien, pero ella tampoco había sido especialmente agradable! Y se lo imaginó cenando solo, o, peor todavía,

cenando con el hermano de Diana en aquella casa helada y oscura, aguantando su estúpida conversación, y le entraron escalofríos.

Cuando regresó Daniel, ya iban por los postres. Se sentó junto a ella, afirmando que se conformaría con un poco de cordero frío, si es que había sobrado, o con tomar un poco más de *pudding* en caso contrario; de todas formas, le sirvieron la sopa antes que la carne, y durante un rato tan largo que acabó exasperando a Myrtle, lo único que hizo fue devorar, como si en lugar de una hora hubiera estado una semana fuera.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó entre susurros.

—Con Molloy. ¡Es un tipo estupendo, prima! Muy valiente, aunque supongo que es normal, siendo capitán.

—¿Valiente? ¿Qué es lo que ha hecho? —Abrió mucho los ojos, muerta de curiosidad—. No habéis tenido tiempo de ir al caserón.

—No, ni falta que hace —contestó Daniel, que se había quedado con la mano levantada sujetando el tenedor—. No pienso volver ahí, prima; te lo juro.

—¿Qué andas jurando tú, jovencito? —preguntó el tío Arthur, molesto—. ¿No es suficiente para ti con llegar tarde, que tienes que incordiar a tu prima con tus absurdos comentarios? Te aseguro que puedes hablar en alto, si es que nos consideras dignos de escucharte.

Myrtle se apresuró a decir que Daniel no la incordiaba en absoluto, y que estaban hablando en voz baja sobre los regalos que se repartirían al día siguiente, y al otro, y Daniel le estaba pidiendo consejo. Phena, sentada delante de ellos, los miraba como dispuesta a azotarlos, pero la ignoró valientemente.

—Vaya, Daniel, no es necesario que regales nada al servicio por san Esteban —dijo Ambrose, sonriendo de oreja a oreja—, pero estoy convencido de que les hará mucha ilusión recibir algo de tu parte. —Se volvió hacia el tío Arthur—. Tu hijo es muy atento, la verdad.

—Diantre —fue todo cuanto dijo el otro.

Ninguno de sus tíos parecía creer que Daniel hubiera pensado en el servicio, ni siquiera en su propia familia, pero, quizá por ser Nochebuena, decidieron no ahondar más en el asunto. Después de los postres y el café, que, en opinión de Myrtle, se alargaban tanto que acabarían confundiéndose con la cena, pensó que por fin podría sentarse con su primo y descubrir por qué Ewart era un hombre tan valiente, pero todavía no se habían acomodado en el sofá cuando hizo su aparición Livingstone.

—¡Livingstone! —exclamó, y se reprendió a sí misma porque la voz le salió estrangulada, pero fue peor de lo que temía porque él la interpretó como una especie de suspiro de enamorada.

—Buenas tardes, señor Berrycloth.

Empezó a saludar con gran solemnidad a toda la familia, pero mantenía los ojos clavados en Myrtle, y a ella se le subieron los colores. ¿Qué demonios pretendería dirigiéndose a ella de esa forma tan tonta?

—Bueno, prima Myrtle, quizá debería dejarle mi lugar a tu admirador —dijo Daniel, muy

serio.

—Como lo hagas, te acordarás de mí, primo. —Y vio que él, efectivamente, estaba dispuesto a levantarse y cederle el sitio, así que lo pellizcó con disimulo—. Te lo digo muy en serio, Daniel. ¡Tengo mucho con lo que chantajearte!

Daniel se mordió el labio inferior para contener la risa, valorando el alcance de la amenaza.

—Está bien. ¡Ojalá este pesado me retara a un duelo!

—Ojalá, pero me temo que eres un mocoso todavía y estaría muy feo que Livingstone aceptara.

—En ese caso, ojalá lo desafiara Molloy. Aunque dudo que se atreviera.

—No sé qué razones iba a tener el señor Molloy para retar a Livingstone. —Entonces se le ocurrió algo y se sonrojó con más violencia que antes, y de un modo más agradable, también—. ¿Es que te ha dicho algo sobre mí?

Daniel la miró, sin contestar, porque Livingstone se había provisto de una silla y se había sentado delante de los dos primos.

—Imagino que te resultará toda una novedad pasar las navidades lejos de la capital, ¿me equivoco? Debe de ser muy aburrido para un muchacho de tu edad venir al campo, rodeado de personas mayores.

—Myrtle no es una persona mayor, y no son mis primeras navidades aquí —replicó Daniel, cruzándose de brazos.

—Bueno, no es una señora mayor, desde luego —dijo Livingstone, y echó su flequillo hacia atrás con un florido movimiento—. Y hay veces que se le ocurren ideas de lo más disparatadas que le causarían a su padre un tremendo disgusto, si llegara a conocerlas. No me dirás que no, ¿verdad, Myrtle?

—No sé qué quieres decir —contestó ella.

No esperaba que se lo dijera, pero se preguntó a qué rayos estaría refiriéndose. Cruzó una mirada inquieta con Daniel, que seguía con los brazos cruzados y parecía, más que nunca, un crío demasiado crecido. Deseó que tuviera un poco más de aplomo para poner en su sitio a Livingstone, pero se dio cuenta, echando un vistazo a su alrededor, que la única que podría hacerlo sería ella misma, o en todo caso Nana, de estar allí presente.

Suspiró y le rogó a Livingstone que se reuniera con su padre y sus tíos, y con Tryphena; la tía Hattie estaba explicando a su cuñado lo difícil que se estaba poniendo encontrar doncellas en Londres que no fueran unas remilgadas, y Ambrose parecía tan fascinado como espantado por el tema en cuestión. Livingstone echó un vistazo, se detuvo un par de segundos en Phena y luego negó con la cabeza, haciendo, cómo no, saltar sus rizos dorados.

—Ya os lo advertí el otro día; no es conveniente que paséis mucho rato los dos solos sin vigilancia. La gente podría empezar a hablar.

Myrtle se echó a reír.

—¡Esas cosas solo se te ocurren a ti, Livingstone! ¿A qué gente te refieres?

—Bueno, los criados siempre tienden a chismorrear cuando se juntan con sus iguales —dijo Livingstone, frunciendo el ceño—. La verdad, Myrtle, no entiendo por qué te gusta tanto rebatir cosas que son de común discernimiento.

Daniel bufó, pero Livingstone no le hizo el menor caso.

Los minutos pasaban con lentitud. Llegó la hora del té y pasó la hora del té; la tía Hattie y Phena anunciaron que se retiraban a descansar hasta las siete, cuando empezaría la cena. Myrtle, desesperada, prefirió unirse a ellas y dejó a Daniel tramando venganza por su deserción, pero decidió que sería mejor disculparse más tarde que permanecer un minuto más en compañía de su odioso vecino.

Cuando estaba a punto de entrar en su dormitorio, su prima la agarró del brazo.

—Myrtle, ¿de qué hablabas con mi hermano? No habrá regresado a esa casa infernal, ¿verdad?

—No lo sé, ¡y te prometo que no puedo más de impaciencia! Creo que ha estado haciendo algo peligroso con el señor Molloy, pero no ha tenido ocasión de contármelo. ¡Ese plomo de Livingstone!

Tryphena se frotó las manos, nerviosa. Estaba recuperando el aspecto de prima normal que ella recordaba, y que desde luego prefería.

—De haberlo sabido, me habría encargado de despistar al señor Corrigan. Pero, Myrtle, he estado dándole vueltas a lo que contó ayer mi hermano. ¿No vivirá algún perturbado en esa horrible mansión? En Londres, de vez en cuando se escuchan unas noticias atroces sobre crímenes que ocurren en los bajos fondos. Lo sé porque leo a escondidas el *Daily News* de mi padre. ¡Solo de pensarlo me entran mareos!

Myrtle la sujetó de los hombros.

—Bueno, pues no te vayas a desmayar ahora. Si no estuvieras tan delgadísima, no te marearías tanto. ¡Al caserón no pueden haber ido, no han tenido tiempo! Ewart camina muy despacio con ese bastón suyo.

—¿Ewart has dicho? —Phena sonrió con malicia—. ¿Cuándo ha pasado de señor Molloy a Ewart?

—Oh, nunca, es que me has puesto nerviosa con eso de los crímenes. ¡Tú no sabes lo que hemos vivido estos días!

Y le contó lo del caballo de Ewart. Phena se puso blanca.

—Entonces está más que claro que tenéis un loco en el pueblo. ¿Quién será?

—¡Nadie tiene ni idea! Nunca hemos tenido un loco. —Se acordó de los perros de la señora Allen, pero lo apartó con decisión de su mente—. Es todo muy misterioso.

—Podría ser cualquiera, ¿sabes? El último asesino que detuvieron en Londres era un comerciante muy respetable, que vendía alfombras traídas de las Indias Orientales. ¡Solo que, por la noche, se dedicaba a matar a todo el que caía en sus garras! ¡Clientes y otras personas a las que no conocía de nada!

Myrtle pensó que su prima intentaba asustarla.

—¿Cómo va a ser una persona respetable? ¡Algo raro tendría!

—Pues seguro que sí, pero lo escondía tan bien que ni siquiera su familia lo imaginaba. ¡Si leyeras los periódicos no te cogería por sorpresa!

A los Berrycloth solo les llegaba la publicación que llevaba Livingstone una vez por semana, o cada diez días. Ahora empezaba a hacerse una idea de por qué, en ocasiones, al diario le faltaban unas cuantas páginas; pero no supo si Livingstone lo mutilaba por ella o por su padre. O por los dos. La delicadeza de ese hombre la dejaba sin palabras. ¿Quién se creía que era? Y ¿quién le había permitido creérselo?

—Queridas mías, si seguís parloteando así, no voy a poder pegar ojo —murmuró con languidez la tía Hattie, que se asomaba desde la puerta de su habitación—. Os sugiero que descanséis un rato antes de empezar a vestiros, porque el tiempo vuela.

Phena se despidió y Myrtle se metió en su habitación, pero no para descansar. Cogió un libro, lo abrió, leyó cuatro o cinco páginas y comprendió que no se estaba enterando de nada; lo apartó y se tumbó en la cama, con la cabeza funcionando a todo trapo. Sí, estaba claro que algún loco se había colado en el caserón, y quizá se estaba dedicando a matar perros callejeros de nuevo, pero, en ese caso ¿por qué no se lo decía nadie? Pensó, con tristeza, en cómo le habían mantenido siempre ocultas las cosas desagradables, con la excusa de que a su padre no le gustaba oírlas. ¡Dudaba mucho que a alguien le gustara, pero eso no era una razón! Quizá Jennet se habría enterado. ¡Qué mala suerte que al día siguiente fuese Navidad! Aunque, por otro lado, no sería muy raro que Myrtle bajara al pueblo con su primo (y Phena, si quería) a ver, a interrogar a su amiga, con cualquier excusa.

Solo esperaba no encontrarse con Ewart. ¿O esperaba lo contrario? Myrtle cambió de posición en la cama. A ese respecto, todavía tenía que decidirse.

Por la noche, Molloy estaba en su habitación; y aunque le hubiera gustado decir que se encontraba rodeado de recuerdos, lo único que lo rodeaba era la soledad y un nosequé que lo sobrevolaba de vez en cuando, como si quisiera tirar de él, y que desaparecía cada vez que intentaba atraparlo. Puede que, en su vida anterior, hubiera sido uno de esos hombres que se dejan abatir por la melancolía de las cosas que no tienen remedio (su parte irlandesa aquí); o puede que hubiera sido de esos hombres estoicos que resisten a capa y espada la melancolía de las cosas que no tienen remedio (su parte británica ahora).

En el momento presente, Ewart Molloy era un hombre aburrido, que en cierto modo intuía que había llegado la hora de actuar; sin embargo, no sabía ni cómo ni respecto a qué, y eso lo abrumaba más que la soledad o la falta de recuerdos. Cansado de buscar respuestas, se desperezó, se asomó a la ventana y observó la nieve amontonada contra las paredes de las casas, al otro lado de la calle. Se preguntó si habría alguien esperándolo, allá en Irlanda, con un ánimo similar al suyo, o quizá un poco más desanimado. Un padre, una madre. ¿Hermanos? A lo mejor

incluso había una esposa. En el fondo, esperaba que no hubiera ninguna. No llegaba a imaginarse cómo sería verse forzado a amar a alguien a quien ni siquiera recordaras haber amado. Recorrer todo el camino de nuevo. Y ¿cómo sería para ella? ¿Un desconsuelo, un alivio?

Se miró las manos. En los dedos que le quedaban no había rastro alguno de alianza, pero supuso que eso no significaba nada.

«Si hubiera alguien, lo sabría de alguna manera», se repetía, pero, por supuesto, no conseguía convencerse a sí mismo.

Quizá fuera una mujer similar a la señorita Berrycloth. Puede que por eso le hubiera gustado la primera vez que se la encontró, allá en el cementerio; allá en lo que parecía pertenecer a otro siglo.

«Bueno, compañero; vale ya de pensar tonterías. Suenas como un viejo en la mecedora».

Podía escuchar a los otros huéspedes hablando y brindando en la habitación contigua. King, Stewart y el tercero cuyo nombre había olvidado, si es que en algún momento había llegado a saberlo; «los tres reyes», como los había llamado Collins. Lo habían invitado a unirse a ellos; y Ewart, como un estúpido, había declinado la oferta. La idea de cenar con unos perfectos desconocidos en una fecha tan singular le había parecido muy poco pertinente.

Ahora, cuando debían andar por la tercera botella de vino, o de ginebra, o puede que hasta de whisky, se preguntaba por qué habría actuado con tan poco sentido común. Apartó la mesa, con los restos de la cena que le había subido Collins un par de horas antes, cogió un vaso y salió al pasillo. No quiso mirar la pared ultrajada por el tarado, en la que aún persistía una mancha parduzca que se había extendido por el papel pintado.

Una luz titilaba desde la lamparilla, alumbrando el rellano. Vio su propia sombra proyectada hacia el suelo, fina y fantasmal, cimbreante. Asió con fuerza el vaso, como si fuera a escapársele, y llamó con suavidad a la puerta de Stewart. No debieron de oírlo, y alguien, el tipo sin nombre probablemente, propuso un brindis por la reina. Los otros dos se echaron a reír y brindaron; Ewart escuchó a la perfección el ruido del cristal chocando contra el cristal. Miró su propio vaso. Por algún motivo, lo invadió la tristeza. Iba a llamar de nuevo cuando un sonido, una especie de crujido de la madera le hizo girarse con rapidez. El corazón empezó a latirle con fuerza. Aspiró. Le había parecido notar el mismo olor repulsivo, vísceras y sangre, que la otra noche.

—¿Quién va? —gritó a la oscuridad.

Creyó oír pasos y se asomó al hueco de la escalera. A sus espaldas, las voces de los tres reyes callaron de repente. King salió al rellano, armado con un bastón, y se sobresaltó al encontrárselo allí.

—¿Qué ocurre? ¿Ha vuelto?

No se veía nada.

Tampoco, en realidad, se oía nada. Se encogió de hombros.

—Me temo que ha sido una confusión. —Vio que King echaba una discreta mirada al vaso que sostenía en la mano—. ¿Todavía les queda algo con lo que brindar?

—¡Siempre, siempre, señor Molloy! Por favor, únase a nosotros. Es un delito pasar la Nochebuena a solas. Ya sé que no somos la mejor compañía, pero, al menos, no tendrá que sentarse a beber solo.

—Se lo agradezco.

Se unió a la pequeña fiesta. Cuando se retiró a su habitación, la luna casi había desaparecido al otro lado del cielo.

Capítulo 16

Myrtle suspiró con impaciencia. Hacía tanto frío en la iglesia que su respiración formó una pequeña nubecilla de vaho. Llevaba unos preciosos guantes de cabritilla que le habían regalado sus tíos y un sombrerito bastante feo que le había regalado su padre. Con un poco de tiempo y alguna nueva visita a la mercería, el sombrero podría mejorar lo suficiente; de todas formas, Myrtle no estaba pensando ni en sus regalos ni en el frío, ni escuchando el sermón. Había visto a Jennet Allen en uno de los bancos de atrás, con su madre, y, justo detrás de ellas, al capitán Molloy, que traía una cara espantosa; y contaba los minutos que faltaban para abandonar la iglesia y hacerse la encontradiza con Jennet y, quizá, por qué no, también con Molloy.

Colgada del brazo de su tío Arthur, salió a toda velocidad, o, mejor dicho, a toda la que su tío le permitió. Después de tantos años, no se le había ocurrido un mejor momento que aquel para observar arcos y bóvedas, y señalar piedras renegridas, y se le pusieron los pelos de punta cuando oyó algo sobre rodear el edificio para contemplar los arbotantes. Un poco más allá, Livingstone saludaba a su tía y a su prima; Livingstone, como una gárgola que desciende al mundo de los vivos, y que también estrenaba sombrero y movía la cabeza prodigiosamente para hacerse ver.

—Voy a saludar a Molloy —dijo Daniel al pasar a su lado, y Myrtle consiguió agarrarse a él y así fue transportada de un Berrycloth a otro, de un modo muy inteligente según consideró ella misma.

El tío Arthur la miró con sorpresa, pero como Ambrose iba charlando con Nana, se unió a ambos y siguió admirando la arquitectura gótica, en voz alta, pero ya sin oyentes. Sin embargo, no pareció que le importara.

—¡Nos lo han quitado! —dijo Daniel, sin aminorar el paso.

—¡Pero mira que es coqueta esta Jennet! —protestó Myrtle.

Su amiga, que debía de haber estado ensayando caídas de ojos (sin mucho éxito, pensó malévolamente Myrtle) durante su larga convalecencia, sonreía como una boba y lanzaba miraditas tontorronas a Molloy. Pero no pudo seguir vigilando sus tonterías porque alguien, un buey o similar, acababa de pisarle el pie. Soltó un gritito.

—Oh, disculpe, señora.

Myrtle se volvió, irritada, y se encontró de frente con Frederick el granjero. Se tragó la indignación en el último instante y sonrió de oreja a oreja, como si en lugar de toparse con un tipo tan rústico tuviera delante al duque de Cambridge.

—No se preocupe, señor Smith, ha sido culpa mía —dijo con dulzura—. Supongo que está ansioso por ir a saludar a la señorita Allen. Adelante, ya hablaré con ella más tarde.

Frederick, perplejo por el hecho de que toda una señorita Berrycloth le hubiera dirigido la palabra y, más aún, por que conociera su nombre, se quedó traspuesto, incapaz de decir o hacer nada, hasta que Daniel se aventuró a sugerirle:

—No haga esperar a la señorita Allen.

—Oh, ¡oh, por supuesto que sí! Quiero decir, por supuesto que no la haré esperar. Gracias, señora.

Y aunque tal vez Frederick no se había percatado de la presencia de la descarada de Jennet hasta que Myrtle se la descubrió, estaba claro que le había parecido la más feliz de las ideas. Jennet, después de pestañear confusa durante unos segundos, se abandonó al placer de su compañía dejando por fin libre a Molloy. Myrtle y Daniel sortearon individuos, parejas y grupos bajo la fina llovizna que había comenzado a caer sobre ellos, y se plantaron, posesivamente, delante de él.

Fue entonces cuando a Myrtle le entró la vergüenza. Saludó al capitán con los ojos bajos y permitió que Daniel, que carecía de escrúpulos en general, iniciara la conversación. Pronto, no obstante, notó que algo no iba bien. Molloy desviaba la vista, como si fuera incapaz de fijarla en un punto concreto, y Myrtle empezó a temer que su aparición le resultara incómoda.

—¿Qué tal pasó usted la Nochebuena, señor Molloy? —preguntó a la desesperada.

Molloy se echó a reír y se llevó dos dedos a la frente.

—Bueno, confieso que mejor de lo esperado, pero no tal y como esperaba.

—¿Cenó con Roy Relish?

—No, cené yo solo. Y después, tuve la suerte de que los otros huéspedes me invitaran a unirme a su pequeña celebración particular. Son unos caballeros con un gusto excelente en lo relativo al whisky, y me temo que los subestimé, o me medí a mí mismo con demasiado optimismo. Sea como sea, lo pagaré durante el resto del día. ¿Qué tal fue su noche, señora?

—¡Señora! —exclamó Daniel—. Molloy, se me hace muy raro que le diga usted «señora» a mi prima. Creía que se tuteaban.

Molloy entrecerró los ojos.

—La señorita Berrycloth me concedió ese honor —dijo, muy serio—. Pero diría que el señor Corrigan ha decidido aproximarse de forma tan discreta como implacable. Pronto estará lo bastante cerca como para escuchar todo cuanto digamos. Creo que será mejor —apartó la vista de Daniel y le guiñó un ojo a ella— que siga llamándola «señora».

La sonrisa de Myrtle se ensanchó tanto que se acordó de Jennet momentos antes, y meneó la

cabeza para alejar de sí la imagen.

—Hoy estoy invitado a comer donde Relish —siguió diciendo Molloy—. Me lo encontré esta mañana, antes de venir. No puedo decir que me apetezca demasiado, y más con este dolor de cabeza tan molesto, pero tampoco tengo razones para rechazarlo.

—Myrtle, sería mucho mejor que tu padre lo invitase a comer con nosotros.

—En absoluto —replicó Molloy—. Sería de lo más extraño e inapropiado.

—Sí, sería extraño, pero tampoco hay que darle más vueltas, Daniel. Mi padre nunca invitaría a comer a alguien como el señor Molloy.

—¿Por qué no?

Myrtle, que estaba pensando en los dedos perdidos de Molloy, no tuvo tiempo de contestar. Livingstone, tal y como había pronosticado el capitán, se había abierto camino hasta ellos y asumió la responsabilidad de contestar a Daniel defendiendo las delicadas convicciones de Ambrose Berrycloth sobre no mezclar la comida y los ratos solemnes con deformidades, enfermedades o mutilaciones varias, tanto explícitas como tácitas.

—El señor Berrycloth es muy puntilloso respecto a las convenciones. A tu edad, ya deberías saberlo. —Dedicó a Molloy una mirada lóbrega y una corta inclinación de la barbilla—. Buenos días, señor Molloy.

—Señor Corrigan, ¿qué tal?

—Sereno y despejado, con este aire vigorizante tan típico de Cornualles. ¿Cómo se encuentra usted?

—Sereno pero no tan despejado, por desgracia. Va a ser cierto eso de que Escocia supera a Irlanda en determinados aspectos.

—Me temo que no le comprendo —contestó Livingstone, sin concederle mayor importancia —. Myrtle, ¿te apetece ir dando un paseo hasta los jardines de la parte de atrás de la iglesia? Tu tío Arthur ha comentado algo sobre unos curiosos detalles arquitectónicos de los que, por más raro que te parezca, nunca había oído hablar.

—No, Livingstone; ya que me preguntas, lo cierto es que no me apetece.

Daniel giró la cara para disimular una risilla e hizo algo sorprendente.

—¡A mí, en cambio, me encantaría verlo, señor Corrigan! No le haga caso; ¡estas mujeres! Aquí te dejamos, Myrtle. Venga, señor Corrigan, vamos a fijarnos en los detalles. No creo que tardemos, pero, en fin, con la arquitectura, nunca se sabe.

—Menudo granuja está hecho tu primo —dijo Molloy, sonriendo, cuando Daniel se alejó con Livingstone—. Me cayó muy bien desde el primer momento. Debe ser cosa de familia.

—Ya sabía yo que se caerían bien. También usted le causó buena impresión.

—¿Cosas de familia, de nuevo? —preguntó Molloy, con un brillo pícaro en los ojos.

—No sabría decirle —respondió Myrtle, manteniendo la sonrisa a raya—. Me temo que ha provocado usted distintas impresiones entre los Berrycloth.

El resto de la familia se acercó donde ellos y Molloy fue saludándolos a todos, pero el día de

Navidad le deja a uno (en especial, cuando pertenece a la familia más distinguida de la zona) escaso rato para saludar, ser saludado y comentar tonterías. Otros vecinos se los quitaron de encima antes de que a Myrtle le diera tiempo a aburrirse de ellos; y aunque Nana les dedicó una de sus célebres miradas escrutadoras, no hizo nada más por separarlos.

—¿Le importa que nos sentemos en ese banco a esperar? Con esta humedad, la pierna me duele horrores... Myrtle.

—¿Cree usted... —se interrumpió y miró a los lados—, quiero decir, crees que dejará de dolerte algún día?

—El médico me prometió que sí, por lo que me inclino a pensar lo contrario.

Myrtle, que había empezado a cabecear apenada, se echó a reír.

—¡No deberías bromear con esas cosas!

—¿Por qué no? Es mi propia pierna. Si fuera la de otro, quizá sentiría pena, pero, después de todo lo que vi en la guerra, he decidido no sentir lástima por mí mismo en ningún momento de mi vida.

—Y eso que has olvidado muchas cosas —murmuró Myrtle, pensativa.

Molloy la miró de una forma extraña.

—¿Siempre dices lo que piensas?

—No, habitualmente no, pero eso es porque a mi padre y a Nana no suele gustarles lo que pienso.

—Y con tus amigas, ¿también te atienes a lo que ellas quieren escuchar?

—No, con ellas no. Bueno, intento no hacerlo, aunque a veces Jennet también me mira como si no dijera más que cosas absurdas.

—¿Y qué hay de Diana Relish?

Myrtle se encogió de hombros.

—Con Diana era más complicado hablar. Siempre le daba muchas vueltas a todo, y era muy precavida.

—¿En qué sentido?

—No solía contarnos secretos.

De repente, se sintió abatida. Eran las primeras navidades sin Diana. Se preguntó cuántas personas más la echarían de menos, aparte de su hermano, claro. La llovizna estaba transformándose en lluvia, y no tardaría en convertirse en un chaparrón de primera. Nana se acercó con un paraguas.

—Joven, ¿pretende usted que la señorita Berrycloth se ponga enferma, teniéndola sentada en este horrible banco de piedra mientras le cae encima el diluvio universal?

Molloy sacudió la cabeza.

—No, señora. Permítame ese paraguas. —Y con galantería lo abrió para protegerlas a las dos de la lluvia, quedándose él fuera.

Nana se sonrojó (sí, se sonrojó, ¡Myrtle lo había visto!).

—Vaya, qué caballeroso. No se preocupe por mí, señor; yo vengo bien pertrechada y soy lo bastante vieja como para sostener por mí misma mi propio paraguas. Sin embargo, no pienso moverme de aquí hasta que no les entre un poco de sensatez y decidan resguardarse de este tiempo atroz. ¡Hay que ver! ¿Es que en Irlanda no les importa la lluvia?

—Nana, ¿tú crees que Roy Relish no habrá venido hoy a la iglesia por Diana?

—¡Válgame, niña! Al contrario; no ha venido porque es un hombre impío y desagradable, como siempre he sabido.

—Ha ido al cementerio —dijo Molloy—. Ha venido a la iglesia antes que el propio cura, y luego se ha ido a visitar la tumba de su hermana.

—Pobre Diana, qué hermano tan espantoso —musitó Nana, pero estaba arrepentida, y Myrtle se dio cuenta.

—¿Por qué todo el mundo dice siempre «pobre Diana»? —preguntó de repente Molloy—. ¿Es porque murió, o ya era la pobre Diana cuando aún estaba viva?

Myrtle vio en el rostro de Molloy una sombra oscura, algo que nunca había notado antes en ninguna persona, y se asustó.

—¿Qué quiere decir?

—No lo sé. Nada, supongo. Es que me resulta llamativo. Parece como si la señorita Relish no hubiera disfrutado de su vida de ninguna cosa alegre. Pero no me haga caso, se lo ruego. Creo que son los devaneos de un hombre aturdido, o la nostalgia de la Navidad, o las dos cosas a la vez.

Nana suspiró.

—Diana siempre fue la pobre Diana. Se quedó huérfana tan pronto que ni siquiera llegó a conocer a sus padres, y quien la crio fue una niñera que enviaron esos tíos suyos que viven no se sabe dónde. ¡En lugar de llevársela con ellos, pobre criatura! Nunca le faltó de nada, ¡pero nunca tuvo nada tampoco! Nada, salvo una vida triste y oscura, cuidando a ese haragán de hermano, cuando debería haber sido él quien se ocupara de ella. Encerrada un día tras otro en esa casa espantosa. Yo creo que, en el fondo, el accidente fue una especie de liberación. Oh, no es que deseara su muerte, ¡por supuesto que no! Solo digo que su vida no era mucho mejor. No, pobrecilla.

—¿Una liberación? —repitió Molloy, pero Nana acababa de ver los problemas que tenía Ambrose con su propio paraguas y corrió hacia él, dejándolo solo con Myrtle.

Molloy se pasó la lengua por los labios.

—Myrtle, yo también quiero decirte lo que pienso en realidad.

—¿Y qué es? —preguntó ella. El soliloquio de Nana había hundido su ánimo—. ¿Qué piensas en realidad?

—Yo no pienso que Diana sufriera un accidente. Pienso que se quitó la vida. Y ahora quiero descubrir por qué lo hizo.

Capítulo 17

Tiempo más tarde, Ewart podría haber dicho que se arrepintió de haber aceptado la invitación de Relish en cuanto puso el primer pie en aquella casa, pero sería mentira. Ya estaba arrepentido de antes; de hecho, cuando Relish se despidió de él por la mañana, camino del cementerio, y vio sus anchas espaldas encorvadas perdiéndose en la lejanía, supo que estaba cometiendo un error. La comida no sería agradable; Relish acabaría por contagiarle su humor apático y, con toda seguridad, por la noche tendría que rogar a los tres reyes que le dejaran emborracharse de nuevo. Lo tenía tan claro que, en cuanto tiró de la campana y oyó reverberar el sonido metálico a su alrededor, estuvo a un tris de dar media vuelta y salir corriendo o, en todo caso, lo más rápido que pierna y bastón le permitieran.

Sin embargo, Relish debía de estar esperándolo al otro lado de la puerta, porque la abrió de inmediato y se la sostuvo, mirándolo con ojos de pez, mientras le daba la bienvenida con un discurso que le sonó ensayado.

—Agradezco que haya encontrado un hueco para compartir conmigo este día tan señalado, señor Molloy. No sabe cuánto me disgustaba tener que comer en soledad, acordándome de mi hermana y sin nadie a quien quejarme en voz alta. Quiero decir, nadie que pudiera contestarme.

Ewart se sintió un poco culpable. Relish no pestañeaba y olía a algo que no acababa de identificar; algo entre dulzón y agrio que lo devolvió, por un instante, a Crimea. Puede que fuera el dolor, que se le quedaba a uno pegado como una capa. Sonrió y trató de parecer cómodo, a pesar de que comodidad era lo último que sentía.

—La soledad es dura —dijo—, y hay ocasiones en las que todo el mundo parece decidido a recordarnos lo solos que estamos.

Fue lo primero que se le pasó por la cabeza, pero debió de dar justo en el clavo, a juzgar por la cara que había puesto Relish, ojos cerrados y rostro apuntando hacia lo alto. Al cielo, quizá; hacia su hermana, su pobre hermana, a la que había hecho la vida imposible según casi todos los vecinos, aunque nadie hubiera podido precisar cómo exactamente.

Relish lo invitó a tomar una copa de vino antes de sentarse a la mesa, y Ewart aceptó.

«Qué frío hace aquí», pensó, resignado. «Un frío inhumano».

—¿Por qué no me habla de su hermana?

—¿Por qué quiere oír hablar de ella? —preguntó Relish, a la defensiva.

—Porque hablar de los que no están hace que los tengamos un poco presentes, supongo. —La frase no era suya, sino del médico militar, y le pareció que era el momento oportuno para dejarla caer—. Un vino muy bueno, por cierto, ¿de dónde es?

Relish arrugó la nariz.

—¿De dónde va a ser? Portugués, desde luego. Francés, no.

—¡No se ofenda! —dijo Ewart, riéndose—. No entiendo nada de vinos. Solo sé si me gustan o no.

—Ya. Bueno, imagino que, siendo usted de donde es... Lo cierto es que es difícil conseguir buen vino de Francia a precio razonable. Encontrarlo, primero, y luego traerlo. Hace años que dejó de ser un buen negocio. Cosas de la política.

—Como todo, ¿verdad? Aunque supongo que en Londres seguirá habiendo un buen mercado. Los aristócratas, me refiero. ¿O es que renunciaron porque sí al vino?

—Si se refiere a que pueden pagarlo, tiene usted razón. Lo que ocurre es que empezó a estar mal visto, desde lo de Napoleón. Tomar vino francés era algo así como poco patriótico, y luego se quedó la costumbre. —Relish lo miró con curiosidad—. ¿Y en Irlanda? ¿Qué piensan los irlandeses al respecto?

—¿Del vino francés? ¿Qué podría decirle yo?

—Preferirán otras cosas, imagino.

—Imagina usted bien.

Quizá en otras circunstancias, Ewart hubiera podido apasionarse por semejante tema de conversación, pero prefirió no evidenciar su ignorancia sobre el mundo en general; cambió de tema y volvió a mencionar a Diana.

—Cuando muere una persona tan joven —dijo, y buscó con tacto cada una de las palabras para no soliviantar a Relish—, uno solo puede preguntarse qué planes habrán quedado interrumpidos. Una buena cantidad de amigos míos murieron en la guerra. Muchos estaban, como suele decirse, en la flor de la vida. Sus sueños se quedaron ahí, flotando, y quién sabe si, además de ellos, afectaban a otras personas también. Familia. Otros amigos. Proyectos.

Relish se puso de pie y caminó alrededor del sillón donde había estado sentado. En un momento dado, apoyó ambas manos en el respaldo y tragó aire con dificultad, pero cuando Ewart hizo amago de ir donde él, se limitó a hacerle un gesto para que se quedara quieto.

—A veces, siento como si me quedara sin aire. Es muy desagradable. Se me nubla la vista y pierdo el control de mí mismo. He dicho «desagradable», pero creo que «terrorífico» es más exacto. Es usted la primera persona a la que se lo cuento. Aparte de Diana, se entiende. Ella lo sabía, y me cuidaba cuando me sentía débil.

—Demonios, lamento oír eso.

—No, no jure, se lo ruego. No mente al Diablo en esta casa.

Se puso rojo y a continuación muy blanco, y Ewart se preocupó.

—Oiga, si quiere puedo ir a avisar al doctor. Ese hombre... no recuerdo cómo se llamaba. Le aseguro que no tardo nada.

—No, no. Simplemente ayúdeme a sentarme. Creo que pronto estaré bien. Es lo que hacía Diana, quedarse conmigo cuando me encontraba mal, ¿sabe? Tenía que quedarse conmigo, porque necesito ayuda.

Ewart hizo lo que le pedía y se quedó de pie a su lado, con las tripas encogidas de remordimiento. Así que de eso se trataba. Un hermano enfermo al que había que atender día y noche. Una hermana abnegada y un pueblo lleno de chismosos ignorantes. Y él, sugiriendo que Diana había saltado de un precipicio porque no soportaba su vida. Bueno, quizá, de haber tenido la posibilidad, la hubiera cambiado un poco. Pero no hacía falta matarse para eso. Habría bastado con contratar una enfermera: ¿no había hablado Myrtle de una supuesta herencia?

—Por eso se quedaba —repitió Relish.

—Ya veo.

—Habría sido una locura que intentara marcharse, ¿me entiende? Si me hubiera dicho que quería irse de mi lado... yo... Imposible, ¿verdad?

—Bueno, supongo que...

—¡No hay nada que suponer! ¡No podía dejarme! ¡No importa la razón!

Relish echó la cabeza para atrás y empezó a resollar como un oso. Mantenía los ojos cerrados y el rictus de su cara reflejaba un profundo dolor, como si librara una batalla dentro de sí. Ewart se preguntó si, después de todo, no debería dejarlo unos instantes y salir a pedir ayuda. No tardaría nada. Aunque fuera Navidad, alguien se asomaría a la ventana si empezaba a gritar en mitad de la calle.

¿No?

—¡Quedarse aquí, a mi lado!

Ewart miró hacia la puerta. Sería cuestión de unos segundos, se dijo.

—No hay nada mejor que un buen fuego ardiendo en la chimenea para ahuyentar a los fantasmas, ¿no crees, Ambrose? —dijo el tío Arthur, y extendió las piernas hacia delante para calentarse los pies.

—Bueno, no sé si para ahuyentar a los fantasmas, pero, desde luego, sí para ahuyentar el frío.

—Arthur, espero que no hayas bebido en exceso —dijo la tía Hattie con el ceño elegantemente fruncido—. He perdido la cuenta del número de copas que has tomado. Aunque reconozco que este vino tuyo es excelente, cuñado; ¡mejor que el que solemos tomar en Londres! ¿De dónde te lo mandan?

Ambrose se sonrojó.

—Me alegro de que os guste. Es un vino muy especial, desde luego.

—Sí, pero ¿de dónde viene? —insistió Hattie—. El color es maravilloso. Arthur, tienes que convencer a tu primo de que nos revele el nombre de su proveedor. Tengo unas cuantas amigas que se morirían de envidia si lo probaran.

Myrtle miró a su padre, divertida. Era el mismo vino de siempre y hasta entonces nunca se le habría ocurrido pensar que fuera un secreto.

—Pregúntale a la señora Pickett, tía. Como mi padre no se ocupa de las cosas terrenales, lo más probable es que no tenga ni idea.

Ambrose se enfadó:

—Myrtle, considero muy poco correcto eso que has dicho. En realidad, tengo una idea muy precisa de por dónde viene el vino a esta santa casa; y más tarde, cuando las damas os retiréis a descansar, le explicaré a mi primo con todo lujo de detalles con quién debe hablar para comprar este excelente caldo.

Myrtle sonrió, pero le ardían las mejillas. Su padre no solía regañarla nunca, y menos en público. Por suerte, nadie parecía prestarle demasiada atención. Nadie, salvo Livingstone, que suspiró y se acercó donde ella, para recriminarle en voz baja su comentario.

—Myrtle, no me gusta que hagas esas cosas, ya lo sabes. Prefiero cuando te muestras discreta.

¡Como si a ella le preocuparan sus preferencias! No obstante, se echó a reír y prometió no volver a molestar a su padre.

—Eso espero, porque ya no eres una niña.

Levantó la mano, y durante un par de segundos espantosos ella tuvo la sensación de que iba a acariciarle la mejilla. Sacudió la cabeza para ponerse fuera de su alcance, pero aquello fue aún peor, porque Livingstone lo confundió con un gesto de coquetería y le dedicó una sonrisa tan amplia como afectada.

—Ah, mi querida Myrtle. ¿Qué voy a hacer contigo?

—No sabía que tuvieras que hacer nada conmigo —repuso ella—. Y te agradeceré que mantengas la distancia, porque esta forma de acercarte es tan poco correcta como mi anterior comentario.

—La verdad, a veces no sé qué pensar de ti —murmuró Livingstone, pero retrocedió un par de pasos para dejarle espacio—. No sé a quién crees que beneficia esa testarudez tuya. ¿Por qué no te fijas en el comportamiento de tu prima? Es una joven que siempre se conduce con extrema corrección. Dime, ¿has visto tú que pregone a los cuatro vientos cuantas tonterías se le pasan por la cabeza?

—Bueno, quizá solo se le ocurren cosas muy serias, Livingstone.

—No lo creo —respondió él, y Myrtle tuvo que contenerse para no resoplar. ¡Pero solo ella supo cuánto le costó hacerlo!—. A todos se nos ocurren tonterías de vez en cuando; incluso a mí. La diferencia es que no las aireamos en voz alta. Me duele tener que decirte estas cosas, querida, pero considero que ya es hora de que alguien lo haga.

—Vaya, ¿así que piensas que deberías asumir el lugar de mi padre?

—El de tu padre, no. Ahora...

—Myrtle —interrumpió Daniel, saliendo por detrás de Livingstone—, Nana está buscando eso que le habías pedido y no lo encuentra. Teme que te hayas equivocado, y me pregunta si podrías echarle una mano.

—Oh. ¡Oh, desde luego! Pobre Nana, la habré confundido con mis tonterías, sin duda. Muchas gracias por decírmelo, primo. Supongo que tú también podrías ayudarnos a buscar, si no estás muy ocupado.

Livingstone lanzó una mirada enfurruñada a Daniel, pero no se atrevió a retar a Nana, y volvió a su lugar primigenio, con los veteranos varones Berrycloth.

—¿Qué pretende ese individuo? —preguntó Daniel en cuanto abandonaron el salón.

—No estoy muy segura. O mejor dicho, estoy bastante segura, pero prefiero no darme cuenta.

—El día menos pensado se te declarará. ¿Lo sabes, no? Ha estado preguntando un montón de cosas absurdas a mi madre, y ella le contestaba toda feliz porque creía que se refería a mi hermana. Pero cuando ha dicho tu nombre, ¡y tendrías que haberle visto la cara al decirlo!, a mi madre se le ha secado la sonrisa y le ha contestado que él sabrá, que no es quién para decirle a un caballero cuándo debe o no tomar decisiones y blablablá.

A Myrtle le subió un escalofrío por la espalda.

—Si comete la torpeza de declararme su amor, tendré que cometer la estupidez de rechazarlo.

—Eso no sería una estupidez. ¡Lo contrario sí que lo sería! —Daniel negó con la cabeza—. Tú verás lo que te conviene, prima. ¿Sabes que ayer estuve hablando con Molloy sobre estupideces?

—¿De verdad? —Myrtle se detuvo en el pasillo, le cogió de la mano y lo llevó hasta la cocina —. Ven, seguro que ha sobrado un poco de *pudding* de Navidad. Como Phena no comía casi nada, me ha dado vergüenza repetir, pero ahora tengo un poco de hambre. ¡Y no creo que haya nadie en la cocina a estas horas!

—Me parece estupendo, yo estoy famélico. ¿No quieres que te cuente lo que hablé con Molloy, prima?

—Por supuesto que sí. Me dijiste que había sido un tipo muy valiente, y espero que no estés confundiendo valentía con estupideces, porque me llevaría una gran decepción.

—Vaya, espero no hacerlo.

—Estaba pensando en Molloy —dijo Myrtle, muy acalorada de repente—. Tú no podrías decepcionarme, Daniel.

La cocina, tal como había vaticinado, estaba desierta. Aquella noche, como dictaban las costumbres navideñas en el hogar de los Berrycloth, cenarían las sobras de la comida, y al día siguiente, por san Esteban, comerían cosas frías que la cocinera ya había dejado preparadas. Myrtle inspiró hondo y se obligó a no destapar cacerolas ni fuentes ni frascos.

—Aquí está el *pudding*, prima. Y eso de ahí, ¿qué será?

—Oh, creo que son natillas de café. Y eso es gelatina. Podemos coger un poco de cada cosa. No debería notarse, supongo.

—Yo supongo lo mismo.

—Bien, pero ahora no empieces a tragar como un muerto de hambre. ¡Tienes que contarme lo de Molloy!

—Pero es que estoy muerto de hambre. —Daniel sonrió con malicia—. Está bien, no me mires así. ¿Sabes el acantilado de Gnarled Pike?

El acantilado, el mar, la espuma. El cuerpo sin vida de Diana, recuperado de entre las rocas, meciéndose con la marea.

—Como para no saberlo —susurró.

—Le dije que los chicos del pueblo... ejem... y yo mismo, claro, se asoman al borde del precipicio arrastrándose para evitar el viento. Y él quiso probarlo también, y fue arrastrándose por la nieve hasta casi el final. ¡Le quedaron un par de yardas, tres a lo sumo!

—¿Y para qué hizo semejante tontería?

—Precisamente. Le dije que Diana Relish había actuado como una idiota, caminando como si nada por la cima de Gnarled Pike, cuando ya sabía lo que podía ocurrir.

Myrtle, que iba a probar la gelatina, se quedó con la mano suspendida en el aire, como congelada. De hecho, por dentro se sentía congelada.

—Es verdad. ¡Por supuesto que lo sabía! ¿Cómo no nos percatamos antes?

—¿Qué quieres decir? Molloy puso esa misma cara que estás poniendo ahora, y aún no me he enterado de nada.

—¿Cómo puedes comer en un momento como este? Diana no era tonta, sabía que no se puede recorrer Gnarled Pike de pie, ¡el viento es demasiado fuerte! Además, ¿para qué rayos iba a querer asomarse al precipicio? ¡Menuda tontería!

—Y eso significa que...

—Dios mío, ¡pobre Diana! —Las olas, las rocas, los peces mordisqueándole el vestido—. Diana no se cayó. ¡A Diana la tiraron!

Myrtle se puso en pie de golpe y el plato de natillas rodó hasta el suelo. Daniel, con la boca abierta de par en par, miró los restos esparcidos sobre las baldosas y luego la observó a ella.

—No, no... ¡Eso es imposible! —Cogió aire a bocanadas, igual que hacía Myrtle—. ¡No, no puede ser! ¿No te das cuenta? Si ya es estúpido andar uno solo, ¿cómo van a ir dos personas? ¡Se habrían caído los dos! No, Myrtle, creo que...

Ella tragó saliva.

—No lo sé. Pero ahora estoy segura, Daniel. Cuando encontraron a Diana, todo el pueblo se hacía la misma pregunta. ¿Cómo pudo ser tan descuidada? Pero a nadie se le ocurrió pensar que Diana siempre había sido una chica muy prudente, sopesaba las cosas un montón de veces antes de hacerlas. Ella nunca... no, Daniel; tiene que ser lo que te digo. Ya sé que suena raro, pero no encuentro otra explicación. —Empezó a caminar de lado a lado, nerviosa—. Han pasado muchas cosas raras. La muerte de Diana solo fue la primera. Luego llegó Molloy, con esa carta del tal Abbott, y le mataron al caballo. Y luego lo que encontraste en el caserón, esas... ¡esas

asquerosidades! Seguro que todo está relacionado.

Daniel, que se había agachado a recoger los restos de natillas, alzó la vista.

—Eh, eso que dices tiene mucha lógica. ¡Maldita sea!

—¡Daniel!

—Oh, perdón. Quiero decir, ¡sabía que tenía que haberle contado a Molloy lo que vi en el caserón del Diablo! ¡Ojalá hubiéramos ido los dos allí a echar un vistazo!

—No sé qué pretendías encontrar —dijo Myrtle, que no podía estarse quieta—. Oh, no, no me mires con esa cara. ¡No voy a entrar ahí ni loca!

—¿Por qué no? Hoy es Navidad, todo el mundo estará en su casa. Y si es cierto que hay una relación, entonces se lo debes a tu amiga, prima. —Myrtle se pasó las manos por la cara—. Podríamos pedirle a Molloy que nos acompañe. Total, estará más solo que la una.

—No estará solo. Iba a comer con Roy Relish.

Por alguna razón, sintió una comezón rara en las tripas cuando lo dijo. Seguramente sería por haber estado hablando de la muerte de su hermana, pensó.

—Daniel, puede que tengas razón. Deberíamos ir al pueblo.

—¿Y qué excusa ponemos?

—Ninguna. No tenemos tiempo. ¡Cojamos el coche!

Capítulo 18

Ewart sacudió la cabeza, pero más que una cabeza lo que tenía era una roca encima de los hombros, y le dolía tanto que hasta se había olvidado de su pierna. Intentó moverse.

«¿Qué demonios...?».

Alrededor todo era oscuridad. Pestañeó con fuerza, para obligar a sus ojos a adaptarse a la negrura con más rapidez. Entender lo que había ocurrido, sin embargo, le costaría mucho más. Los últimos recuerdos se le presentaron como fogonazos: Relish desmadejado en el sillón, Relish gimiendo de dolor, él mismo renqueando hacia la puerta decidido a encontrar al médico. Se había detenido lo justo para colocarse abrigo y sombrero, y, a partir de ahí, la oscuridad. La oscuridad y el dolor punzante en la nuca, y en seguida más oscuridad; y él, de alguna forma, tendido en una cama con las manos y los pies atados a los postes de esta, tensando su cuerpo de una manera que jamás hubiera creído posible.

O quizá ni siquiera fuese una cama, más bien sería una mesa, o una tabla.

—¿Relish?

Ewart se asustó. Habría jurado que le estaba gritando a Relish, pero solo le salió una especie de ronquido.

«Conque aquí estamos», pensó, y se concentró en mantener la calma como pudiera, porque si sucumbía a la desesperación estaría muerto antes de hora. Intentó mover las manos. La izquierda estaba demasiado bien trabada, pero la derecha, la del muñón, disponía de un poco más de holgura. Quizá, con un poco de paciencia, conseguiría liberarla.

Empezó a girar la muñeca, tironeando, rotando después. No sabía si le serviría de algo. Le pareció que el nudo se aflojaba mínimamente y siguió probando con más ahínco.

Una eternidad después, se detuvo de sopetón. ¿Y qué si la liberaba? Con esa mano no podría soltar la otra. Hinchó las narices, que también, ¡también!, le dolían, y notaba algo cálido y viscoso bajo ellas, y se preguntó cuántas partes de su cuerpo habrían sangrado, y sobre todo, por qué.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —El aire se le atascó en la garganta y durante unos segundos fue incapaz de respirar—. ¿Alguien puede oírme?

—¿Qué haces? ¿Por qué has parado aquí? —preguntó Myrtle—. ¡Tenemos que ir a por Molloy!

Daniel le hizo un gesto para que bajara la voz, y luego saltó del pescante para ayudar a su prima.

—Ven. Ya sé que no quieres entrar en el caserón, pero necesito ver una cosa con mis propios ojos.

—Sí, eso es justo lo que vamos a hacer en cuanto recojamos a Molloy, ¿se te ha olvidado?

—No, prima, pero todavía queda un poco de luz, ¡una luz que desaparecerá hasta mañana si vamos a la casa de los Relish! Si no quieres entrar, espérame aquí. ¡No tardaré!

—De eso nada. Yo sola no me quedo —dijo Myrtle, y echó un vistazo a su alrededor.

La calle estaba desierta, salvo por ellos dos, y la nieve volvía a acumularse sobre el suelo. Formaba suaves montones de un blanco ya mustio, pero seguía viéndose esponjosa, y en cualquier otro momento, Myrtle se hubiera quedado observando cómo caían los copos.

Daniel corrió hasta el hueco por el que se había colado la última vez, y Myrtle, con las faldas bien agarradas, trotó detrás de su primo. El silencio que imperaba en la calle se hizo más ominoso cuando se adentraron en la vieja casona.

—¿Ves? —susurró Daniel—, la puerta no está cerrada con llave. Igual que la otra vez.

Como a Myrtle no le pareció que el comentario mereciera mucha reflexión, se limitó a agarrar a su primo del brazo y así, los dos pegados, traspasaron la entrada.

—Un poco mejor sí se ve —siguió diciendo Daniel—. Por allí es donde estaban las asquerosidades, como tú las llamas... El suelo sigue estando pringoso, no sé si lo notas.

Lo notaba, claro que lo notaba. Era como si las baldosas se le quedaran adheridas a la suela y fuera a llevárselas consigo a cada paso que daba. Y luego, además, estaba ese olor.

—¿A qué huele?

—No lo sé. Apesta como el otro día.

—Es un poco sobrecogedor, ¿verdad? Es como las casas antiguas, pero, al mismo tiempo, es muy distinta.

Lo era. Por todas partes se veían crucifijos: cruces colgadas en las paredes, esculpidas sobre las columnas, pintadas en los lienzos que adornaban los muros. Una cantidad excesiva, demente, aterradora.

—¿Quién fue el último habitante del caserón? ¿La loca Dae? Parece que realmente temía que el Diablo se la llevara.

—Supongo que por eso la llamaban la loca Dae —contestó Myrtle.

Ahora que estaban dentro, y dejando de lado el pringue del suelo y las cruces ubicuas, no entendía por qué siempre le había dado tanto miedo el caserón. Era una casa más. Incluso empezó a sentir curiosidad por descubrir lo que habría en el piso superior.

—Podríamos... —Se detuvo. Le había parecido oír algo—. ¿No lo escuchas?

—¿El qué?

—No sé, es como... como una voz.

Daniel se rio.

—¿El Diablo?

—¡No tiene gracia, tontorrón!

Y Daniel también dejó de vérsela cuando escucharon de nuevo el ruido, un poco más fuerte.

—¿Y si hay alguien? ¿La persona del otro día?

—Qué va. Aquí no hay nadie —dijo Daniel, pero su voz iba perdiendo confianza, lo mismo que la expresión de su rostro—. El sonido viene de ahí.

Señaló una pequeña puerta al otro lado de la estancia. Myrtle pensó que era una buena ocasión para marcharse. Cuando estuvieran con Molloy, vería las cosas desde otra perspectiva; estaba segura.

—Vámonos, Daniel.

—Espera. Solo un momento.

Daniel cruzó corriendo y empujó con suavidad la puerta. Echó un vistazo al interior y se tapó la boca con las manos.

—¡Dios mío, Myrtle!

Ewart había oído pasos. Al principio, pensó que sería el viento. Luego los oyó con más claridad y le vino a la mente la noche en la posada. Intentó gritar. Si los pasos pertenecían al que lo había atacado, lo mismo daría, pero si no, quizá pudieran ayudarlo. La voz le raspó la garganta y apenas consiguió emitir un gorjeo; los pasos se detuvieron. Un par de segundos más tarde volvió a oírlos, y entonces la puerta se abrió de golpe.

Tuvo que cerrar los ojos. El alguien portaba una lamparilla y la luz lo cegó por un instante.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó.

O, al menos, creyó haberlo preguntado. En realidad, tampoco importó demasiado. El otro ya tenía preparado su discurso, y empezó a recitarlo con una voz que parecía provenir del fondo de la Tierra.

—Debería haberse largado del pueblo cuando se lo pedí. Su llegada aquí solo ha provocado sufrimiento a las buenas personas. Ha traído la muerte consigo, y por esa razón la muerte será la que se lo lleve a usted.

El contorno de Relish era una mancha oscura que se recortaba contra la pared iluminada.

—La única muerte que ha habido aquí fue la de mi caballo —consiguió farfullar Ewart—. Y eso fue cosa tuya, Relish.

Relish siseó como si se hubiera quemado, y, desde donde estaba, Ewart creyó que se encogía sobre sí mismo.

«A ver si hay suerte y se muere él ahora», pensó; pero, desde luego, no confiaba tanto en la fortuna como para eso.

—Mi nombre es Daeton —gruñó Relish.

Había tanta rabia en él que las palabras sonaban como mordidas y, por un instante, Ewart vaciló. ¿De verdad aquel tipo no era Relish? Y ¿por qué rayos le resultaba familiar aquel nombre, Daeton?

—¿Y Relish?

—¡No conozco a ningún Relish! —rugió, y acercó el rostro a la lamparilla lo suficiente como para que Ewart lo identificara sin problemas.

Y era cierto. Sintió cómo se le erizaban todos los pelos del cuerpo. Aquel no era el rostro de Roy Relish.

Aquel era el rostro de un monstruo.

Capítulo 19

—¿Qué rayos es todo eso? —preguntó Myrtle, aupándose por detrás de su primo para ver.

—Cajas. ¡Cajas de vino! Un montón de cajas de vino. Cajas y más cajas.

—Déjame ver.

—Sal de detrás de mí y las verás a la perfección. Mira —dijo Daniel, y le acercó una de las botellas.

—¡Eh! Este es el vino que tomamos en casa. —Lo absurdo de la situación le provocó un ataque de risa—. Oh, discúlpame, por favor. Creo que aún estoy nerviosa. ¡No es más que vino! Y lo que pisaste el otro día debía de ser vino también.

—O sea que el vino que beben los Berrycloth se almacena en el caserón del Diablo. No me extraña que tu padre no quisiera decirlo en voz alta. —Los dos guardaron silencio durante unos segundos—. Pero es raro, ¿no? Quiero decir...

—Desde luego que lo es. Se supone que la casa está abandonada.

Myrtle tragó saliva.

—Imagino que podría preguntarle al señor Pickett por el sentido de todo esto. Solo que no me lo explicará.

—Pues debería —contestó Daniel con dureza—. Esto me huele muy raro, Myrtle. Y no acabo de entender qué relación guarda la casa con la muerte de Diana.

—¿Qué haces?

—Voy a coger un par de botellas. Por si acaso a alguien se le ocurre decirnos que estamos inventando tonterías. Y si no, siempre podremos bebérnoslas.

Salieron de la casa. El aire gélido en la piel del rostro le devolvió algo de serenidad, pero Myrtle estaba segura de que las manos le temblarían durante semanas. Lo hacían ostensiblemente cuando asió la de su primo y trepó al pescante del coche. Los pobres caballos, ateridos bajo las mantas, echaron a andar y pronto iniciaron un ligero trote.

—A lo mejor, Diana descubrió lo del vino y por eso la tiraron —estaba diciendo Daniel.

Sin embargo, aquello no tenía mucho sentido. Para empezar, porque Diana nunca hubiera hecho algo tan absurdo como colarse en una casa maldita.

—Bueno, tú tampoco lo habrías hecho hasta hoy —señaló Daniel, y ella tuvo que darle la razón.

—Busquemos a Molloy. No va a poder ayudarnos, pero al menos lo liberaremos de las zarpas de Roy Relish.

—Mmm. Apenas conozco a ese Relish. Pero confieso que siempre me ha dado repelús.

—¡A todo el mundo le da repelús ese hombre! Y nadie sabe por qué. Debe ser cosa del instinto. Que nos damos cuenta de que algo no anda bien en él, sin saber qué es ese algo. He leído artículos al respecto, en los periódicos de Livingstone.

—¡Livingstone! —suspiró Daniel—. Me pregunto por qué tendrá que aparecer en tantas conversaciones.

—¡No se lo digas! Se creerá que no hacemos más que pensar en él.

El coche avanzaba en medio del silencio por las calles desiertas. Los cascos de los caballos y las ruedas crujiendo sobre la nieve eran lo único que se escuchaba, y el ambiente en blanco y negro y la mención a Relish fueron ensombreciendo el ánimo de Myrtle. Cuando el coche se detuvo frente a la casa, inspiró hondo y se encontró con una especie de tapón en la garganta que le impedía respirar. De un segundo al siguiente se le habían llenado los ojos de lágrimas; las navidades pasadas, Diana salió a recibirla a la puerta y Myrtle le regaló un pastel de fruta que había cocinado aquella misma mañana. Hoy, quien saldría sería su hermano Roy, que los observaría con esa cara suya que era como un pescado, antes de ir a buscar a Molloy.

Se le puso la piel de gallina.

Cuando Daniel tiró de la campanilla, casi deseó que no saliera nadie a abrir. Y luego, durante un rato demasiado largo, temió que, en efecto, no fuera a abrir nadie.

—Qué raro. Dijo que comería aquí, y no es muy tarde.

—Lo mismo es ese Relish que no quiere abrir la puerta. —Daniel entrecerró los ojos—. ¿Se oye algo? ¿O es el condenado viento otra vez? Pero ahora estamos aquí fuera y no hay corriente, ¿no has oído nada tú, Myrtle?

Ella no estaba segura. Volvió a tirar de la campanilla. Volvieron a esperar.

—Aquí no hay nadie —dijo, y arrugó la nariz—. ¿Qué hacemos?

—¿Buscar en otro sitio?

—Pero si no está aquí, estará en la posada, ¡y como comprenderás, no puedo ir a la posada a buscar a un hombre!

—Bueno, pues ya voy yo —contestó Daniel, como si lo que había dicho Myrtle fuera un galimatías absurdo—. Quédate dentro del coche. O regresamos.

Quizá regresar fuera más sensato. Molloy ya se había librado por sí mismo de las garras de ese espantoso Relish y ellos ya habían husmeado todo lo husmeable en el caserón del Diablo, así que, sí, regresar sería lo más lógico. Solo que ella se había hecho ilusiones de ver a Molloy, aunque fuera un ratito, y no quería confesar cuánto le fastidiaba no hacerlo; aunque, de todas las personas que la rodeaban, Daniel fuera probablemente el único que la entendería.

Su primo cerró los ojos un par de segundos.

—Si regresamos, nos molerán a preguntas durante toda la tarde.

—Lo harán de todos modos.

—¡Sí, pero si se hace muy tarde, no tendrán tanto tiempo para incordiarnos! Y con un poco de suerte ese plasta de amigo vuestro, el señor Corrigan, se habrá marchado ya.

Así que, después de dar un par de vueltas por donde no era, se plantaron ante la posada y Myrtle se quedó dentro del coche, espiando por detrás de la cortinilla. Daniel se apeó de un salto y el tiempo transcurrió con lentitud. Con exasperante lentitud. Tanta que empezó a entrarle modorra. Por suerte, se le pasó de golpe, en cuanto descubrió que su primo iba corriendo seguido de un hombre grande de aspecto vulgar y tres señores mayores que trataban, a duras penas, de no quedarse atrás. Al ver la cara de pasmo de Daniel, Myrtle pensó que lo estaba persiguiendo.

Saltó elegantemente del coche, y estaba a punto de exigir a aquellos individuos que dejaran en paz al sobrino del señor Berrycloth cuando su primo le gritó:

—¡Tenemos un problema enorme, Myrtle! ¡Hay que volver donde Relish!

—Pero ¿qué ocurre?

—¡Monten en el coche! —gritó el hombre vulgar—. ¡King, conduzca usted! El joven y yo iremos corriendo.

—¿Y la señorita? —preguntó el tal King, y Myrtle, que ya se temía cuál iba a ser la respuesta, se apresuró a subir de nuevo y se hizo fuerte en el asiento.

—¡Si yo no voy, el coche se queda aquí! —exclamó, y fue muy agradable escucharse a sí misma dando órdenes tan bien dadas, y que los caballeros obedecieran sin quejarse.

—En tal caso, yo montaré con King en el pescante. ¡No, Stanley! Los tres no cabemos ahí arriba. ¡Monta con la señora, con su permiso, y le explicas el estado de las cosas!

Al tal Stanley no le hizo ninguna gracia imponer su presencia a Myrtle, y se deshizo en disculpas. Ella le sonrió.

—No, se lo ruego; parece que nos encontramos en una situación desesperada. Soy la señorita Myrtle Berrycloth, ¿cómo está usted?

—Julian Stanley. Tanto gusto, señora. —Stanley se aclaró la garganta—. Bien, intentaré informarla a usted del problema al que nos enfrentamos, pero no sé cómo haré para evitar...

—¡Oh, no, al contrario! Por favor, no me evite usted nada. Lo que no me cuente ahora lo hará más tarde mi primo, y le aseguro que es un joven con muy poco tacto, señor.

—¡Su primo de usted! Cierto, ¡qué tonto! Si ya nos lo dijo el joven; ustedes dos y el capitán, todos son primos. De acuerdo. En fin, supongo que, siendo usted familia... Conste que yo desconocía el parentesco.

Myrtle no hizo nada por desmentir al granuja de Daniel; y Stanley, todavía no muy convencido, empezó a hablar con rapidez:

—El señor Collins había organizado una agradable partida de cartas para después del té, a la que iba a unirse el capitán Molloy. Al parecer, el capitán estaba invitado (eso mismo nos dijo

anoche, lo recuerdo a la perfección) a comer en casa de un tal Roy Relish. Estaría de vuelta a tiempo para el té. Nos lo prometió, y, dígame, ¿quién puede dudar de la palabra de un militar británico? Y menos de su puntualidad. Sin embargo, Molloy no se ha presentado. «¡Qué extraño!», hemos comentado.

—Señor Stanley, me temo que deberá usted abreviar. Estamos muy cerca de nuestro destino.

—¿Ya? Diantre, los viejos siempre creemos que el tiempo pasa más despacio. En fin, por no aburrirla, y por no demorarnos, después de todo lo que sucedió aquella noche aciaga...

—¿Qué noche aciaga? —preguntó Myrtle, y notó cómo se le secaba la boca al hablar.

De la forma más aséptica posible, Stanley le explicó lo de la espantosa amenaza pintada con sangre.

—¡Madre mía! —farfulló.

—En cuanto apareció su primo (Daniel, ¿verdad?) preguntando por Molloy, Collins lo tuvo más que claro. «Maldito Relish», (con perdón de la señora), «siempre he sabido que había algo raro», y cosas por el estilo.

El coche se detuvo de sopetón y Stanley, pese a su edad, descendió como un chaval, ayudó a Myrtle a hacer lo propio y le recomendó que no se alejara del coche.

—No sabemos qué vamos a encontrarnos ahí.

Por un momento, ella se quedó paralizada. ¿Sangre, vísceras, caballos muertos? ¿Diana arrojada desde lo alto de Gnarled Pike? ¿Cuándo demonios se había convertido el pueblo en semejante infierno de locos?

El hombre vulgar (Collins, dedujo) llamaba a gritos a Relish desde la puerta. Relish, como es obvio, no contestaba. Los tres caballeros, armados con bastones, comenzaron a golpear las ventanas, y eso pareció darle una idea a Daniel.

—¡Entraremos por la ventana! ¡Hay que romper el cristal!

—¡Bien pensado, joven!

Y aporrearon el cristal hasta que se resquebrajó por completo. Myrtle miró a su alrededor. Nadie se había asomado a ver qué ocurría, como si aquel fuera un espectáculo que se diera de forma habitual en el pueblo. Indecisa, volvió la vista al coche. Podía esperar dentro, como había sugerido Stanley tan amable. Así seguiría con la venda puesta en los ojos, como siempre en los últimos veinte años, y no tendría que enfrentarse con el horror, fuera lo que fuera que había ahí dentro.

Rígida como una marioneta cuyos hilos son accionados por una mano invisible, dio media vuelta y se asomó al interior del coche.

Carcajada, brillo, corte. Jadeo.

Ewart había dejado de gritar hacía un buen rato. En realidad, apenas notaba ya el dolor. Solo sentía la sangre que goteaba espesa, cada vez que el monstruo lo cortaba con aquel cuchillo tan

mal afilado pero tan brillante, que refulgía en medio de la oscuridad. El brillo era casi lo más aterrador de todo.

Lo habría sido, al menos, de no estar también la risa. Quizá, aunque Ewart lo dudaba, sobreviviera a aquel maniaco.

Carcajada, brillo, corte. Jadeo.

Tal vez tuviera suerte y la amnesia pudiera borrar al monstruo y a las heridas. Lo que no podría borrarle sería el sonido de aquella risa. Eso lo sabía porque se lo decían sus tripas.

Carcajada, brillo, corte. Jadeo.

Carcajada, brillo...

—¿Qué ocurre ahí fuera? —preguntó el monstruo, y se detuvo con el filo a escasas pulgadas de su piel.

Ewart, que se debatía entre la consciencia y la oscuridad, no le prestó atención. Bastante tenía con respirar.

—¿Qué demonios ocurre? ¡Maldita sea!

Abrió la puerta y la luz entró con timidez, o acaso con miedo, y entonces Ewart sí escuchó algo con claridad. Algo como un vaso que se estrellaba, y luego más y más vasos, y por un instante albergó un pellizco de esperanza que le nacía en algún lugar que el monstruo no había tocado ni conseguiría hacerlo nunca.

Pero entonces escuchó una voz que gritaba «¡Myrtle!», y el corazón le dio un vuelco.

No, por favor. Ella no.

—¡Vete! —logró susurrar—. ¡Vete de aquí!

El susurro se disolvió en el frío y la penumbra.

Capítulo 20

—¡Myrtle!

—Estoy aquí, ¡no puedo pasar por la ventana!

Daniel, que acababa de abrir la puerta desde el interior, salió y le soltó el bajo del abrigo, que se le había enganchado en uno de los picos del cristal roto.

—Mejor entra por la puerta. ¿Qué rayos haces con eso?

—Nunca se sabe cuándo lo vamos a necesitar —contestó Myrtle, y entró corriendo en la casa, detrás de Daniel.

—Vamos a separarnos, y a ver qué encontramos.

—¿No prefiere refugiarse en el coche, señora? —preguntó Collins.

—No, lo cierto es que no, pero le agradezco la sugerencia.

Collins miró a Stanley, y el caballero se encogió de hombros.

—Yo puedo ir con los jóvenes —fue todo cuanto dijo.

—¿Planta de abajo para nosotros? —preguntó Daniel.

—Mejor planta de arriba.

Tal vez nadie en el pueblo conociera la casa de Diana mejor que ella (salvo Jennet, claro), pero, con todo, Myrtle solo la conocía de manera superficial. En la planta superior había cuatro habitaciones: la de Roy, en la que nunca habían puesto un pie; la de Diana, pequeña y sombría, porque la única ventana que tenía solía estar siempre cerrada; una habitación al final del pasillo, que había pertenecido a los padres y que Myrtle había visto una o dos veces; y otra más, justo al lado, que había ocupado la niñera que crio a los hermanos hasta que Roy pudo hacerse cargo de Diana, y que olía a cera y lavanda.

—¿Dónde? —preguntó Daniel en voz baja.

No hizo falta que le contestaran. La puerta de la habitación de Diana se abrió de sopetón y allí apareció, como un ser de ultratumba, Roy Relish, cubierto de sangre y empuñando el cuchillo más grande que Myrtle hubiera visto jamás.

Al principio, no supo cómo reaccionar. ¿Qué se supone que debería hacer una joven como

Myrtle Berrycloth ante un demente que se abalanza sobre su primo gritando que iba a matarlos a todos? Pues lo mismo que cualquiera en su lugar: chillar hasta quedarse ronca y esforzarse por no volverse una demente ella también o, peor aún, desmayarse y quedar a merced de semejante bestia. Daniel se agarró a Roy, y Roy se agarró a Daniel, sin soltar el cuchillo, mientras Stanley le propinaba bastonazos en la espalda y Collins y los demás galopaban escaleras arriba, cada cual a su ritmo. Roy consiguió librarse de Stanley, que tropezó con sus propios pies y fue a caer sobre la barandilla, con más cuerpo fuera que dentro.

De alguna forma, Myrtle logró agarrarlo y devolverlo de nuevo a la seguridad del suelo firme, admirada de sus inesperados reflejos, y tuvo tiempo de devolver, con un gesto de la barbilla, el apasionado agradecimiento de Stanley, más pálido que un fantasma.

Pero Roy había conseguido reducir a Daniel, y Collins aún tardaría unos preciosos segundos en plantarse donde ellos. Así que Myrtle, que seguía sin ser muy consciente de lo que hacía, levantó la botella de vino que había recogido del coche antes de entrar y la descargó, con toda la fuerza que fue capaz de reunir, en la nuca de Relish.

El malvado la miró antes de poner los ojos en blanco y perder la consciencia, y Myrtle supo que aquella mirada ya la acompañaría el resto de sus días. Pero eso lo concluyó un poco después, porque una vez que comprobó que Daniel estaba a salvo, no tardó ni medio segundo en seguir el ejemplo de Relish y desplomarse a su lado.

—Por todos los...

Ewart, que había pasado un año y pico en Crimea rodeado de soldados, mercenarios y chusma de lo más pintoresca, reconoció que los juramentos de Collins se llevaban la palma. De hecho, cuando vio la resplandeciente calva del tabernero asomando por la puerta y diciendo que todo estaba bajo control, pensó que aquel era el tipo más encantador y amable que había tenido ocasión de conocer, y deseó que su familia, fuera cual fuese, tuviera suficiente fortuna como para cubrirlo de oro el resto de sus días.

Pero eso fue después de que el hombre le asegurara que Myrtle estaba bien, solo un poco traspuesta, «menos mal que no quiso quedarse en el coche, pero creo que no hay de qué preocuparse», y prometiera que aquel tarado de Roy Relish, o Daeton, o como demonios quisiera llamarse, estaba atado, y bien atado, en el suelo, con la crisma rota, y que allí se iba a quedar hasta que alguien se lo llevara. Aunque, si fuera por él, «bien podrían arrojarlo al mar, para que parezca que él mismo se tiró montaña abajo desde Gnarled Pike», y aquel fue un momento especialmente doloroso.

—¿Cree usted que será capaz de incorporarse, Molloy?

Ewart creía que no, que lo mejor sería quedarse allí tumbado para siempre, pero algo así había dicho cuando lo recogieron en la montaña de Crimea, y luego había resultado una buena idea que se lo hubieran llevado. Así que se limitó a gruñir y permitió que lo ayudaran. Cuando Myrtle

entró en la habitación, intentó poner cara de «aquí no ha pasado nada», hasta que el dolor penetró de nuevo, con toda violencia, y no pudo más que resignarse y esbozar media sonrisa.

—¡Ewart! —exclamó la joven, y corrió hasta él y lo rodeó con los brazos—. Dios mío, pero ¿cómo ha podido suceder todo este... todo este horror?

Se echó a llorar, y se dio cuenta de que también él estaba llorando (un poco, y de forma muy discreta, claro). Y así seguían, abrazados y en silencio, porque no había nada que decir, hasta que alguien llevó al médico; y después, entre Collins y Owen, el forzudo carnicero, se hicieron con Relish y acordaron encargarse de que no hiciera más maldades.

—Con su permiso, señorita Berrycloth —dijo el doctor Salcombe, y trató de apartarla con suavidad.

El médico intentó disimular el impacto que le causaron sus heridas. Pero a Ewart lo que más le dolió fue tener que soltar a Myrtle. Le hubiera gustado decirle en ese momento que su abrazo haría por curarlo mucho más que cualquier pócima que le recetara el doctor, pero le pareció poco apropiado. Dejó que Daniel se la llevase y cerró los ojos para mantener el recuerdo de ella contra su cuerpo durante todo el tiempo que le fuera posible.

Cuando Myrtle y Daniel llegaron hasta la casa de los Berrycloth se miraron en silencio. Los dos estaban sucios de sangre; Myrtle, con la de Ewart; y Daniel, quizá, con la suya propia, aunque no estaba seguro. Por lo demás, tenían la cara tan pálida como si acabaran de regresar del infierno, cosa que no tenían muy claro que no hubieran hecho en realidad.

—Esta noche no voy a poder pegar ojo —susurró Myrtle—. No hago más que ver a ese horrible Roy Relish con el cuchillo en la mano y...

Se le quebró la voz y se echó a llorar. Daniel le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo contra sí, pero no se le ocurrió nada que pudiera ayudarla a superar semejante trance.

—Yo también lo veo —confesó—. Creía... creía que iba a matarme. Nunca había contemplado a nadie con esa expresión. He pasado mucho miedo. Ay, Myrtle, ¡menos mal que se te ocurrió coger la botella de vino! Me has salvado la vida, prima. Y a Molloy también. Nos has salvado a los dos.

—Pues espero no tener que salvar a nadie nunca más, la verdad —dijo, y se limpió la nariz con la manga de una forma que habría espantado a Nana.

No vieron llegar a Livingstone hasta que lo tuvieron encima.

—¡Oh, santo Dios! —exclamó horrorizado—. ¿Qué os ha ocurrido? ¿Habéis sufrido un accidente?

Tendió una mano para ayudar a Myrtle y miró a Daniel con ojos amenazadores. Pero ni él ni ella estaban de humor para aguantar sermones. Durante el trayecto habían acordado explicar lo que había ocurrido. Al padre de Ambrose le daría un ataque de ansiedad, o quizá se lo diera a todos, pero Nana sabría tratarlos uno después de otro.

—Si no hubiéramos andado callando las cosas —había dicho Myrtle—, a lo mejor nada de esto se hubiera producido nunca.

Y Daniel se había mostrado de acuerdo. De hecho, a partir de ese momento, él desarrolló una tendencia casi obsesiva por mostrarse de acuerdo con Myrtle, dijera lo que dijera ella. De haber vivido en otra época, se habría convertido en su escudero.

Media hora más tarde, los dos primos terminaron de contar su historia y, tal y como Myrtle había predicho, su padre sufrió un ataque de ansiedad y fue prontamente tratado por Nana. Tryphena, que había empezado a hacer aspavientos, tuvo que frenarse en seco cuando vio que su tío necesitaba más atenciones que ella. Miró a su hermano con los ojos como platos, porque estaba más que acostumbrada a sus cuentos, pero Daniel no podía haberse inventado ese aspecto que traía. ¡Y Myrtle tampoco!

—Bueno, bueno —repetía Livingstone, que no sabía dónde meterse—. ¡Qué espanto!

Había intentado hacerlos callar en cuanto Myrtle llegó al punto en el que conocieron a Collins y los demás, pero la única que lo oyó fue la tía Hattie, que le recriminó su falta de curiosidad... ¡de humanidad, había querido decir!, y Livingstone no tuvo más remedio que guardar silencio.

Ambrose requirió una buena cantidad de sales (y una copita de brandy) para reponerse. Cuando por fin se serenó, pidió un poco más de brandy y fue entonces cuando hizo una declaración sorprendente:

—Ese vino que tanto apreciaste, cuñada, lo traía ese desgraciado de Relish de contrabando. Creo que ahora es el momento oportuno para confesarlo.

—¿Qué? ¿Vino de contrabando? —se escandalizó Livingstone—. Quiero decir... ¡señor Berrycloth, se lo ruego! Me temo que las emociones le están jugando una mala pasada.

—No, no, amigo mío, no intentes embaucarme. La verdad es que nunca consideré que estuviera haciendo algo malo, ¡es solo que siempre he preferido el vino francés al portugués, válgame el cielo! Sin embargo, comienzo a atisbar el alcance de mi deplorable crimen.

Myrtle, que había visto y escuchado bastantes cosas criminales aquel día como para cubrir el cupo de una vida entera, le pidió que se tranquilizara.

—Sí, Myrtle, querida, pero no puedo dejar de pensar que... ¡Oh, cielos, pobre Diana!

El silencio se apoderó del salón; y Ambrose, deshecho, se cubrió la cabeza con las dos manos. Fue Daniel el primero en atreverse a hablar.

—¿Qué tiene que ver Diana en todo este asunto, tío? ¿Estaba ella implicada en el contrabando?

—No, no. ¡Al menos, no que yo sepa! Lo que sí sé es que Relish vino una noche muy agitado, protestando sobre cosas que, en aquel entonces, no parecían tener mucho sentido. Cosas sobre dotes, herencias, dineros extraviados... ¡y reclamaciones! Creí entender que Diana quería exigir algo, pero me pareció poco decoroso preguntarle directamente. Al fin y al cabo, si hubiera querido contarlo, supongo que lo hubiera hecho. Y un par de semanas después ocurrió el accidente y...

Myrtle giró la cara para que nadie la viera llorar. Cerró los ojos. El accidente. ¿El accidente? En su cabeza resonaron las palabras de Collins. Tuvo la impresión de que ya nunca sabrían lo que le había ocurrido a Diana en realidad. O, al contrario, de que acababa de descubrirlo de una vez por todas.

Capítulo 21

La rama londinense de los Berrycloth emprendió el viaje de vuelta el día después de Año Nuevo, y la casa de los Berrycloth córnicos quedó extrañamente tranquila con su marcha. Ambrose había abandonado su costumbre de releer los periódicos, cada vez más mutilados, de los que los surtía Livingstone, porque temía encontrar algún artículo referido al «pirata Relish», como lo llamaba ahora, y pasaba el día entregado a profundas meditaciones que no compartía con nadie. Myrtle se dedicaba a mirar por la ventana, acordándose de Diana y de su John Abbott, mientras veía el cielo cambiar de color, llenarse y vaciarse de nubes, pasar del blanco al gris y luego al negro y, en ocasiones, revelar una o dos manchas de color azul. Su amiga había muerto antes de empezar a vivir, y en algún rinconcito de su corazón estaba convencida de que a ella le sucedería lo mismo; aunque, probablemente, de un modo mucho menos trágico.

Aquella mañana hacía sol y soplaba un viento gélido desde el norte. Myrtle, incapaz de sentarse un día más a contemplar cómo pasaba la vida ante sus ojos, le comunicó a su padre que iba a salir.

—Voy a ver a mamá —dijo.

Ambrose suspiró por toda respuesta.

Enfiló el camino del cementerio y, como de costumbre, no se encontró con nadie. Jennet, que había pasado a saludarla después de que se fueran sus tíos, le había contado que, en el pueblo, los ánimos estaban por los suelos.

—Vino una pareja de guardias desde Londres —le había dicho—. Metieron a Relish en un coche, atado de pies y manos, y el malvado no hacía más que repetir que él no había hecho nada. ¡Figúrate! Un espectáculo vergonzoso. Menos mal que los chicos del pueblo fueron tras él un buen rato, lanzándole verduras podridas. ¡Y alguna piedra, también! De buena gana le habría lanzado yo otra si mi madre no hubiera estado ahí para verlo.

—¿Dijo que no había hecho nada? ¡No puedo creerlo!

Nana había pronunciado una de sus sentencias y luego había agregado algo de la loca Dae, y de la sangre corrompida y demás, pero ni Jennet ni Myrtle le prestaron mucha atención y, de todas formas, Nana no hacía más que ir y venir por las habitaciones, como si fuera un alma en

pena, y era difícil seguirle la corriente.

El viento de cara le complicó el trayecto, pero se consoló pensando que la vuelta sería mucho más rápida. Cuando por fin llegó, estaba agotada y le costaba respirar. Caminó entre las lápidas, desconocidas algunas y conocidas las otras, pero no llegó hasta el final. Allí, a lo lejos, junto a la tumba de Diana, había un hombre con sombrero que miraba hacia el horizonte, y a Myrtle le dio un vuelco el corazón cuando constató que era Ewart Molloy.

Estuvo tentada de dar media vuelta sin hacer ruido, porque no sabía muy bien cómo enfrentarse a él. Recordaba el abrazo; aquel abrazo que los había mantenido unidos durante días enteros, aunque en el fondo solo hubieran sido unos segundos, o acaso unos minutos. Cada vez que, al cerrar los ojos, veía el rostro demente de Roy, se concentraba en los brazos de Ewart, en el olor de su piel y la sal de sus lágrimas, e incluso (a pesar de que no estaba segura de dónde terminaba la realidad y dónde comenzaba la fantasía) el sabor metálico de sus labios cuando la besó. El recuerdo la ayudó a conservar la cordura.

Sin embargo, no había vuelto a verlo. Su padre no parecía poder soportar el nombre de Molloy, y Nana le había aconsejado que lo dejara hasta que el pobre hombre se recuperase. Lo encontraba todo de lo más natural, claro, pero no sabía qué hacer con el pinchazo que le provocaba en las costillas.

Retrocedió un par de pasos. El ruido que pudiera haber hecho lo arrastró el viento muy lejos de allí; con todo, Molloy debió de darse cuenta, o a lo mejor fue casualidad y había elegido justo ese momento para irse. El caso es que la vio, y Myrtle solo pudo sonreírle. Levantó la mano con el bastón y le devolvió la sonrisa, y echó a andar hacia ella. Myrtle sintió una punzada cuando lo vio caminar como un viejo, a pasitos tan cortos y encogiéndose de forma tan obvia por el dolor. Quería preguntarle cómo se encontraba, pero a todas luces se hallaba tan mal que le parecería una falta de tacto imperdonable.

—Buenos días, Myrtle —la saludó y, por suerte, la voz era la misma de siempre.

—Señor Molloy. Quiero decir, Ewart. —Cerró los ojos—. Discúlpame. No sé cómo llamarte.

—Te daría la mano, pero me temo que me caeré si lo hago.

Abrió los ojos y vio en los de él un destello irónico, fugaz pero cierto, y tuvo que morderse la lengua para no reír.

—No importa. No sabía que iba a encontrarme a nadie aquí.

—He venido sin pretenderlo, la verdad. Se me estaba viniendo la casa encima, como quien dice, y he salido a dar un paseo. He elegido este camino como podía haber elegido cualquier otro, supongo.

—Qué coincidencia.

—Debe serlo. En fin... Estaba despidiéndome de la señorita Relish.

—¿Se marcha? —preguntó Myrtle, sobresaltada.

—Bueno, no me marcho hoy, pero sí cualquier día de estos. Se me hace duro seguir aquí. —Tragó saliva—. Vinieron a por Relish. ¿Lo sabías?

—Me lo contó Jennet. ¡Qué hombre tan espantoso! ¿Es cierto que iba gritando que era inocente? Me pregunto cómo se puede ser tan... tan...

—¿Perturbado? ¿Loco, demente, ido?

—¡No era un loco, sino un malvado!

Ewart se quedó en silencio durante un rato, observándola.

—No lo sé —repuso por fin—. El doctor Salcombe sostiene que estaba ido. Cree que tiene alguna perturbación extraña que le hace creer que es otra persona.

—¿Otra persona? ¡Qué tontería!

—Sí, a mí también me lo pareció, pero según el doctor, a algunos locos les ocurre.

—¿Como si fueran dos Relish? —preguntó Myrtle con escepticismo—. Bueno, el doctor Salcombe dirá lo que quiera, pero yo no me creo nada. ¡Diana nos lo hubiera dicho!

—¿Estás segura?

Iba a contestar que sí, pero ¿lo estaba? ¿Alguna vez había estado segura de algo que hubiera dicho o hecho Diana? Inspiró hondo y dejó escapar el aire por entre los dientes.

—Y hay algo más —siguió diciendo Ewart—. La historia esa sobre la vieja Dae. Algunos piensan que los Relish descendían de ella. Y que heredaron su... trastorno, fuera cual fuese. Según Collins, es imposible saberlo. En fin, quizá imposible, no; supongo que alguien podría rastrear las partidas de nacimiento y cosas de esas, pero ¿para qué? ¿Qué importancia puede tener?

—Bueno, al menos servirá para tener controlado a ese maldito Roy.

—A Relish lo colgarán en cuestión de días.

—Ah, ¿sí?

—Sí, pero la verdad es que no me apetece seguir hablando de ese tipo. ¿Quieres regresar conmigo?

—Sí. Si no te importa esperar un poco... Quiero ir a saludar a mi madre. Es nuestro primer encuentro del año. Suele ser difícil, ¿sabes? El primero del año, me refiero.

—Faltaría más.

Ewart se retiró con discreción, y Myrtle se agachó junto a la tumba de su madre. Pasó los dedos por la piedra helada.

—Tengo tantas cosas que contarte, mamá...

Ewart se dio media vuelta y caminó, despacio, hasta la salida del cementerio. Le costaba no mirar atrás, tanto como le costaba no creer que aquellos días no fuesen más que una pesadilla. Después de dejar la guerra. Después de recobrarse de lo de la pierna, y lo de la casi congelación. Quizá, al fin y al cabo, sí que tenía una especie de don para atraer la muerte. Menudo descubrimiento sobre uno mismo.

El viento le llevaba al aire fragmentos de la conversación de Myrtle. Se preguntó cómo haría

para seguir manteniendo una voz tan vibrante, tan poderosa, con lo que había visto. ¡Y con lo que había hecho! Creía que era una mujer a la que merecía la pena conocer más a fondo, y estaba dispuesto a intentarlo. Pero, antes, tenía que volver a Irlanda. Tenía que descubrir si existía alguien más en su vida; era lo justo, tanto para esa persona desconocida como para la propia Myrtle. ¡Por no hablar de él, desde luego!

—Ya podemos volver —dijo Myrtle a sus espaldas.

—Ah. No te había oído.

—Así que te marchas, ¿no es eso? Estarás cansado de este pueblo. ¡Este pueblo de locos! —Le pareció que su voz sonaba un poco más apagada, un poco más desesperada—. No me extraña, yo también lo haría. ¡Es más, ojalá pudiera marcharme contigo!

—¿De verdad?

—Quiero decir, ¡no contigo, claro, qué escándalo! Me refiero a que nunca he salido de aquí, de este pueblo. ¡Si hasta la pobre Diana había estado en Plymouth! Aunque, teniendo en cuenta de lo que le valió, casi habría sido mejor que se hubiera quedado.

—No lo sé —dijo Ewart, y Myrtle lo miró con ojos de horror—. Puede que fuera el único momento de su vida en el que vivió de verdad. Allí fue donde conoció a Abbott, y gracias a eso pudo soñar con tener un futuro. Ojalá hubiera podido cumplirlo, por supuesto, pero... De haber podido elegir, no creo que hubiera preferido una vida condenada a servir a su hermano.

—No lo había pensado.

—Es difícil, de todas formas.

—Como la elección de Aquiles.

Ewart se detuvo.

—Sí, exacto. ¡Como la elección de Aquiles!

Sacudió la cabeza. Acababa de recordar a Aquiles sin que mediara ningún espanto. ¿Estaría empezando a recuperar la memoria sin darse cuenta?

—A mí también me gustaría ver un poco del mundo. O aunque fuera, un poco de Inglaterra. ¡Caras nuevas, que no haya un Livingstone o una Jennet cada vez que doy media vuelta! Caminos que no me dejen elegir solo entre el cementerio o la mercería o la iglesia, ¡estoy segura de que merece la pena descubrir qué hay diez millas más allá! Aunque solo me sirva para convencerme después de lo a gusto que estoy en mi casa.

Myrtle volvió la cara, pero él había visto cómo le brillaban los ojos. La cogió de la barbilla y, con suavidad, la obligó a mirarlo.

—Hay un mundo que merece la pena descubrir, y algún día podrás hacerlo. Me... humm, creo que a mí me gustaría mostrártelo, pero todavía es un poco pronto para saberlo.

Myrtle pestañeó, nerviosa.

—¿Qué quieres decir?

—Todavía nada, me temo. Primero tengo que descubrir quién soy, y luego, si considero que hay algo que pudiera gustarte a ti, volveré y lo compartiré contigo.

—Ya sé cómo eres.

—No, Myrtle. Ni yo mismo lo sé. —Venciendo sus escrúpulos, le retiró un mechón de pelo que le rebotaba contra la mejilla, empujado por el viento—. Podría ser un tahúr que ingresó en el ejército para huir de sus acreedores.

—No tienes pinta de tahúr —protestó ella, y Ewart rio entre dientes.

—¿Conoces a muchos?

—¡A ninguno! Bueno, al menos sé que no eres como Livingstone.

—Supongo que debería contentarme con eso. Sin embargo, podría haber otras cosas.

—Podría haber una señora Molloy, quieres decir.

En labios de ella sonó más duro de lo que lo había hecho en su cabeza, pero solo pudo asentir.

—Serán unas pocas semanas. En cuanto los barcos vuelvan a zarpar regresaré a Irlanda. Te escribiré, ¿querrás que lo haga? Te hablaré de mi viaje, de la travesía por mar, de los pueblos que atravesaré, los campos. De toda la lluvia que me caerá encima y todos los charcos de barro que iré pisando. Y si veo algún caserón encantado, huiré corriendo al pueblo siguiente.

—No sé si podrás correr muy deprisa —dijo ella; y aunque en seguida pareció arrepentirse, Ewart dejó escapar una carcajada.

—Todo lo deprisa que pueda.

—Y yo me quedaré esperando aquí. Supongo que es lo que les toca a las mujeres, ¿eh? Esperar a que vuelvan a por ellas.

—Bueno, no sabría decirte. A mí me habría tocado acudir en tu auxilio y fuiste tú la que le abrió la crisma a Relish de un botellazo.

Myrtle se rio por fin, y Ewart la atrajo hacia él. Le gustaba sentirla así, tan cerca, sintiendo su calor y aspirando su olor a miel y a pan tostado. Pero no se lo dijo. No podía permitirse crear expectativas, por si acaso. Por el bien de ambos.

La acompañó hasta su casa. Podría haberla dejado más lejos, si ella se lo hubiera pedido; ya no creía que fuera necesario seguirla desde la distancia, como había hecho dos o tres veces, para asegurarse de que el loco misterioso no la estuviera rondando. Pero Myrtle quiso que la acompañase y que entrase después a saludar a su padre, que se había quedado muy afectado por los terribles sucesos, como decía él.

—Papá, tenemos una visita —anunció Myrtle desde la puerta. Se volvió hacia Ewart—, a mi padre le aterran las enfermedades, las heridas y el sufrimiento, así que no levanta cabeza desde que se enteró de lo que había pasado. Le disgustan mucho esas cosas.

—Desde luego. Como a todo el mundo.

Myrtle puso una cara rara, como si acabara de escuchar una sorprendente revelación.

—Bueno, sí, pero él se lo toma como muy a pecho.

Un tipo aprensivo, como había sospechado nada más conocerlo. Pero uno no puede vivir al servicio de sus emociones, por más intensas que estas sean, o directamente dejará de vivir. Sin embargo, aunque lo pensó, no le dijo nada a Myrtle.

—Papá... ¡Oh, Livingstone! —¿Otra vez ese individuo? Si no tenían cuidado, acabaría trasladándose allí—. ¡Con la de tiempo que hacía! ¿Cómo te encuentras?

Era imposible, pensó Ewart, que aquel Corrigan no detectara la tirantez en la voz de ella. Aun así, lo hiciera o no, saludó a Myrtle con jovialidad e incluso se acercó a darle la mano a él. Quizá le tuviera lástima, ¡qué horror! Con lo poco que le gustaba a Ewart inspirar pena en los demás, y tener que causársela justo a ese individuo.

—Señor Molloy, ¿qué tal está usted?

Pero no se lo preguntó como se le pregunta a alguien que ha estado a punto de ser cortado en pedazos por un loco, sino, más bien, como a un viejo conocido al que hace mucho que no veía. Ewart contestó que «de maravilla, gracias, usted qué tal», y luego se dirigió al señor Berrycloth, que los observaba con niebla en la mirada. Quizá temía que se pusiera a narrar sus desgracias en voz alta. Si era por eso, que no se preocupara. Esperaba tener suficiente sentido común como para no violentar al delicado Ambrose.

Le escamaba, no obstante, descubrir que Corrigan demostrara tan buen humor, y llegó a preguntarse si no lo habría juzgado mal.

—Hacía siglos que no pasaba por aquí. Le he traído el *Daily News* a tu padre, Myrtle.

—¡Qué amable!

—Myrtle, querida, por fin la cocinera ha preparado pastel de ruibarbo. ¿Le apetecerá al señor Molloy quedarse a comer?

La invitación le extrañó tanto que no contestó. Miró de soslayo a Livingstone, para observar cómo reaccionaba, pero este seguía manteniendo la misma expresión satisfecha. Myrtle, en cambio, sonrió de oreja a oreja y respondió en su nombre.

—Seguro que estará encantado, ¿verdad, señor Molloy? El pastel de ruibarbo de nuestra cocinera, además, es absolutamente célebre, ¡al menos en esta casa!

Los labios de Myrtle sonreían como siempre los había visto sonreír, pero sus ojos permanecían apagados. Un poco como los de su padre. Si había sido él el causante, lo lamentaría mucho, pero ¿acaso podría haber hecho otra cosa? ¿Promesas que luego no hubiera podido cumplir? ¿No había dicho Myrtle que apreciaba la sinceridad, su sinceridad?

«Aunque las cosas no duelen menos por el mero hecho de ser sinceras», se dijo.

Corrigan no paró de hablar durante la comida. Incluso estuvo perorando sobre geografía irlandesa y, de cuando en cuando, le lanzaba miraditas inquisitivas que Ewart a veces podía ignorar y a veces no.

—Se ha convertido usted en todo un experto —dijo en cierto momento.

—Oh, podría decirse que sí, porque tuve la suerte de toparme con un entretenidísimo libro de viajes, *Mis días en Irlanda*, se titula; ¿lo conoce usted? Es de un tal... vaya, no recuerdo el nombre. Me ha venido bien para ponerme al día.

—Me temo que no lo conozco.

—Sí, entiendo que sea así. Me refiero, ¿para qué iba un irlandés a leer un libro sobre Irlanda?

—El señor Molloy es angloirlandés, Livingstone, y eso que acabas de decir es una tontería. ¿Por qué no iba uno a poder leer libros sobre su propio país?

Livingstone arrugó la frente, molesto por el comentario de Myrtle, pero siguió hablando como si nada. Cuando ya llevaba recitados diez pueblos, catorce villas y tres condados, Ambrose Berrycloth le suplicó que hablara de otra cosa.

—Es sin duda fascinante, amigo, pero a mi hija no le interesa el extranjero y al señor Molloy lo estás aburriendo al referirle sitios que, con toda probabilidad, ha visitado ampliamente.

Myrtle dejó caer que a ella sí le interesaba saber de otros lugares, pero que preferiría verlos por sí misma o, en todo caso, leer ella el libro.

—Es muy aburrido cuando te cuentan un libro.

—Bueno, ya que dudo que vayas a poner un pie jamás en semejantes tierras, sin ánimo de ofender, señor Molloy —Ewart aseguró que no se ofendía—, ya te prestaré mi ejemplar. Cualquier persona puede leerlo, la verdad. Te lo traeré un día de estos. Y, hablando de todo un poco, ¿cuándo tiene intención de regresar a su hogar, señor?

Myrtle suspiró; fue un suspiro tan leve que cualquiera que no hubiera estado pendiente de ella no habría llegado a escuchar, pero Ewart lo oyó como si fuera un trueno.

—El día menos pensado. Los barcos podrán salir pronto a navegar, según tengo entendido.

—No sentirá usted tener que irse, me atrevería a decir.

—Se atreve a decir demasiado, me temo —contestó con frialdad.

—No tenga prisa entonces. Hay unas cuantas excursiones que pueden emprenderse desde la zona y que yo no tendría inconveniente en mostrarle. Incluso podría acompañarlo, si le interesa.

Myrtle dejó caer el tenedor.

—¡Oh, lo siento! Livingstone, ¿de qué excursiones estás hablando?

—Bueno... —miró hacia los lados, y a Ewart le pareció que le tembló un poco la voz al contestar—, de sitios a los que uno puede ir, y estar, y ver un poco.

—¡Nunca te has ofrecido a llevar a papá de excursión!

—¿Y qué importa, Myrtle? Es lo menos que podemos hacer por el señor Molloy, ¿no crees? Que se lleve algún recuerdo hermoso del pueblo.

Como ninguno supo qué contestar, todos guardaron silencio y apenas volvieron a comentar nada más hasta después del postre.

A eso de las cinco, para no tener que quedarse a tomar el té, Ewart anunció que tenía que irse. Myrtle lo acompañó hasta la puerta.

—Has estado muy callada —le dijo, y Myrtle sonrió con tristeza.

—No sé qué tramará este Livingstone, pero seguro que no es nada bueno. ¡Mostrarse amable contigo, con lo desagradable que había sido hasta... hasta ayer!

—Bueno, en cierto sentido, se lo agradezco. —Se acercó un poco más ella y vio cómo se le dilataban las pupilas—. Aunque se equivoca en muchas cosas. Me llevo conmigo un recuerdo de lo más hermoso.

—Ahora que podríamos haber aprovechado para conocernos mejor —dijo Myrtle—. Ya sé que estarás pensando que soy una descarada, pero ¡de verdad que esperaba que pudiéramos llegar a ser buenos amigos!

Se mordió el labio y apartó la vista, lejos de él, lejos de las paredes de la casa, buscando hacia un punto que solo ella era capaz de ver. Había pensado en pedirle un mechón de cabello, un mechón ensortijado que oliera a dulce, como ella, pero le daba miedo. Miedo por si tuviera que devolverlo después, ¿no sería como una ofensa?

—Vendré a verte por las tardes, aprovechando que mi buen amigo Corrigan estará aquí sin falta. Y te hablaré de... humm, me pregunto de qué podría hablarte. ¡Oh, de Collins, sin duda! Tiene una manera muy peculiar de servir la ginebra, ¿te gustaría escucharlo?

Myrtle se rio, a su pesar.

—Lo cierto es que no. Puedes hablarme de Crimea, si quieres. He ahí un sitio que nunca veré con mis propios ojos, aunque a lo mejor Livingstone me encuentra una guía.

—Parece un tipo muy competente. Está bien, te hablaré de mi viaje de vuelta, pero no de cuando fui en barco. Me temo que pasé todo el trayecto mareado y fue bastante desagradable. Aunque imagino que para el resto de los pasajeros sería más desagradable aún ver a un hombre como yo de lado a lado con la cara de color verde. Estarían convencidos de que soy un borrachín pendenciero.

—De acuerdo. Ven cuando quieras. Es decir, a no ser que prefieras irte de excursión con tu nuevo amigo.

—Me lo pensaré. Cuídese, señorita Berrycloth.

—Lo haré. Hasta la vista, señor Molloy.

Capítulo 22

Livingstone tuvo más suerte que ella (aunque quizá apelar a la suerte estuviera un poco fuera de lugar) y consiguió robarle al capitán en tres ocasiones. Hasta el último momento, Myrtle había confiado en que su vieja amistad, a la que él aludía cuando le iba bien, le otorgaría un hueco en las distintas expediciones, pero Livingstone, simplemente, no cayó en invitarla.

El resto de los días, Molloy cumplió y fue a visitarlos casi todas las tardes. Ambrose llegó a comentar, incluso, cuánto le extrañaba que aún siguiera en el pueblo. Enero iba tocando a su fin y los barcos habían reanudado sus travesías hacía tiempo, según le habían informado (Myrtle suponía que Livingstone; ¿quién, si no?).

—Me pregunto si no habrá algún asunto que lo retenga. Si yo fuera él, me habría ido hace tiempo.

—Está visitando nuevos sitios con Livingstone. A lo mejor quiere borrar la mala impresión que le dejó todo lo de Relish.

Su padre hizo como que no había oído esto último. Seguía teniendo la mirada del color de un cielo plúmbeo y le estaba costando recobrar el buen ánimo. Myrtle, a decir verdad, no estaba haciendo gran cosa por ayudarlo, pero es que a ella también le estaba costando lo suyo no hundirse.

«Ya tendré tiempo», pensaba, «cuando Molloy se marche de una vez por todas».

Sin embargo, espantar los nubarrones no era tan fácil. Tampoco entendía por qué tenía que afectarle tanto. Un par de meses antes ni siquiera había sabido de su existencia. ¿Y qué que tuviera tanto que ver con aquel falso Abbott que había jugado a imaginar cuando Diana vivía aún? ¿Y qué que fuera la única persona que no la mirase como un bicho raro cada vez que ella tenía una de sus ocurrencias? ¿Y qué que cuando estuvieran juntos pareciera que podían seguir hablando durante horas y horas, o que no hiciera más que recordar el momento en el que él le había acariciado el pelo y fuese como si aún le quemara el roce de sus dedos en la piel?

—Creo que viene alguien, querida —dijo su padre, y Myrtle aguzó el oído.

—Sí, suena como Jennet subiendo de dos en dos los escalones.

—Yo habría dicho que suena más bien como un caballo desbocado, así que deduzco que tienes

razón.

—¡Myrtle, Myrtle! ¡Ni te imaginas qué! ¡Oh! Buenos días, señor Berrycloth. ¿Cómo se encuentra?

—Buenos días, Jennet —dijo Ambrose—. Lo cierto es que me encontraba bien hasta hace un minuto, cuando esta entrada tuya tan impetuosa me ha puesto los pelos de punta. Ojalá no nos traigas una de esas noticias tuyas tan demoledoras.

Jennet abrió mucho los ojos, desconcertada, pero estaba muy contenta como para prestarle demasiada atención.

—Se trata de una noticia increíble.

—Que el cielo nos ayude.

—¡No, no! No es nada terrible, se lo aseguro, señor Berrycloth —dijo, y extendió la mano para que pudieran ver el anillo que centelleaba en su dedo—. ¡Frederick me ha pedido que me case con él! ¿No es estupendo?

—¡Caramba! —exclamó Ambrose, alegrándose de corazón—. Enhorabuena, Jennet. Es una noticia feliz, porque dudo que una boda pueda desatar una catástrofe.

Myrtle, a quien se le había nublado la vista durante unos segundos, fue capaz de ponerse en pie y abrazar a su amiga y felicitarla de forma bastante convincente, sin que la sonrisa se le curvara hacia abajo y sin que le temblara la voz. Por dentro, solo veía sombras.

—¡Cuánto me alegro por ti, Jennet! Y por Frederick, claro. Hacéis una pareja maravillosa.

Y no estaba mintiendo. Sabía que algún día se alegraría por ella, algún día en el que el recuerdo de Molloy estuviese lo bastante lejano y las sombras se hubieran disipado por completo, y se hubiera convencido, por fin, de que estar sola no podía ser tan terrible, al fin y al cabo.

Jennet, por suerte, no necesitaba que le dieran conversación. ¡Tenía tantas cosas que contar acerca del adorable granjero Frederick! De cómo se había presentado la tarde anterior, y había pedido permiso para hablar con sus padres, y de cómo había sacado el anillo delante de ella, y todo, ¡oh, todo!, había sido precioso, y luego se había quedado a cenar y ya era medianoche cuando tuvieron que echarlo de allí, porque no quería irse, ¡Jennet tampoco quería que se fuera!, pero su madre estaba cansada. Feliz pero cansada, y se despidió de él desde la ventana; y Frederick, que se giraba cada dos por tres para decirle «adiós».

—Vaya —acertó a decir Myrtle.

Y Jennet ya estaba cogiendo aire otra vez cuando sonó la campanilla de la puerta y tuvo que morderse la lengua, porque el señor Berrycloth había levantado la cabeza de golpe y se preguntaba quién sería a esas horas.

—Es una voz de mujer —dijo Jennet.

Poco después, Pickett, muy confuso, entró para anunciar la llegada de una dama.

—Es muy raro, señor. La señora viene buscando al señor Molloy, pero ignoro por qué ha venido aquí. Al parecer, alguien le ha dado esta dirección.

—¿Una señora? —preguntó Myrtle con la boca seca—. ¿No te ha dicho su nombre?

—Por supuesto que sí, señora: Daisy Molloy. ¿Le digo que pase?

—¡Daisy Molloy! —exclamó Ambrose, y se dio un manotazo en la frente—. ¡Ahora caigo!

Ewart se prometió a sí mismo que no volvería a salir de excursión con aquel pelmazo de Corrigan, y eso que aún no entendía por qué demonios se empeñaba en entretenerlo con tanto esmero. Porque saltaba a la vista que su intención no era congraciarse con él después de los «acontecimientos», como solía llamarlos cuando la conversación derivaba hacia allí (tampoco había sucedido con frecuencia). Si le hubieran preguntado, habría dicho que Corrigan estaba haciéndole perder el tiempo a propósito, y lo único que se le ocurría es que estuviese intentando mantenerlo lejos de Myrtle hasta que anunciara su partida.

Había una segunda explicación, y era que el tipo fuese un perfecto idiota.

Ewart no contemplaba más opciones, pero, fuera cual fuera, tenía claro que no iba a repetir. Se le resentía la pierna de tanto ir y venir, y le tiraban las heridas de los brazos y el pecho. Necesitaba descansar durante una semana entera, pero eso lo haría cuando hubiera dejado a Myrtle. Había tomado la decisión de marcharse al día siguiente, y pensaba mantenerse firme. Le dolería la despedida, pero quedándose no solucionaba el problema principal; y, además, aunque no se lo había contado a nadie, estaba empezando a recordar imágenes de su pasado. Una finca y un muro de piedra recubierto de musgo, y racimos de uvas colgando; una cruz y un sauce; lluvia, lluvia y más lluvia, y un riachuelo. Y un niño que correteaba junto al riachuelo y un anciano con un sombrero que le señalaba al cielo, y unos pájaros volando.

Quizá su regreso acelerase la recuperación. Para bien o para mal, tenía que volver cuanto antes.

—Caramba, parece que los Berrycloth tienen visita —dijo Corrigan—. Un coche de alquiler que se aleja, ¿lo ve?

Ewart lo distinguió —era casi imposible no hacerlo— y se preguntó quién sería, porque no había notado coches de alquiler en el pueblo. Corrigan apretó el paso, pero él no lo siguió. Por un lado, el visitante no le interesaba lo más mínimo y, por otro, no podía correr y mantener la dignidad al mismo tiempo, y no tenía ganas de ponerse en evidencia delante de aquel tipo.

—Adelántese usted, Corrigan. No se preocupe por mí.

Sin embargo, este masculló algo entre dientes y se refrenó.

—No, no. Entraremos los dos a la vez, faltaría más.

—No se moleste, de verdad.

—No es molestia. Todo lo contrario —dijo, y esbozó una sonrisilla.

Se oían voces en el piso superior. La vieja niñera de Myrtle se topó con ellos al pie de las escaleras, los saludó con una tosca reverencia y les pidió que subieran a reunirse con los otros. Corrigan no se fijó en la mirada feroz que les dedicó cuando pasaron por delante de ella, pero

Ewart sí lo hizo. Le dio la impresión de que a Nana no le faltaban ganas de echarlos a patadas de allí, y tuvo que reconocer que la comprendía. Myrtle llevaba muchos días apagada, y aunque su vanidad masculina debería haberse sentido recompensada, lo cierto era que lamentaba mucho ser la causa de su tristeza. Lo único que podía hacer para remediarlo, no obstante, era largarse y regresar tan pronto como pudiera.

—¡Oh, vaya! No sabía que tuvieran visita —dijo Corrigan en voz alta, y aunque a Ewart podría haberle sorprendido su falsedad, no lo hizo.

En el salón reinaba el silencio. Cuando Molloy entró, lo primero que hizo fue buscar con la mirada a Myrtle, como de costumbre. Se encontraba de pie, muy tiesa, junto al sillón de su padre; al otro lado estaba su amiga, Jennet Allen. Le sonrió, pero Myrtle apenas desplazó los ojos de la figura de la recién llegada, lo observó un segundo o dos, y volvió a mirar a la mujer.

Entonces, esta se giró y miró al capitán con una sonrisa temblorosa en el rostro.

—¡Ewart! Oh, gracias a Dios. ¡Aquí estabas!

Corrió hacia él; a Molloy le dio el tiempo justo para abrir los brazos y no verse arrollado. La mujer empezó a llorar, con la cara enterrada en su hombro, mientras le pasaba una mano por la espalda como para comprobar que realmente estaba allí, que no era una aparición.

—Ewart, cariño. —Se separó de él lo suficiente para poder contemplarlo a su antojo—. ¡Tenía tanto miedo de no volver a verte! Y los niños también. ¡Oh, Ewart, doy gracias al cielo!

Él, incómodo, tragó saliva y trató de sonreír. Era una mujer menuda, de unos treinta años, de cabellos rojizos y ojos verdes, y tenía un rostro fino y huesudo, pálido y húmedo de lágrimas. Buscó afanosamente en sus recién adquiridos recuerdos, pero no encontró. ¿Los niños? ¿Qué niños? ¿El niño que corría junto al riachuelo? ¿Quién era? ¿Su... hijo?

—Discúlpenme —dijo la mujer—. Ha sido todo tan emocionante. En casa estaban convencidos de que habías muerto, pero yo me negué a creerlo. Sabía que estabas vivo, Ewart. Pero... —Pareció darse cuenta entonces de que él no decía nada, que ninguna emoción le asomaba al rostro, que no parecía conocerla siquiera—. Entonces ¿es cierto? ¿Lo has olvidado todo? Querido, soy Daisy. ¡Daisy!

Y lo dijo como si aquel nombre tuviera que significarlo todo para él, como si supusiera la diferencia entre el cielo y la tierra; como si la memoria de Ewart tuviera que haberse abierto de sopetón al escucharlo.

Pero no. Ni su nombre, ni su rostro ni su olor. No había nada en ella que lo anclara al pasado. Sintió un estremecimiento. ¿Daisy era su esposa? Aquella desconocida ¿era la mujer con la que tendría que pasar el resto de su vida?

Suspiró abatido. Corrigan, muy solícito, se ofreció a buscarle una silla, y Ewart se dejó caer como un fardo. ¿Qué justicia habría para él, o para ella? Levantó la vista para mirarla de nuevo, y después se volvió hacia Myrtle, rígida y ausente, a unas yardas de él y a millas de distancia al mismo tiempo.

—Ya sabía yo que el nombre de Molloy me sonaba de algo —dijo Berrycloth con amabilidad

—. ¡Lo había estado viendo en el *Daily News* durante semanas! El anuncio de usted, ¿verdad, señora?

—Sí —contestó Daisy, y se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Sí, así es. Cuando el tiempo pasó, y Ewart debería haber vuelto, y nadie consiguió darnos noticias de él... Se me ocurrió poner un anuncio. Sabía que habías sufrido una ligera pérdida de memoria. ¡O eso me escribió aquel comandante Benson!: «Una ligera pérdida de memoria que irá solventándose con el paso de las semanas, siempre que se encuentre en un ambiente cómodo y tranquilo». Pero no había forma humana de seguirte el rastro, y alguien me sugirió que pusiera un pequeño anuncio en los periódicos cada dos semanas. Así que lo leíste, ¿eh?

—No. En realidad, no —respondió Ewart, sorprendido.

—¿No? Pues, ¿quién...?

—Me temo que fui yo —dijo Corrigan, que luchaba por mantener la sonrisa a raya y el flequillo al aire—. Quería haber mantenido mi participación en secreto, pero, dado el rumbo que han tomado los acontecimientos, me veo forzado a confesar. Al igual que a mi buen amigo, el señor Berrycloth, el nombre de Molloy se me hacía vagamente conocido. Fue pura casualidad que localizara yo el anuncio y no él, y me dije que no era sino mi obligación escribirle a usted, señora, y librar a su espíritu de la angustia que sin duda estaría padeciendo. —Se volvió hacia Ewart, con un gesto triunfante a duras penas contenido—. Me permití la libertad de facilitarle la dirección del señor Berrycloth, porque ignoraba cuánto tiempo se alojaría usted ahí, donde Collins. Espero no haberme tomado excesivas atribuciones.

—¡Oh, no, en absoluto! —dijo la señora Molloy.

Nana inspiró con fuerza y se colocó, como un ángel protector, detrás de Myrtle. Hubo un momento de silencio y alguien tuvo la feliz idea de ofrecer un refrigerio a Daisy. Quizá fuera la propia Nana.

—Deberíamos dejar solos a los señores Molloy —sugirió Corrigan—. Tendrán un buen montón de cosas que contarse.

—Sin duda —convino Ambrose—, pero, si te digo la verdad, Livingstone, considero que un té nos vendría muy bien a todos; a no ser que a la señora le moleste nuestra presencia.

—¡Cómo me iba a molestar! —dijo ella, y les obsequió a todos con una sonrisa amplia y sincera—. Con lo amables que han sido, ¡y no hay nada que Ewart y yo necesitemos comentar a escondidas!, ¿no crees, querido?

Él intentó corresponder a su sonrisa, sin mucho éxito. Tampoco se le ocurría qué contestar. Por suerte, la amiga de Myrtle anduvo más rápida que él.

—¡Qué estupendo reencuentro! Sin embargo, yo sí debería marcharme para ayudar a mi madre; adiós, señora, ha sido un placer conocerla. Myrtle, ¿me acompañas a la puerta? Adiós, señor Berrycloth, y señor Corrigan; se ha perdido usted la buena noticia, pero supongo que Myrtle lo pondrá al corriente en seguida. Señor Molloy, tengo un pequeño obsequio de despedida de mi Frederick para usted, pero me temo que lo dejé abajo, en el recibidor. ¿Sería tan amable de

acompañarnos un momento?

Aunque Molloy creía no conocer a ningún Frederick, se disculpó ante Daisy y siguió a la señorita Allen escaleras abajo. Un par de pasos por detrás, percibía la tristeza de Myrtle como si lo estuvieran apuñalando.

—Bueno, señorita Allen... —empezó a decir, pero ella lo cortó.

—Le ruego que me perdone; ni Frederick ni yo sabíamos que iba a marcharse todavía. Debo irme ahora; ¡adiós, Myrtle!

Dejó la puerta abierta tras ella y Ewart, un poco nervioso, invitó a Myrtle a salir.

—Nos vendrá bien el aire fresco, imagino.

Iba a añadir que la joven estaba muy pálida, pero le pareció una impertinencia. En el exterior, el viento frío le azotó la cara y tuvo que cerrar los ojos un instante.

—Si supieras cómo lamento que las cosas se hayan precipitado de esta manera.

Myrtle se aclaró la garganta y la voz le salió como un suspiro.

—El que más tiene que lamentar es Livingstone. Tomarse tantas molestias... Y ¿para qué, digo yo? Para nada, ¡para nada en absoluto! Antes solo me disgustaba, pero ahora lo desprecio.

Ewart no contestó. La intromisión de aquel tipo no había servido más que para acelerar las cosas; pero, de haber podido, le hubiera gustado hacer todo de alguna otra forma. Aunque, al final, el resultado hubiera sido el mismo.

—¿Quieres caminar un poco? —Myrtle lo miró sin ver durante dos, tres segundos, y luego echó a andar a su lado—. Sé que lo que voy a decirte no te servirá de mucho consuelo, como tampoco me sirve a mí. Pero, si no hubiera habido ninguna señora Molloy al otro lado del mar, habría vuelto a tu lado en cuestión de días. Habría vuelto para quedarme contigo, Myrtle, o para llevarte conmigo a Irlanda o hasta el fin del mundo.

—Lo entiendo —dijo ella—. En el fondo, no sé por qué debería ser de otro modo. Supongo que estas navidades han sido demasiado intensas para todos y a lo mejor por eso mi cabeza se puso a...

Paró de hablar. Los dos se dieron cuenta de que, si seguía haciéndolo, rompería a llorar. Ewart se frotó la cara con las manos.

—Qué demonios... No sé qué decir. No sé qué tipo de hogar me estará esperando. Ni siquiera sé qué clase de persona es Daisy. Es como despertarte de un sueño y descubrir que lo que estabas soñando era real.

Alargó el brazo para rodearla por la cintura, pero lo dejó caer.

—Es verdad —dijo ella—. Imagino que será duro para vosotros. No sé para quién será más complicado, y supongo que no tengo ningún derecho a quejarme. ¡Oh, menudo idiota!

Ewart parpadeó, pensando que se refería a él. Luego miró en la misma dirección que ella y descubrió a Corrigan, atisbando por la ventana.

—Será mejor que volvamos —dijo.

La detuvo antes de llegar a la puerta. Recordó que se había prometido no tocarla, no

acariciarla, no abrazarla. No hacer nada que pudiera sugerir una intimidad que (ambos lo sabían ya) carecía de futuro.

Pero lo olvidó todo.

—Myrtle —susurró, y cuando ella miró hacia arriba le sujetó la barbilla para atraerla hacia él.

Myrtle cerró los ojos. Había esperado que no lo hiciera, pero, en realidad, tampoco habría cambiado mucho las cosas. Acercó los labios lentamente a los de ella, aspiró su olor y notó el calor que desprendía su piel. Oyó su suave respiración a través de la boca entreabierta, y luego se fundió en el sabor dulce de su lengua al besarla.

Cuando Myrtle subió las escaleras de nuevo, se sentía en mitad de un remolino. ¿Qué había ocurrido? Solo se habían besado, y tampoco había sido un beso muy largo, ¿o sí? ¿Había durado un par de segundos o un par de horas? No tenía ni idea. Lo único que sabía era que, a partir de ahora, dividiría su vida en dos: lo que había sucedido antes del beso de Molloy y lo que sucedería después del beso de Molloy. Todavía notaba la piel en llamas y los labios hinchados, deliciosamente hinchados, latiendo como si obedecieran a un pulso diferente del resto del cuerpo.

¿Y acaso era justo que luego de semejante descubrimiento tuviera que renunciar a Ewart solo porque este había cometido el error de casarse con aquella mujer antes de conocerla a ella?

Había considerado la posibilidad de unirse a los demás en el té, pero, en el último momento, vaciló y prefirió irse a su habitación, a estar a solas con el nudo de la garganta, la sal de sus lágrimas y el recuerdo del beso. Molloy se despidió heroicamente de ella en lo alto de las escaleras, y Myrtle corrió a tumbarse en la cama, decidida a vivir allí el resto de su vida.

¡Odiosa, odiosa señora Molloy! Ahora podría disfrutar de él hasta el último de sus días, mientras ella se vería condenada a languidecer para siempre, abandonada y sola. Cuando las lágrimas aparecieron (no tardaron mucho en hacerlo), hundió la cara en la almohada. Ah, ¿por qué se empeñaría el mundo en arrebatarle a quienes la rodeaban? Su madre, la pobre Diana, Jennet y ahora Molloy.

Lloró y se compadeció de sí misma durante días (o eso le pareció ella). Unos golpes enérgicos en la puerta intentaron arrancarla de su desesperanza, y con voz mustia preguntó quién era. ¿Quién sería, que no respetaba su dolor e iba a importunarla con alguna minucia que no tenía nada que ver con el dolor punzante de su corazón?

—¡Señorita Myrtle! —Por supuesto, era Nana—. Cuando hayas terminado de hacer el ridículo, ¿tendrás la bondad de acompañarnos al resto en el salón? La señora Molloy arde en deseos de hablar contigo. ¡Aunque me pregunto para qué querrá una señora tan sensata como ella hablar con una mocosa alocada como tú, que, para colmo, parece haber olvidado todos sus buenos modales!

—¡Nana! —exclamó Myrtle, dolida—. ¿Quieres hacer el favor de no gritar?

—Pues abre la puerta para que pueda regañarte en voz baja.

Myrtle se levantó y descorrió el cerrojo. Esperaba ver a una Nana echando relámpagos por los ojos, y se preparó para eso, pero cuando vio su semblante comprensivo se vino abajo de nuevo. Además, Nana le tendió los brazos, sus brazos de piel y hueso de color piedra que la habían abrazado y consolado desde que tenía uso de razón.

—Oh, Nana —suspiró, y la mujer, como era de esperar, la abrazó con ternura y murmuró muchos «cariño», «corazón», «pequeño patito» (que es como solía llamarla de pequeña y que casi había olvidado ya); multitud de cosas amables que reavivaron el llanto y que empezaron a provocarle un dolor agudo entre las costillas.

—Bueno, niña —dijo, cuando Myrtle empezó a serenarse un poco—. Te preguntaba antes si te habías cansado de hacer el ridículo, y no me has contestado aún.

—¿Estoy haciendo el ridículo? Lo siento —dijo, y se enjugó las lágrimas con una manga—. Me lavaré la cara y acudiré a cumplir con mis deberes de anfitriona.

«Aunque sea con esa malvada mujer», pensó.

—Pobre señora Molloy —dijo Nana, y Myrtle se preguntó cómo podía tener tan poco tacto—. Un viaje tan arduo para encontrarse con una señorita histriónica que se niega a intercambiar unas cuantas palabras educadas. ¡No me quiero ni imaginar qué habría hecho yo en su situación! Haz el favor de adecentarte, anda.

Myrtle reunió el valor suficiente para enfrentarse a la espantosa señora Molloy, pero no para mirar a la cara al señor Molloy. Se sentó frente a ella y le pidió disculpas:

—Me he indispuesto —dijo, y se mordió la lengua para no añadir ninguna inconveniencia.

—Oh, pobrecita.

La señora Molloy sonreía con un imperdonable descaro, en su opinión, así que apartó la vista de ella. Pensó que podría mantener una charla intrascendente y educada con su padre, pero luego se dio cuenta de que este querría saber por qué se encontraba tan pálida y respiraba como entre jadeos, así que tuvo que apretar los dientes y encarar a Livingstone.

Le sorprendió lo que vio: su atento vecino había perdido el color y las ganas de de mover el flequillo, y, de hecho, parecía incapaz de hablar. Por desgracia, no pudo seguir sorprendiéndose porque la odiosa Molloy se dirigió a ella:

—Mi querida señorita Berrycloth, acabo de enterarme de que le gustaría mucho conocer el sur de Irlanda. Ha sido por un comentario que ha hecho Ewart de pasada. ¿Es eso cierto, le gustaría conocer nuestra región? Es tan verde y lluviosa como Cornualles, me atrevería a decir, pero la gente es cálida y hospitalaria, y hay un buen montón de sitios hermosos que visitar. —Miró a Ewart; Myrtle no la imitó—. ¿Sería muy impertinente por mi parte, dado que nos acabamos de conocer, invitarla a venir con nosotros durante un tiempo? Por supuesto, el señor Berrycloth también está invitado.

—Oh, se lo agradezco, señora, pero yo nunca he tenido un espíritu viajero. Y reconozco que no me hace mucha gracia la idea de que mi hija ande yendo y viniendo por lugares tan remotos,

pero supongo que los viejos no deberíamos ser un obstáculo para los jóvenes. —La miró con ojos tenebrosos—. Siempre que me prometas que tienes intención de regresar, Myrtle, podría darte mi consentimiento.

La joven se apresuró a asegurar que no tenía ninguna gana de irse, ni a Irlanda ni a ningún sitio («y menos con esta mujer horrible», pensó), a lo que la señora Molloy contestó, decepcionada:

—¡Caramba! He debido entenderte mal, Ewart. ¿No habías dicho que...?

Ewart se acercó hasta Myrtle, y ella, horrorizada, intentó escapar medio saltando del sillón.

—Lo cierto es que sigo bastante indispuesta, me temo —dijo a la desesperada—. Debería tumbarme en la cama hasta que se me pase.

—Hija mía, no me digas que has caído enferma.

—No, no, papá. ¡Es solo un dolor de cabeza!

Livingstone salió de su enfurruñado aislamiento y bufó, pero nadie le hizo ni caso.

—Myrtle, espera.

La voz de Ewart sonaba como terciopelo rasgándose. No tuvo más remedio que detenerse cuando sintió que él le cogía del brazo, pero como nadie, ni siquiera Nana, pareció dispuesto a interceder, se vio obligada a enfrentarse a él de nuevo.

No le gustó su expresión.

Porque ella había estado llorando durante una eternidad y ahora él se plantaba delante de ella con una sonrisa de oreja a oreja; una sonrisa que le favorecía y que le habría encantado contemplar hasta el fin de sus días, pero una sonrisa, al fin y al cabo, que le estaba vetada.

—Myrtle, acabo de hacer un descubrimiento increíble.

Sacudió la cabeza. Ojalá nunca más tuviera que oír noticias ni descubrimientos ni cosas insospechadas en esa casa.

—Daisy tiene dos niños, ¿sabes? —Sí, entendía que algo así le haría muy feliz, y estaría más que dispuesta a compartir su felicidad si no le atravesara el corazón solo de pensarlo—. Un niño de diez años y otro de doce, que es un pequeño salvaje en palabras de su madre.

—Sí —dijo Daisy—. Ha sido muy difícil sujetarlo todo este tiempo sin Ewart al lado. Pero son dos niños muy cariñosos, ¿sabe, señorita Berrycloth? Y echaban tanto de menos a su tío. Comprenderá que quiera llevarme cuanto antes a Ewart, aunque solo sea por unas semanas.

Myrtle asintió, distraída. Solo cuando escuchó la dulce risilla de Nana comenzó a entender lo que Daisy acababa de contarle.

—¡Su tío! Entonces, usted es... no es... Quiero decir...

—Sí, querida, soy la cuñada de Ewart. ¡La única Molloy adulta que quedaba en la finca! Siento mucho que mi repentina aparición le haya provocado esa indisposición tan lamentable. —Se puso de pie y le tomó las manos entre las suyas—. Aunque confío en que empiece a mejorar cuanto antes.

—Oh, ¡oh! ¡Su cuñada!

Durante un buen rato, Myrtle solo fue capaz de repetir «su cuñada» entre «ohs» y «ahs», y cuando pensó que (ahora sí) había hecho el ridículo el tiempo suficiente, consiguió mirar a Ewart a la cara.

Ewart seguía sonriendo. Y Myrtle creyó que solo había una cosa más hermosa que su sonrisa, pero le dio vergüenza decirla en voz alta.

Así que solo lo pensó, y estuvo el resto de la tarde imaginando todos los siguientes besos que le daría Ewart por todo el resto de su vida.

Fin

Agradecimientos

Gracias de nuevo, y como siempre, a todos los que habéis creído en mí y seguís apoyándome en esta aventura. Mi marido, mis hijas, mis padres; mis hermanos, Claudia y un buen porretón más; por estar a mi lado en las duras y las maduras. Vosotros ya sabéis quiénes sois.

Muchas, muchísimas gracias, Patricia, otra vez más, por tragarte un nuevo borrador en tiempo récord y por todas tus sugerencias y comentarios, y también por esas conversaciones nuestras tan locas (y tan acertadas) sobre literatura.

Muchas gracias, Vanesa; ha sido un placer compartir contigo minisaga, ánimos, risas y buenas ideas. Repetiremos este viaje.

Y por fin, gracias, Lola, mil gracias por permitirme formar parte de la maravillosa familia de Selecta un año más.

Espero haber estado a la altura de todos vosotros.

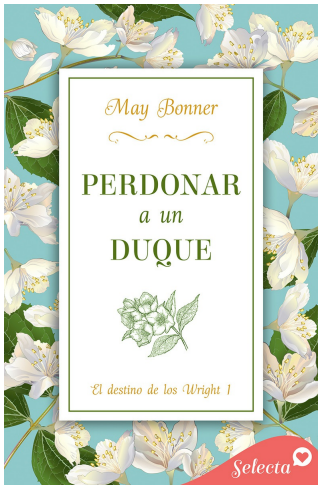
Si te ha gustado

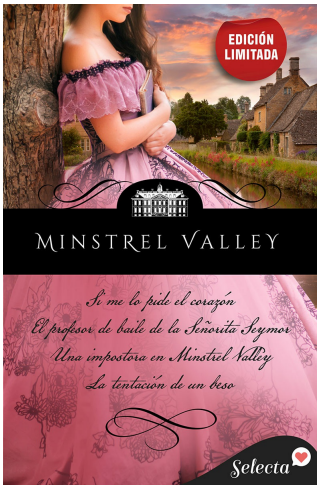
El secreto de los Relish

puedes disfrutar de estas










El
MISTERIOSO
AMANTE
de la
señorita Brown
BETHANY BELLS
Selecta


Pétalos
de arena y mar para
el señor Trowbridge
Chris de Wit
Selecta


NOA ALFÉREZ
CADA VEZ QUE
Te amo
Los hermanos Craven 1
Selecta


Ruth M. Lerga
Para SIEMPRE
en tus
BRAZOS
Selecta

Un soldado aquejado de amnesia.

Una carta de amor que nunca llegó a su destino.

Una muerte inexplicable.



El capitán Ewart Molloy perdió la memoria durante la guerra, pero conserva la carta que un soldado le entregó antes de morir. Dispuesto a cumplir con su último deseo, viaja hasta un pueblecito situado en la costa de Cornualles. Sin embargo, como no tardará en descubrir, su llegada no es bien recibida por los recelosos habitantes del pueblo.

Myrtle Berrycloth, cuya vida siempre ha oscilado entre la placidez y el aburrimiento, no está preparada para encontrarse con un aventurero como Molloy. Incapaz de superar la trágica muerte de su mejor amiga, sospecha que existió algún tipo de vínculo misterioso entre ella y el recién llegado, pero no logra resistirse a su magnetismo.

Molloy, que intenta huir de su pasado, y Myrtle, que intenta huir de su presente, parecen predestinados a entenderse. Hasta que, sin darse cuenta, **ambos se ven atrapados en una oscura intriga que pondrá a prueba la fortaleza de su amor e incluso sus propias vidas**.

Violeta Otín. Nací en Zaragoza en 1980, y allí me quedé hasta terminar la licenciatura de Filología Inglesa. Luego, como buena sagitario, anduve viajando de un lado a otro hasta sentar la cabeza. Durante mis periplos siempre me acompañaron los libros, aunque por entonces solo leía. Empecé a escribir cuando nacieron mis niñas, y tuve que plantearme viajar de otra manera: creando personajes, imaginando tierras lejanas y recreando otras épocas.



Edición en formato digital: noviembre de 2024

© 2024, Violeta Otín
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10012-22-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El secreto de los Relish
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro

Sobre Violeta Otín

Créditos